

LA NACION

MAGAZINE

AÑO I

BUENOS AIRES, DOMINGO 11 DE AGOSTO DE 1929

NÚM. 6



ESPECIAL PARA LA NACION

BAILANDO EL 'PALA-PALA'

por E. REQUENA ESCALADA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA NACION



Un Barómetro infalible

El mejor barómetro del valor de la circulación de un diario es: la cantidad y calidad de sus avisos.

El hecho de que **LA NACION** es el mejor medio de propaganda en la Argentina, se comprueba por la preferencia innegable y sostenida de los avisadores, quienes hace años, han colocado en este Diario y continúan haciéndolo - mayor cantidad de avisos notables, que en cualquier otro del país.

La prueba irrefutable de la superioridad del poder adquisitivo y de la cultura de los lectores de **LA NACION**, se encuentra en todas aquellas clases de avisos que indican claramente estas calidades.

Las más importantes entre éstas, son los avisos de:

AUTOMOVILES ... (Poder adquisitivo)
TEATROS (Poder de gastar)
LIBROS (Cultura)

Tenemos además en Buenos Aires una prueba palpable en la propaganda de las Tiendas de mayor prestigio y frecuentadas por la gente más distinguida y acomodada del país, encabezadas aquellas por la Casa Harrods.

Las cifras comparativas siguientes demuestran las aseveraciones antedichas, en centimetrage de avisos durante el primer semestre del corriente año:

	<u>LA NACION</u>	<u>CIFRAS MAS APROXIMADAS</u>
TOTAL (Avisos Notables) .	507.587	...482.539
AUTOMOVILES	71.714	46.346
TEATROS	6.331	724
LIBROS	7.221	1.935
CASA HARRODS	27.021	8.634

BUENOS AIRES, DOMINGO 11 DE AGOSTO DE 1929

LAS PERSPECTIVAS DEL DESARME



A cuestión del desarme está colocándose en peligrosas condiciones. Todas las informaciones procedentes de Ginebra indican que la actual sesión de la Comisión Preparatoria del Desarme perteneciente a la Liga de las Naciones, es muy probable que no tenga frutos. Entre sus miembros se ha difundido la impresión de que no habría debido reunirse. Fué convenida de acuerdo con una resolución dictada por la Asamblea de la Liga en septiembre anterior, en la que se disponía que la Comisión debía reunirse a principios de 1929. Tal resolución fué inspirada por la delegación alemana, la que insistió en que Alemania no se consideraría obligada a cumplir las cláusulas navales, militares y aéreas del tratado de Versalles, que le imponían el desarme, si no se iniciara por lo menos el cumplimiento de las disposiciones del mismo tratado para el desarme general. La Comisión, por lo tanto, se ha reunido, bien que con pocas perspectivas de realizar ningún progreso en el particular.

Son de recordar las esperanzas que se tuvieron cuando se tomó aquella resolución. Las conversaciones preliminares entre los delegados de los gobiernos interesados en las reparaciones y en la evacuación del valle del Rin por las fuerzas de ocupación francesas, belgas y británicas, habían llegado a resultados tan favorables, que parecía indudable el mejoramiento de la situación internacional. Uno de los estadistas más autorizados y juiciosos de Europa predijo que antes de concluir el año habría de obtenerse el arreglo final de las reparaciones y que el Rin habría de evacuarse inmediatamente, que la Comisión Preparatoria del Desarme se reuniría a principios de 1929 y que la gran Conferencia Internacional del Desarme (que aquella Comisión tenía que preparar) se realizaría en el próximo verano. No sólo ha fallado ese programa, sino también parece que hay pocas probabilidades de que la Conferencia Internacional del Desarme pueda celebrarse este año, a menos que alguna contingencia hipotética demuestre pronto que la profecía era más exacta de lo que se presenta.

Esas contingencias son tres. La primera es que Mr. Hugh Gibson, jefe de la delegación de los Estados Unidos a la Comisión del Desarme de la Liga, presente nuevas proposiciones para facilitar el acuerdo naval anglo-americano. La segunda es que la Conferencia de Peritos Financieros de París llegue a conclusiones tan concordantes y satisfactorias acerca del problema de las reparaciones, que destruya las objeciones francesas a la evacuación del Rin. La tercera es que las elecciones generales británicas cambien el centro de gravedad político tanto hacia la izquierda, que traigan una modificación radical en las tendencias internacionales de Gran Bretaña.

Se abrigaron grandes esperanzas en la semana última, por una información importantísima procedente de Washington publicada por el "New York Times". La noticia de que el general Charles Dawes, autor putativo del plan Dawes, había sido designado embajador de los

Por WICKHAM STEED

(Para LA NACION) LONDRES, julio de 1929

Estados Unidos en Londres, hizo revivir el interés por la limitación de los armamentos navales anglo-americanos, y el corresponsal del "New York Times" en Washington anunciaba de buena fuente que la administración del presidente Hoover estaba dispuesta a cooperar con el gobierno británico para reanudar las conferencias navales entre Gran Bretaña, los Estados Unidos y el Japón, que fracasaron en junio de 1927 en Ginebra.

Esta importante declaración indicaba que podía en-

sobre cuestiones navales entre Mr. Hugh Gibson y el representante británico en Ginebra, y mis informaciones de Washington no me aseguran en la creencia de que Mr. Gibson haya recibido instrucciones definidas para iniciar nuevas gestiones. Algo de eso ha de inferirse cuando la Comisión discuta las cláusulas navales en su programa, pero apenas parece probable que sea necesaria una fuerte iniciativa británica o siquiera que se la decida, antes de las elecciones generales de fines de mayo.

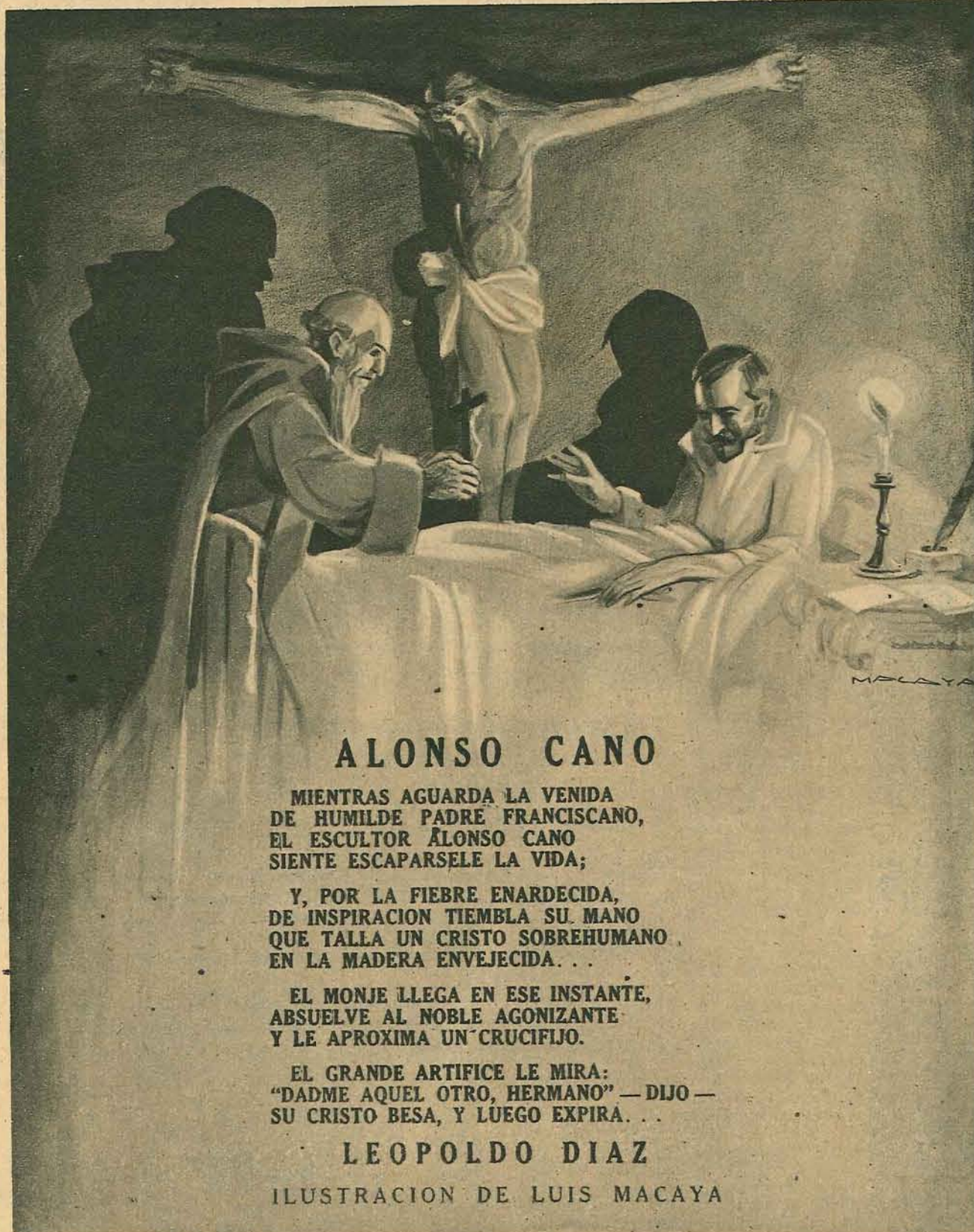
Existe en Inglaterra la sensación penosa de que el Gobierno está dejando pasar el tiempo hurañamente desde la ruptura del compromiso naval anglofrancés, en el pasado verano. No dió contestación a la propuesta

del presidente Coolidge de una nueva conferencia naval ni a la más amplia del presidente Hoover en su mensaje inaugural. El público no comprende ni aprueba ese silencio. La opinión pública inglesa repudió unánimemente el compromiso naval con Francia como un error peligroso, y esperaba que el Gobierno reparara el perjuicio causado por aquel disparate, a la causa del desarme. Rechazaba toda idea de competencia con los Estados Unidos en materia de armamentos navales. Pero escuchó al canciller del Echiquier, Mr. Winston Churchill, anunciar en la exposición del presupuesto, antes de las elecciones, que "no podemos realizar grandes reducciones en la armada sin caer por debajo de la categoría de potencia principal, lo que en mi opinión, no sería más que una decisión fatal", y que "la fuerza aérea debe ser ampliada hasta alcanzar una relación de defensa con la fuerza de nuestros vecinos continentales". Si estas declaraciones no contemplan todavía la competencia en los armamentos, por de contado no están en armonía con el espíritu del pacto de paz de París.

La única esperanza de un avance serio hacia el desarme consiste en la posibilidad de que el gobierno futuro de Gran Bretaña haga del pacto de paz de París la base de su política y trabaje por un acuerdo naval con los Estados Unidos, en la idea de que la guerra anglo americana está fuera de cuestión. No existe competencia militar ni naval entre el Canadá y los Estados Unidos, y el pueblo británico no alcanza a comprender por qué no ha de ser posible para el Imperio en

conjunto lo que ocurre con uno de los miembros del Imperio y la República norteamericana. Es vano esperar que las naciones celosas y suspicaces del continente europeo se desarmen, si Gran Bretaña y los Estados Unidos, que no tienen ninguna intención de atacarse entre sí, no pueden llegar a entenderse para reducir sus armamentos navales a las dimensiones requeridas para propósitos de simple policía. Si estos dos grandes países piensan en el futuro en términos de paz, no en términos de una probable guerra, podían dar un ejemplo que los demás países pronto seguirían.

El tiempo urge. Las desventajas de la demora cada día son más manifiestas. Francia, inquieta ante la fuer-



ALONSO CANO

MIENTRAS AGUARDA LA VENIDA
DE HUMILDE PADRE FRANCISCANO,
EL ESCULTOR ALONSO CANO
SIENTE ESCAPARSELE LA VIDA;

Y, POR LA FIEBRE ENARDECIDA,
DE INSPIRACION TIEMBLA SU MANO
QUE TALLA UN CRISTO SOBREHUMANO
EN LA MADERA ENVEJECIDA...

EL MONJE LLEGA EN ESE INSTANTE,
ABSUELVE AL NOBLE AGONIZANTE
Y LE APROXIMA UN CRUCIFIJO.

EL GRANDE ARTIFICE LE MIRA:
"DADME AQUEL OTRO, HERMANO" — DIJO —
SU CRISTO BESA, Y LUEGO EXPIRA...

LEOPOLDO DIAZ

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

contrarse una base de arreglo entre Londres y Washington, si el gobierno británico se encontraba dispuesto a adoptar el principio de que no haya jamás guerra entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. La administración del presidente Hoover, según esas declaraciones, deseaba ofrecer razones alentadoras para la aceptación de ese principio por Gran Bretaña. Se esperaba que Mr. Hugh Gibson, que, precisamente, había pasado una semana en la Casa Blanca como huésped del presidente Hoover antes de partir para Ginebra, habría de explorar el terreno en esa dirección, y podría aconsejar algún sistema de evitar las dificultades que produjeron la ruina de la Conferencia de Ginebra hace cerca de dos años.

Pero hasta ahora no ha habido conversaciones

(Continúa en la pág. 35)



ESPUES que Lavalle realizó con Rosas su célebre entrevista, la suerte estaba echada. El gobernador provisional sólo buscaba establecer la paz. No tenía ambiciones personales y estaba decepcionado de sus amigos. Era una decepción injusta, pero sincera. Rivadavia y Agüero habían partido al extranjero. Su Ministerio, formado por del Carril y Díaz Vélez, se le deshizo. No podían esos hombres ser solidarios de su política de acercamiento a Rosas. Por otra parte, éste no podía tampoco fiarse en ellos. De ahí la renuncia de ambos, y que del Carril resolviera seguir el camino del destierro. Los emisarios entre Lavalle y Rosas iban y venían de la ciudad al campamento del comandante general de campaña. Se tramitaba una nueva entrevista para resolver la política a seguir en razón de que las elecciones realizadas de acuerdo con el convenio de Cañuelas habían dado el triunfo al Partido Unitario contra los deseos y los compromisos políticos de Lavalle. En la quinta de Piñeyro, en la margen derecha del río Barracas, se reunieron al fin Lavalle y Rosas y suscribieron la llamada Convención del 24 de Agosto. Puede verse el documento en el Registro Nacional. Encabezada por largos considerandos, dicha convención no es, empero, otra cosa que el abandono del mando por parte del general Lavalle en manos de un nuevo gobernador provisional designado de acuerdo entre los firmantes. La persona elegida fué el general Juan José Viamonte. Desconocido de hecho como lo había sido el resultado de las elecciones del 26 de julio, debía entenderse por tanto en todo su vigor lo establecido en el artículo 20. del Pacto de Cañuelas: "Se procederá a la mayor brevedad posible, a la elección de Representantes de la Provincia con arreglo a las leyes".

Esto decían los documentos suscritos. Sin embargo, era valor entendido que Lavalle quedaba desalojado del Gobierno, como así fué en efecto, pues al día siguiente lo puso en manos del general Viamonte, y que en Rosas, como verdadero árbitro de la situación, quedaba la suerte de la provincia. Rosas resolvería, como resolvió las cosas,

en el sentido más favorable a su exaltación al Gobierno.

He aquí cómo se produjeron los hechos. El gobernador interino Viamonte le ofreció al ex jefe de la revolución de diciembre un cargo militar, el de jefe de la división de caballería. Lavalle vaciló antes de aceptar. Así se lo dijo al general Paz en carta privada fechada cuatro días después de la Convención de Barracas, "pues era muy fuerte el deseo de retirarse a la vida privada y grande el odio que le había quedado a los negocios públicos, pero aceptó el cargo únicamente por la conservación del ejército".

A raíz de ello, sus nuevos amigos le infirieron el primer desaire. Una nota oficial de la Comandancia General de Armas, a cargo de D. Manuel Guillermo Pinto, le hizo saber que tanto él como las tropas de su mando debían por orden superior prestar juramento de obediencia, respetar y ejecutar las órdenes del Gobierno provisorio, en presencia del comandante general, a cuyo efecto había de remitir al Ministerio las actas que acreditaran haberlo verificado. A eso descendía el ex gobernador, a quien tanto Rosas como Viamonte lo habían reconocido en su investidura.

Pero hubo más. Las fuerzas al mando de Lavalle, y especialmente los soldados que desempeñaban cargos de asistentes de sus jefes más adictos como ser los coroneles Niceto Vega e Isidoro Suárez, eran frecuentemente agredidos por soldados del nuevo gobierno a mano armada, a favor del mayor número y de la impunidad que parecía asegurada a los agresores. En el Archivo General de la Nación hay constancia oficial de estos hechos y de la reiteración sistemática con que se producían.

La situación moral y material del general Lavalle no podía ser más de-

plorable. Al vejamen se seguía el ludibrio. No le quedaba al general y ex gobernador más camino que el destierro: el mismo camino que siguieron antes de él y anticipándose a las causas que a él lo movieron, Rivadavia, Agüero, del Carril y tantos otros. Y el 15 de septiembre el Gobierno le otorgó pasaporte para trasladarse al Estado Oriental, "con licencia por asuntos particulares".

El acto más notable de ese Gobierno de transición, aparte de los hechos que produjeron la transición misma, fué la subscripción del tratado de paz de la provincia de Buenos Aires con la de Santa Fe, una vez que el general Paz dejó a Estanislao López en aptitud de resolver sin obstáculos el desarrollo

de su política. Ese tratado es, ante todo, la ratificación del tratado llamado cuadrilátero de 25 de enero de 1822, y contiene esta cláusula que, en realidad, nunca tuvo efecto: "Los gobiernos de Buenos Aires y de Santa Fe convienen en invitar a las demás provincias de la República a la Convención y reunión de un Congreso Nacional para organizarla y constituir la luego que terminada la guerra intestina, se haya restablecido el orden y la tranquilidad en todos los pueblos del Estado, poniéndose previamente de acuerdo para aquel caso, en el modo, tiempo y forma en que haya de hacerse tal invitación". A este pacto siguió, luego que Rosas estuvo en el Gobierno, el pacto federal de 4 de enero de 1831 que se invocó en el acuerdo de San Nicolás de 1852 como antecedente inmediato de la reunión del Congreso Constituyente que sancionó en Santa Fe la Constitución federal. La diferencia de fechas muestra que esa intermediación es muy relativa. No es el caso de entrar ahora a hacer el análisis de estos pactos. Si algo prueban, es que la iniciativa de resolver por acuerdos previos la organización nacional

partió de Rivadavia, a quien tan equivocadamente se le ha considerado como un político obcecado y jefe de un partido intransigente.

Por lo demás, la Convención de Barracas imponía al gobernador Viamonte la realización de la elección de representantes de la provincia, para que éstos designaran el gobernador. Los términos eran claros. Ello no obstante, como el porvenir estaba despejado para Rosas, sólo él habría de resolver la forma en que se procedería. El gobernador Viamonte no tenía libertad para hacerlo, según sus propias inspiraciones. Tan es así, que se dirigió en nota de 16 de octubre de 1829 al propio Rosas, consultándole cómo debía de obrarse. Rosas le contestó en carácter de comandante general de campaña un mes después, que "era tiempo de restaurar el régimen legal de la provincia". "Por lo mismo, decía, la opinión de la campaña decididamente es que no se practiquen nuevas elecciones". Y luego, más terminantemente aun y sin cuidarse de ofender al señor Viamonte: "El comandante general, convencido de que la prolongación de un gobierno provisional no puede inspirar confianza a nadie, y que los convenios de junio y agosto tendieron, precisamente, a restablecer el imperio de las instituciones de la provincia, concluye haciendo presente al Gobierno la conveniencia de convocar la junta provincial constituida antes de los sucesos del 10. de diciembre, por ser esa conveniencia la opinión de la mayoría, que reglará siempre la del infrascripto en actos de tal naturaleza".

Ante opinión tan categórica no quedaba sino proceder en consecuencia, y así lo hizo el señor Viamonte. La obra de la "Restauración" comenzaba. Obsérvese que Rosas emplea ya el término en los párrafos transcritos. Para realizar esa restauración el señor Viamonte convocó, en efecto, a la Legislatura derrocada por la revolución del 10. de diciembre del año anterior. En igual fecha de aquel año, 1829, se reunió el cuerpo legislativo y resolvió realizar la elección de gobernador por el período legal, pero ante todo, declaró que el gobernador ejercería discrecionalmente facultades extraordinarias. El día 6 quedó electo Rosas.

(Continúa en la página 33)

EL NIÑO SARMIENTO

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1929.



A extensión no es muy grande, seguramente treinta varas de frente por cuarenta de fondo. La casa, por otra parte, necesita ocupar algún espacio. Pero en el clima de San Juan y con la ayuda del agua de un pozo, la tierra bien aprovechada y prolijamente trabajada, produce hartas cosas de manutención y de adorno. Dos o tres naranjos que dan sombra agradable, frutos sabrosos y la gloria perfumada de su azahar; algunos duraznos; muchas rosas y jazmines; un huerto tan grande como un pañuelo, pero capaz de surtir de hortalizas a la familia entera. Pegante a la casa y por el lado de la calle hay una higuera robusta, frondosa, patriarcal. Es el orgullo y el amor de la dueña de la casa. Algunas de sus ramas rozan la pared del edificio, que suele recalentarse con la vehemencia del sol del mediodía, y al favor de este aumento de temperatura las ramas pegantes al muro rinden frutos precoces; para noviembre puede el ama de casa servirle a su esposo un plato lleno de hermosas brevas.

Por esta mezcla de huerto y jardín, por el atrio y el patio de la casa, merodeando entre los rosales o escalando tal vez las altas ramas de la higuera, bulle un chico dotado de gran vivacidad, cantarín y voceador como todos los chicos y no más revoltoso, pero tampoco menos, que la generalidad de sus semejantes. Es cierto que no puede entregarse demasiado libremente a las travesuras propias de la edad porque su madre permanece casi todo el día frente a la casa, bajo la higuera, trabajando sin un minuto de reposo. Y no es que el chico tema los cachetes o las reprensiones de la madre. Lo que contiene sus instintos traviesos, lo que le impide cometer feos picardías es la presencia moral, abnegada y positivamente heroica de esa mujer, que resulta la más conmovedora y convincente lección de virtud práctica, de virtud ejemplar, de santidad cotidiana y efectiva. El ser más encanallado o frívolo tendría que avergonzarse y cohibirse ante la presencia de esa mujer valerosa, y el chico, desde luego, no tiene nada de frívolo ni de canalla.

Se apellida Sarmiento. Día vendrá en que haga fatigar a las prensas, en que su espíritu batallador se lance a una vida tempestuosa, en que la trompetería de la fama difunda por todas partes los ecos de su nombre. Ahora no es más que un chico que juega y aprende. Aprende, sobre todo, a leer. En la escuela es el lector más aventajado, y todas las personas, oyéndole, recomiendan a sus padres que lo dediquen a los estudios largos y serios, porque un chico que comienza con tan notables cualidades está destinado, indudablemente, a brillar en el mundo de la inteligencia. La madre, con su poderoso instinto, es seguro que lo comprende así. Pero la esforzada mujer, aunque de ilustre linaje, es pobre y necesita trabajar sin descanso en el humilde trabajo de tejer piezas de lienzo, dándole a la lanzadera desde que alumbra el día hasta que anochece. En sus horas silenciosas de monótona labor, más de una vez piensa en el porvenir de ese hijo que viene tan bien dotado para las empresas de lucimiento; si ella pudiera lo pondría en el camino de la universidad para que se hiciera doctor, clérigo, ministro, hombre de fama y de autoridad. ¡Sueños de madre ambiciosa que la realidad desbarata miserablemente! Entonces se resigna a suspirar en secreto y a darle con más impaciente rapidez a la lanzadera.

Es una mujer de alta estatura, de cuerpo huesudo y exento de gracias y turgencias femeninas. Su rostro muestra facciones algo duras; los pómulos resultan algo pronunciados y la tez de color un poco obscuro y mate. Como todos los americanos que proceden de los primeros pobladores de las Indias, esta noble mujer tendrá probablemente en su sangre vestigios de las razas aborígenes. Se peina con sencillez y se viste con modestia. De su persona, por necesidad y por vocación, hace mucho tiempo que desapareció todo rastro de coquetería. No piensa más que en trabajar. Y es que no puede distraer ni cinco minutos al trabajo porque la casa y la familia dependen de su esfuerzo personal. Es el alma y el sostén de la casa. Necesita atender a la cocina, vigilar a la servidumbre y a los hijos, ocuparse de lo que comen las gallinas, podar las plantas, recoger los frutos,

regar las flores, aconsejar a las hijas, y todavía le queda tiempo para sentarse algunas veces en el estrado y cumplir allí las funciones de sociedad, como una señora que es. También suele quedarle humor y generosidad para recibir a algunos desgraciados, a quienes socorre con las limosnas que puede y con el bien de su amigable y cristiana palabra. Y al esposo lo considera y trata como al mayor de sus hijos... El esposo es un buen hombre que se pasa la vida interesándose por las cosas que no ayudan a traer pan a casa. Le gusta la política. Es muy patriota y discutiendo, y siente por el

a su propia madre, y él sabía de seguro que su madre no mintió nunca ni era accesible a las supersticiosas alucinaciones. Sucedió, pues, que un día llevaban un muerto a enterrar, y entre los acompañantes iba José Castro rezando y entonando las preces rituales. Pero su certera mirada de médico debió de observar en el rostro del cadáver alguna particularidad reveladora; conoció que allí no había más que un muerto aparente, y mandó de pronto callar a los cantores y que depositaran el féretro en tierra. Entonces se puso a leer los latines de su breviario, ante la expectación silenciosa de los circuns-

propósito de las costumbres pecaminosas de las malas gentes o comentando con gracejo algún pasaje de las Escrituras. Y como tenía mucho ingenio, los fieles poníanse a reír a carcajadas. Corría la voz, acudían al templo nuevos oyentes, reían todos, empezando por el propio predicador, que reía como un muchacho; y en esto, secándose las lágrimas que de tanto reír le habían saltado de los ojos, exclamaba el cura: "Vamos, hijos míos, ya nos hemos reído bastante. Prestadme ahora atención: "Por la señal de la santa cruz..." etc.

El cura Castro cuidaba además los cuerpos de los feligreses tanto como sus almas, y valiéndose de sus conocimientos en medicina, enseñaba a las mujeres a fajar las criaturas según los nuevos métodos racionales, cómo debían criarlos y curarlos, qué habían de hacer las embarazadas, y a los maridos los llamaba aparte y les instruía sobre los deberes y cuidados que convenían tuvieran con sus esposas. Detestaba las supersticiones groseras o ridículas que en la ciudad de San Juan menudeaban, y ponía todo su empeño en extirparlas de la masa del vulgo.

De este santo varón conserva el niño Sarmiento imborrables memorias, transmitidas por la madre, que ha hecho de su figura y su vida un fervoroso culto. Conoce también algunos singulares episodios de su intervención política. Para ser extraño hasta el fin y consecuente en su sistema de contrariar las opiniones del vulgo, el cura Castro se declaró partidario del Rey de España cuando estalló la rebelión de América. Todo el mundo se había entregado al frenesí revolucionario. En Buenos Aires triunfaban los rebeldes y las provincias se alzaban en favor de la independencia. Corrían los jóvenes a las armas, alentados por el entusiasmo de las personas graves y de las mujeres. Y en aquella explosión de esperanzas reformadoras y progresistas sólo el cura Castro, el más liberal, ilustrado y progresivo de la provincia de San Juan, se proclamó partidario del Rey. Y con el prestigio y la influencia de su conducta y su sabiduría, se puso a condenar la insurrección, protestó contra los infames propósitos de independencia y auguró grandes desdichas públicas, como consecuencia de tales desatinos. Augurios que bien pronto vinieron a confirmar las guerras civiles, los pronunciamientos, los despotismos y las calamidades que siguieron a la proclamación de la independencia.

José Castro, el sacerdote ejemplar, tuvo que soportar las persecuciones de los patriotas, que lo desterraron a un lugar impracticable del interior. Allí sufrió hambres y enfermedades. De allí regresó a San Juan, a pie y gravemente enfermo, para refugiarse en Angaco como un perro tiñoso. El pequeño Sarmiento recuerda cómo su madre, tomándole cierto día de la mano, le llevó a visitar al extraño y santo varón que se extinguía sin una queja. Su madre lloraba de piedad. Otro día, el chico se enteró de que el cura Castro había muerto. Murió retirado y aborrecido. Y se sabe que al morir pidió que le alcanzasen un crucifijo y un retrato de Fernando VII, el Deseado, y así, besando alternativamente ambas imágenes, entregó el alma.

El chico asiste a estas escenas y escucha esas narraciones con la vivacidad propia de sus años. Las impresiones pasan pronto, sin dejar casi huella. Pero no sucede así seguramente. Bajo la aparente frivolidad infantil, el alma recoge las impresiones para conservarlas luego durante la vida entera. El carácter adolescente, blando y propicio a toda suerte de sugestiones, entonces irá formándose con modalidades que permanecerán en el fondo intactas hasta la vejez. Más tarde, cuando el pequeño Sarmiento que ahora merodea por el huerto familiar adquiere el brío y la inteligencia del gran escritor, su mirada crítica se volverá a juzgar a España, y la juzgará con todo el apasionamiento de un americano del siglo XIX y con todos los errores de una cultura un tanto apresurada. Pero más de una vez, y cuando su pasión le conduzca más lejos por el camino de la arbitrariedad, es probable que Sarmiento recuerde la singular, extraña, admirable figura del cura Castro, y entonces tal vez reconocerá en el secreto de su alma que una civilización como la española, que ha sabido crear ejemplares tan acabados y sublimes como aquella madre heroica y aquel varón venerable, tiene bien ganado el respeto de los espíritus comprensivos.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

DIBUJO AL CARBON DE FIDEL DE LUCIA

trabajo sedentario y manual una invencible antipatía. Lo que a él le gusta es montar a caballo, ir de un lado a otro, hacer que hacemos, lucir su garbo de buen mozo. Es un perfecto ejemplar de hidalgo a la española, o a la criolla, que es lo mismo.

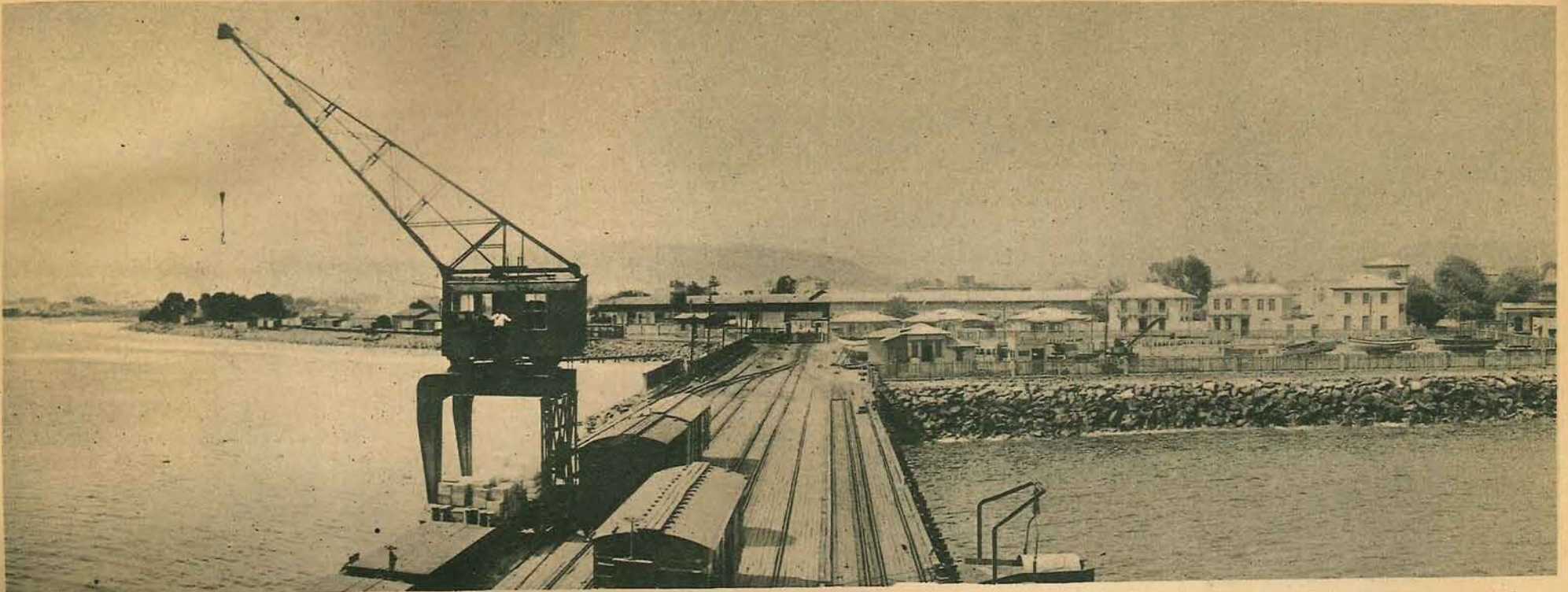
El chico, entretanto, se abre a la vida con una ávida curiosidad creciente, y para su apetito de conocimiento la casa no resulta mal punto de observación. Desfilan diversos tipos interesantes, y hay otros que están presentes, merced a la tradición familiar. Por ejemplo, el pequeño Sarmiento ha oído referir las cien diversas excentricidades de un sacerdote sanjuanino llamado D. José Castro, que vivía en la época colonial entregado a la doble labor de instruir y adoctrinar a las gentes y remediar las necesidades de los menesterosos. En el lenguaje actual que en Buenos Aires se usa, aquel clérigo de San Juan sería denominado un "rico tipo". Era médico además de sacerdote. Sabio y comprensivo, penetrante de la cultura del siglo XVIII, enterado tal vez del racionalismo y el escepticismo de la Enciclopedia, conservaba, sin embargo, un sólido fondo moral y una fe y una piedad inquebrantables. Y poseía, sobre todo, una rara dosis de buen humor, de ánimo risueño, lo cual le salvaba de caer en el riesgo de la pedantería.

Así es como pudo cierta vez resucitar a un muerto sin adoptar ademanes aparatosos. Sin la menor teatralidad. Como si no hubiera hecho nada. El pequeño Sarmiento se lo oyó contar

tantes, y cuando observó que en el rostro del pseudo cadáver aparecían vagas señales de vida, le llamó por su nombre, y con alta y solemne voz le dijo: "Levántese, que aun le quedan luengos años de vivir". Y el resucitado se levantó y echó a andar, en efecto, en medio de la estupefacción de los parientes y amigos. Esta farsa, llevada a cabo con un fin de edificación piadosa y con un fino espíritu de benevolencia burla, retrata bien a aquel admirable sacerdote sanjuanino que vestía, por lo demás, una sotana mugrienta, porque todo el dinero que a sus manos llegaba lo consumía seguidamente en limosnas para los pobres. De tal modo, que los vecinos pudientes, avergonzados de aquellas sotanas raídas, le llevaban ropas nuevas y decíanle, para que las aceptase sin vergüenza, que eran el fruto de una restitución hecha por un pecador anónimo, o cualquier mentira por el estilo.

Un hombre así tenía que influir profunda y duraderamente en los espíritus que se sometían a su ejemplaridad. La madre de Sarmiento era virtuosa, íntegra y grande de ánimo por naturaleza; pero la suerte quiso que estuviera a su lado, para reafirmarla en su virtud y su entereza, un varón tan admirable como aquel extraño sacerdote. Extraño por su ambigüedad y por lo inesperado de sus procedimientos. Verbigracia, en su deseo de atraer muchos fieles al templo y para que escuchasen su sermón sin aburrirse, el bueno de José Castro solía empezar contando anécdotas y chascarrillos a

JOSE MARIA SALAVERRIA



ACE nueve años que el cronista estuvo una vez en Tacna y Arica; regresa ahora a este puerto por la vía férrea que lo une con la capital de Bolivia, la ciudad de La Paz. El viaje desde La Paz es cómodo y breve, pues apenas se tarda diez y ocho horas y media para recorrer los cuatrocientos treinta y tres kilómetros de línea, que, especialmente en la sección chilena, es de un arriesgado y hermoso trabajo de ingeniería.

Por el descenso brusco que se hace en tan poco tiempo—de 3680 metros de altitud en que se encuentra La Paz, pasando en el viaje por lugares de más de cuatro mil metros, al nivel del mar en que se halla Arica—es inevitable sufrir las molestias del violento cambio atmosférico, en un pronunciado zumbido de oídos, náuseas, dolor de cabeza, sofocación, etc.

Como el tren parte de La Paz a las diez y seis horas y media, el viajero no alcanza a ver de la parte de Bolivia sino las estaciones de El Alto y Viacha, importante centro ferroviario donde convergen cuatro líneas internacionales—dos a Chile, las de Arica y Antofagasta, una al Perú por Guayaquil y otra a la Argentina por Villazón—; luego, con las últimas luces del día, se goza del panorama que ofrece la llanura sembrada de casuchas indígenas y de campos de labranza que se extienden de Viacha a Coniri y donde se levanta el cerro Pan de Azúcar, famoso en los anales de Bolivia. De Coniri en adelante ha cerrado la noche y el viajero curioso que desciende en Comanche sólo alcanza a vislumbrar, recordada sobre el cielo sombrío del altiplano, la mole gigantesca de su riquísimo cerro de diorita, de cuyas canteras inagotables proviene toda la piedra empleada en los mejores edificios de La Paz, así como la de los más vistosos mausoleos de su cementerio. Igualmente en Tareja, estación de la que parte un ramal al importante centro cuprífero de Corocoro, podrá ver apenas en forma confusa los andenes cargados de miles de sacos de barrilla y sulfuros de cobre, listos para ser transportados al Pacífico. Después, entregado al sueño, en la sucesión de estaciones y paraderos de la línea, sólo se dará cuenta de que el tren se detiene o que se pone en marcha...

Al despertar en el siguiente día, el paisaje habrá cambiado por completo. A la altipampa dilatada, que ondula en suaves lomas de colinas o se encrespa en diminutas serranías pétreas, como un mar de tierra, la substituye ahora una estribación de la cordillera, por cuyo flanco desciende el tren como un gusano, entre obras de arte de ingeniería: estrechos y largos túneles, cortes atrevidos que muestran algo así como una crispación de las entrañas de la tierra. Y más abajo, en el llano distante velado por las brumas de la mañana, se divisa el risueño y fértil valle de Lluta, semejante a una jaspeada cinta verde que se desenrolla desde la falda misma del último contrafuerte hasta el inquieto océano de Núñez de Balboa. Es curioso observar cómo este valle, de una anchura no mayor de cinco o seis kilómetros en toda su extensión, se corta bruscamente en su límite con el desierto arenoso que lo rodea, dando la impresión de haber sido trasplantado allí de quién sabe qué remotas regiones.

La reverberación del mar estriado de espumas anuncia la proximidad del puerto de Arica. Gaviotas y pelicanos manchan con un remolino de puntos movidos la limpidez del horizonte. Central, Rosario, Poconchine, van pasando estaciones unas tras otras, todas parecidas, con sus casitas rodeadas de jardines y de huertos. Por fin se arriba a Chinchorro, lugar donde está la maestranza del ferrocarril en la sección chilena, y ya desde allí empieza a verse Arica sobre el fondo terroso de su Morro, que otea el mar como un león en acecho.

Antes de entrar en el puerto, a poca distancia y a la izquierda de la vía, se alcanza a mirar los distintos pabellones del cuartel modelo del regimiento Velázquez; más adelante, a la derecha, junto al mar, luego de haber pasado la estación del ferrocarril a Tacna, caballerizas militares y soldados, muchos soldados. Esto le da la apariencia de un campamento, impresión que se acentúa al recorrer la ciudad, por la cantidad de oficiales y gentes de tropa de la marina y del ejército que se ve por todas partes.

Luego de pasar por los trámites de la revisión del equipaje manual se sale de la estación a la plazoleta de la Aduana, al fondo de la cual se destaca imponente el edificio del nuevo y fastuoso Hotel Pacifico, con su magnífica fachada frente al mar. Detrás de él está el parque Vicuña Mackenna, al pie del costado norte del inmenso Morro granítico que flamea al viento, en su altísima cumbre, la bandera de la estrella solitaria...

★★★

Arica es un puerto pequeño, de casas bajas, casi todas de un solo piso. La mayor parte de sus actividades se desarrolla en las tres calles comprendidas entre San Marcos y la de Dos de Mayo, que es la arteria principal de la ciudad por su extensión y su comercio. La multitud de molinos metálicos de viento, empleados para la extracción de agua, le da mucha semejanza con Quilmes. Ostenta también en algunos sitios elevados pinos que, por la persistencia de las brisas marinas, han tomado una ligera inclinación al naciente.

Sus calles están bien pavimentadas, casi en su totalidad, con luciente asfalto y tienen bastante tráfico, que las hace animadas; los autos de alquiler son, sin excepción alguna, pequeños Ford de antiguo modelo, livianos y bulliciosos.

Como es de suponer, el hotel principal y de lujo es el Pacifico, en el que todavía no se ha instalado el servicio de cocina; el alojamiento cuesta cincuenta pesos diarios por persona, en piezas amuebladas con todas las comodidades y elegancia posibles en establecimientos de su índole. Su costo de diez millones de pesos basta para dar una idea de la forma como está equipado. Le sigue en importancia el hotel Vergara, que cobra la mitad, y luego el Palace. Además, hay muchos hotelitos, pensiones y hospedajes modestos que se mantienen con el tráfico de pasajeros de y para Bolivia.

Instalado el viajero en su alojamiento, sale a conocer el puerto, y lo primero que ve es la iglesia que ocupa todo un frente de la plaza, sobre una larga escalinata de piedra que va de esquina a esquina. Es toda de piezas

metálicas desarmables y del más puro estilo gótico. Su constructor fué el ingeniero Alejandro Gustavo Eiffel, creador de la famosa torre de su nombre en París. Esta pequeña iglesia tiene una leyenda: expresamente mandada hacer en Europa para la ciudad de Ancón—donde se firmó el tratado peruano-chileno de la guerra del Pacífico—, al traerla al lugar de su destino, por una emergencia cualquiera que sufrió el barco que la conducía, llegó al puerto de Arica, poco después de la terrible salida de mar de julio de 1843, que destruyó toda la antigua población situada en la parte baja, y por circunstancias imprevistas también tuvo que ser forzosamente descargada allí, donde al final, en la imposibilidad de transportarla hasta Ancón, hubo de ser erigida tal cual se encuentra hoy día. Es una preciosa obra arquitectónica y, con razón, el orgullo de los habitantes de Arica, compartido ahora entre ella y el hotel Pacifico.

La plaza es oval y diminuta, cruzada al centro por cuatro pérgolas rústicas cubiertas íntegramente por floridas enredaderas de la vistosa "ojanvilla". Tiene algo de familiar, de íntimo, de hogareño, que la hace amable y simpática. Se diría que es uno como patio o "hall" del puerto en el que se reúnen todos, mañana, tarde y noche, a platicar sabrosamente de las cosas lugareñas, de los pequeños acontecimientos cotidianos, del devenir del tiempo, lento e igual, sin sacudimientos ni zozobras, tan lento y tan igual que una moza que el cronista conoció hace nueve años, cuando tenía un novio que un buen día se marchó para no volver más, sigue soñando con él y le espera aún, día tras día, al caer de la tarde, en el portón donde solían conversar a diario, como en los viejos cuentos que narran las abuelas...

De la plaza, yendo hacia el mar, se pasa al Parque Vicuña Mackenna, prolijamente cuidado y en cuyo centro se alza, sobre un pedestal de diorita de las canteras bolivianas de Comanche, la figura del publicista chileno cuyo nombre lleva, en un bronce de tamaño natural que tiene al pie una inscripción que dice: "El Ejército al cantor de sus glorias Benjamín Vicuña Mackenna—1890—NO SOLTEIS EL MORRO—1916". Esta última frase de aquel escritor, que es la síntesis de toda una orientación de la política internacional chilena en su pleito semisecular con el Perú, solucionado ahora de acuerdo con esa misma tesis, está grabada en gruesos caracteres y las generaciones chilenas nacidas en Arica la han venido repitiendo a diario como una oración patriótica y como un juramento, años de años.

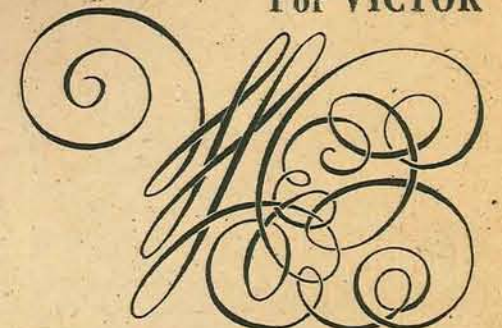
En este mismo parque, en la esquina de entrada, se encuentra empotrado sobre una pétrea plataforma un cañón Vavasseur de nueve pulgadas, construido en Londres en 1867 y que fué tomado el 7 de junio de 1880 por la división chilena comandada por el coronel Pedro Lagos a la división peruana que defendía el Morro bajo las órdenes del coronel Francisco Bolognesi. Es un recuerdo vivo de aquella contienda bélica que aun repercute en nuestro continente, y bajo la sombra tranquila de los árboles parece una amenaza para la futura paz de América.

Haciendo curioso contraste con el cañón cautivo, a su lado hay una enor-

VISTA GENERAL DEL

UNA VISITA A DE TACNA

Por VICTOR



me jaula de pájaros diversos, que viven en su cárcel aturdidos de cantos y en incesante revoloteo. Más allá, en el límite que alcanzan a salpicar las aguas del mar, está también un minúsculo parque de juegos infantiles, lleno de la alegría de sus pequeños concurrentes.

Para terminar el paseo por este lado, se encuentra por último, delante del Morro y al lado de formidables pedrones desprendidos de su mole de tiempo en tiempo, el establecimiento de baños Marávvito, construido todo de madera sobre una plataforma de dos metros de altura sostenida por gruesos rieles de ferrocarril, debajo de la cual mueren las olas lánguidas o ágiles, o furiosas y bramantes...

Mar afuera, a dos millas escasas del puerto, irrumpe de las aguas como una fantástica osamenta, la Isla del Alacrán, vivero de lobos marinos y nidial de miles y miles de aves, que despiden un olor nauseabundo insuperable, que al ser llevado por la brisa va saturando el puerto de manera espantosa. En esta isla no existe otra vivienda que el faro, que con su parpadeo luminoso sirve en las noches para guiar a los navegantes extraviados.

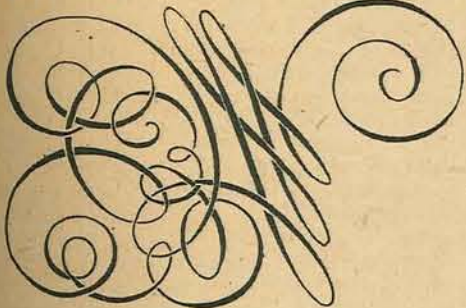
Hacia el centro de la ciudad no hay más cosa que conocer que el mercado de abasto, poco extenso, limpio y mal surtido, al lado de la oficina de correos. Y a su extremo interior, donde termina el radio urbano, el hospital, atendido por hermanitas de la caridad y por dos o tres médicos con que cuenta el puerto.

El desembarcadero se compone de dos muelles; ambos se internan unos treinta metros en el mar y están hechos de gruesos durmientes de madera, sujetos en forma de puente sobre rieles y hierros resistentes que, no obstante, alguna vez han sido arrancados por las fuertes corrientes marinas interiores. Los trenes van hasta su borde para cargar y descargar, y como los barcos no pueden ser atracados por el bajo fondo de la bahía, tiene que utilizarse para ello pesadas barcazas que sirven de depósitos, en caso necesario, bajo la vigilancia del resguardo. A la sazón no había anclado en la rada del puerto ni un solo barco de carga o pasajeros, y como el mar estaba picado, no se veía en toda la extensión que abarcaba la mirada ni la menor embarcación de pescadores o boteros, cosa frecuente en Arica por la peligrosa corriente



PUERTO DE ARICA

LAS CIUDADES Y ARICA RUIZ



que arrastra todo hacia los terribles escollos que casi circuyen su costa.

La antigua casona de la aduana peruana sigue prestando servicios, con ligeras reparaciones, y entrando a ella se puede comprobar que todas las mercaderías almacenadas en sus inmensos patios, andenes y galpones, son para Bolivia, pues la carga para despácho local es insignificante, y que también todas las agencias aduaneras establecidas en el puerto, y que dan trabajo a gran cantidad de gente, entre empleados y obreros, viven del intenso tráfico comercial boliviano de importación y exportación.

★★★

El viaje a Tacna se hace por uno de los ferrocarriles más antiguos de América, pues es el segundo que se construyó en nuestro continente; es de trocha angosta y sus coches, como la locomotora, son pequeños y resultan pintorescos. Es de notar que este material rodante, según informan allí, no ha sido renovado desde la inauguración del ferrocarril. Hasta hace poco tiempo, las luces de los coches de pasajeros eran encendidas por el conductor valiéndose de un fósforo y teniendo que encaramarse en los asientos; ahora ya se hallan provistos de alumbrado eléctrico, pero sumidos siempre en una discreta penumbra. Su marcha es lenta y como trabajosa y no le permite desarrollar sino una velocidad de treinta kilómetros por hora, por lo que cubre la distancia de sesenta y un kilómetros que hay entre Arica y Tacna en algo más de dos horas. El servicio ordinario es de dos trenes por día, uno que parte de Tacna a las ocho y media horas y otro de Arica a las diez y siete y media. También hay tráfico de autocarri- les los días lunes y viernes, en conexión con los trenes de llegada y partida del ferrocarril de Arica a La Paz, o cuando se los solicita especialmente. Los autocarri- les son coches con carrocería de madera, hechos en la mastranza que la empresa tiene instalada en Tacna, a los que se ha adaptado un motor de automóvil Ford con un tanque adicional para la provisión de gasolina; tienen capacidad para ocho pasajeros y pueden llevar otro coche igual, acoplado.

Entre Arica y Tacna no hay sino dos estaciones; una cerca del puerto, que sirve exclusivamente para cargar el azufre del ingenio de La Descubridora, de Cánepa Hermanos, única pro-

ducción de aquellos lugares, y la otra, que es la principal, y se llama El Hospicio, a medio camino justo de ambas ciudades. Por una fácil asociación de ideas, se comprende que se ha debido bautizarle así seguramente por la orfandad terrible en que se encuentran las dos casitas que la forman, una enfrente de otra, como para protegerse recíprocamente en el desierto inhospitalario e infinito que las circunda, pues desde las afueras de Arica y pasados que han sido los últimos arbustos de las "chimbos", hasta llegar a los alrededores de Tacna, o sea en una extensión de cincuenta y tantos kilómetros, no se ve absolutamente la menor apariencia de vida: ni una brizna de paja, ni una sola ave, ni un hilillo de agua; todo es de una aridez espantosa e imponente y se sobrecoje el ánimo al pensar en los sufrimientos horribles que debieron vencer los combatientes de la epopeya del Alto de Alianza, cuando una de las batallas decisivas de la guerra del 79, que ha dado nombre a este desierto.

Tacna es un oasis. Su vegetación espléndida y pujante se yergue como un reto de la alegría de la naturaleza, de la fecundidad de la tierra, ante el desierto improductivo y hosco. Aquí se ha realizado cumplidamente el sueño del poeta, porque junto a los apretados ramilletes de ramas de las palmeras tropicales se levanta la silueta estilizada de los nórdicos pinos. Por doquier se halla flores y verdura, y la ciudad se presenta llena de colorido, en su soledad y su silencio agrestes.

Cuenta sólo con el Hotel Raiferi, sito en la calle San Martín, que es la más importante de la ciudad; el alojamiento cuesta de doce a quince pesos diarios por persona, dato que demuestra la baratura de la vida. Desde el primer momento se advierte que Tacna es una ciudad que languidece en mortal abandono. Sus calles son solitarias, sin movimiento; en la noche, aun en las primeras horas, se puede caminar cuádras y cuádras sin encontrar más que raros transeúntes; llega esto a tal extremo, que un vecino que vive a una cuadra del Hotel Raiferi le contaba al cronista que iba a dicho establecimiento, cuando necesitaba bañarse, con sólo su pijama o en mangas de camisa, sin temor a ser visto así por nadie.

Al lado del hotel, en el edificio que hace esquina entre las calles San Martín y 28 de Julio, está instalada la imprenta de "El Pacífico", diario oficial chileno de cuatro páginas, que circula en Tacna y Arica y publica noticias sociales e informativas de ambos puntos.

Como una demostración asombrosa de progreso, la ciudad cuenta ya con unos pocos automóviles Ford de alquiler, que la mayor parte del tiempo permanecen estacionados en su paradero, frente al hotel.

La edificación de Tacna es característica, con casas de puntiagudos techos de dos aguas, hechos de una argamasa de tierra arcillosa con totora traída del interior, que tienen gran parecido con las isbas rusas; sus calles, excepto dos o tres de las más largas, son estrechas y de aceras tan angostas que apenas puede caminar por ellas una sola persona. El pavimento del arroyo es de menudo empedrado que molesta mucho al andar.

La catedral, toda de piedra, cons-

truída antes de la ocupación chilena y que no ha sido terminada todavía, es utilizada ahora como parque militar. Tiene la fachada cubierta de enredaderas llenas de flores y está situada en el frente principal de la plaza, en la que se destaca una pequeña estatua en mármol de Cristóbal Colón, además de la pila central provista de gárgolas, entre palmeras, arbustos y rosales florecidos.

Lo que llama la atención del viajero es la preciosa avenida Baquedano, más conocida por la Alameda de las Palmeras, el único paseo urbano de Tacna, que cuenta con una bonita plaza de juegos para niños, y el pequeño y delicioso parque Pinto, lugar de reunión dominical de la escasa sociedad tacneña a la hora del concierto militar matinal. Anchurosa y extensa, esta linda avenida, por la que atraviesa, canalizado, el río Caplina, se halla toda sombreada por dos hileras de palmeras, a las que se añaden frente al mercado —más grande y menos surtido que el de Arica— altos y coposos árboles, y, sobre el parque Pinto, verdaderos cercos de hermosos jacarandá, con sus arbolillos más cargados de flores que de hojas.

La ciudad es vasta y para recorrerla es preciso usar de algún vehículo. Así, el visitante puede conocer el cementerio, que tiene más trazas de jardín, con largas y estrechas sendas arboladas y su capillita de un encantador estilo Partenón; la toma de aguas, con sus grandes filtros cuadrangulares y los aledaños más próximos, rebosantes de vegetación, con parras y durazneros cargados de sabroso fruto en este tiempo.

Al ir al cementerio, se pasa por el cuartel del regimiento Lanceros y sus innumerables picaderos para equitación, donde se ve apenas pocos militares de la guardia.

Durante todo el paseo sorprende la soledad de las calles y el abandono completo de más del cincuenta por ciento de las casas, la mayor parte herméticamente cerradas, muchas con sus puertas y ventanas batiendo a merced del viento y bastantes en ruinas, aun en las calles más céntricas de la población, a media cuadra de la plaza, lo que le da un aspecto de desolación, solamente comparable al de una aldea evacuada durante la guerra.

Como la catedral inconclusa está convertida en depósito de armas y municiones, las prácticas del culto católico se celebran en un pequeño oratorio de la casa del vicario castrense, que es el único sacerdote que vive en la ciudad, destinado a ella como para un campamento.

La vida en Tacna está estancada desde hace medio siglo; sus costumbres son arcaicas, hay en todo una pátina colonial inconfundible. Las niñas sueñan todavía, detrás de las ventanas enrejadas o en los patios floridos, que son como cuádras andaluces, con el Príncipe Azul del añejo romanticismo, tan incomprensible hoy día para nosotros, en el tráfago violento de la vida moderna. Los jóvenes se contraen a su trabajo en la tienda o en la oficina, con una inactividad conventual y sin idea siquiera de que puedan existir otras diversiones que la charla consuetudinaria en el club o la función de cinematógrafo. Y así pasan los días, las semanas, los meses y los años, sin ninguna variante, sin ninguna inquietud

sin ninguna solicitud extraña. Como en la época de nuestros bisabuelos, el cartero reparte la correspondencia a domicilio cabalgando sobre un esmirriado rocinante que hace latir apresuradamente, con el eco de sus pisadas, el corazón de las novias y de las enamoradas, que esperan siempre cartas del ausente, a veces durante toda su vida...

La leche, el pan, las hortalizas o la fruta, todo se lleva también a vender casa por casa, cargado en borricos de la sierra, sobre grandes y toscas arganas de ramas secas entrelazadas.

Desde la reanudación de relaciones diplomáticas entre Perú y Chile, se ha producido entre los dos países un activo intercambio deportivo, artístico y teatral, y los cuadros de football y las compañías dramáticas del uno han obtenido calurosa acogida y grandes éxitos en el otro. Así, cuando el cronista estuvo en Tacna pudo asistir al estreno de una obra chilena por una compañía peruana que daba término a una temporada excepcional que había hecho allí. El teatro de Tacna, acogedor y pequeño, estaba ocupado por la mejor gente de la ciudad, que había acudido en masa a ver esa representación, pero que no alcanzaba a llenar la mitad de sus localidades, lo que lo hacía aparecer como agrandado y frío.

A la inversa de lo que ocurre en Arica, donde todos se interesan vivamente en las gestiones para el arreglo definitivo de su nacionalidad, en Tacna hay alrededor del asunto una glacial indiferencia, que sólo se puede explicar al comprender que todos piensan con razón en que, sea quedando en poder de Chile o volviendo al del Perú, su situación tiene que mejorar, ya que nada puede haber que sea peor al estado en que se encuentra ahora.

Quien va a Tacna de cualquier otra parte, se siente transportado de pronto a la vida de hace medio siglo, y quien, como el cronista que esto escribe, ha conocido Tacna hace nueve o diez años y no encuentra en ella la menor variación, el más remoto progreso efectivo, se consterna con un dolor de hermano ante la suerte desdichada de esa ciudad, otrora llena de animación y de vida, próspera y rica, con un comercio floreciente y una gran población trabajadora y contenta, y no como la de hoy día, abúlica y perezosa, sin ambición de nada y que vegeta en la ciudad empobrecida, con sus actividades casi muertas y sus propiedades desvalorizadas en más del sesenta por ciento de su costo, en forma semiparasitaria. Y siente también un gran deseo de gritar clamando justicia para esa tierra desgraciada y llamando a la concordia a los pueblos que se la disputan cegados de pasión, como si la tierra no fuera patrimonio de la humanidad.

Felizmente, en estos momentos se halla virtualmente solucionado el diferendo peruano-chileno, y Tacna y Arica, con su vida ya normalizada, han de progresar vertiginosamente al impulso pujante de emulación de sus respectivos poseedores, aunque todavía ha de turbar por ese lado la paz del Continente el clamor angustioso de Bolivia, pidiendo a la equidad del mundo su libre acceso al mar, para romper el asfixiante enclaustramiento a que la tiene condenada, con crueldad injustificable, su luctuosa derrota en la guerra del 79.



ODO el que entra en las luchas políticas debe tener sueños audaces. Ese "bon mot" de Stresemann es más característico de su educación que de su sistema de vida.

Es cosa rara en la Alemania de la post-guerra que se dedique a la política el que demuestre tendencias de espíritu literarias. Antes de la guerra estaba prohibido. Uno se volvía ridículo en el Reichstag y se cerraban las puertas del Gabinete ante el que era acusado de haber escrito un libro que no fuera exclusivamente político, una tragedia o versos. Hasta los descendientes de las familias nobles, que ocasionalmente evidenciaban su decadencia en versos, se cuidaban de no dejar sus trabajos literarios sino entre las manos del más estrecho círculo de sus íntimos, guardándose mucho más de publicarlos. Nadie debía soñar en Prusia; eso sólo se permitía en Austria, donde la disciplina rígida faltaba en exceso, como la música vienesa lo prueba indirectamente.

También estaba prohibido estudiar filosofía, hasta la del mismo Hegel, que, después de todo, era realista y prusiano. Cuando Bethmann Hollweg se hizo cargo del Gobierno, sus enemigos se regocijaron grandemente recordando que el hombre había estudiado a Kant. Sólo en pocas legaciones aisladas o en ciertos consulados se encontraba un par de caballeros distinguidos que cerraban las puertas de la cancillería cuando aparecía alguno de nuestra clase y gozaban entonces de una conversación verdadera. Muy pocos fueron los hombres de ilustración que dirigieron los negocios de Wilhelmstrasse entre los días de Humboldt y los de Bülow. El Príncipe de Bülow sólo podía ocultar su extraordinaria provisión intelectual con el encanto de su conversación, que solía embellecer con innumerables anécdotas en diversos idiomas, de modo que su ilustración no chocaba en la Corte. Nadie se reía de él porque supiera citar de memoria cualquier pasaje de "Faust".

La sombra que pesa sobre nuestra joven república proviene primero de los social-demócratas, que fueron los que subieron primero al Gobierno. No sólo la nobleza, sino también los ciudadanos de las clases medias, y por último, miles de jóvenes socialistas, advirtieron con curiosidad y con sorpresa que los primeros representantes populares elegidos por la Nación para gobernar eran, en su mayor parte, peor educados que sus predecesores aristocráticos. Aun si tenían mejores maneras que las que el público esperaba de ellos, carecían de aquellos conocimientos que en un momento crítico de la historia debe tener un estadista, siquiera para servir de ellos como punto de comparación y de contralor. No basta sacar a relucir a Bismarck a todo propósito o venerar simplemente a los republicanos de 1848.

El primer hombre de gran ilustración que vino a asombrar a los alemanes y al resto del mundo por su talento de estadista fué Walther Rathenau; el segundo es Stresemann. En lugar de los ministros que por treinta años demostraban la ilustración de vulgares estudiantes o de oficiales de la guardia, con la rutina heredada o adquirida de las más viejas y (en algunos casos) de las más dignas familias de funcionarios; en lugar de los hombres de comités y de los secretarios de sindicatos obreros, esos hombres maravillosos iban más allá, y no sólo conocían a Goethe y a Sócrates íntimamente, sino también entendían y podían manejar los elementos y las figuras principales de la historia de Alemania. Hicieron muchas cuestiones de fácil resolución para el pueblo, analizando su evolución y su significado histórico. La capacidad oratoria innata, diferente en cada uno de ellos, les permitía movilizar su ilustración para la tarea cotidiana.

Una comparación entre ellos, ya que pueden ser considerados como los estadistas más importantes que ha producido la República en estos diez años, explica muchas cosas, pero su parecido termina con esto. Porque en tanto que Rathenau, por educación y por temperamento, se sentía más o menos atraído por la manera tolstoiana de ver el mundo, que por desgracia nunca tradujo en hechos y sólo parcialmente expresó en teoría, Stresemann, realista, burgués opositor al socialismo, se encuentra en contradicción con esa naturaleza reformadora. Stresemann tiene una visión política más segura y una táctica política más precisa. Rathenau era más un ciudadano del mundo que un germano. Stresemann es germano por completo

DE LA CERVECERIA AL REICHSTAG

STRESEMANN, EL SALVADOR DE
ALEMANIA
SUS SERVICIOS A LA PATRIA

y de corazón, y se ha hecho cargo de la política internacional sólo porque reconoció su valor para la Alemania actual. Ambos se creían a sí mismos soñadores en ocasiones, escribieron versos y adoraban la música; pero Rathenau era, en verdad, más filósofo que estadista, y Stresemann organiza sus sueños como si fueran figuras matemáticas. El fondo romántico que los dos llevaban en sus corazones era más peligroso para Rathenau; para Stresemann sólo es un embellecimiento de la vida. Aquél pertenecía a una raza antigua y demasiado madura; éste a una familia orgullosa, determinada a elevarse, cuyos hijos más fuertes consideraban el colapso de su patria, que ya es casi cosa del pasado, como un simple interludio. Metafísicamente, era lógico que la naturaleza de Rathenau, hecha de tonos menores, terminara de una manera tan sin sentido antes de que los tiempos hubieran madurado para sus ideales, en tanto que la mayor tensión del otro es más capaz de levantar el país, y por consiguiente, más tenaz, a despecho de hacer lo justo.

Durante seis años, Stresemann ha hecho, en efecto, lo justo, a pesar de su pasado político. Y lo ha hecho a riesgo de su vida y con sacrificio de su salud. Hace lo contrario de sus ideas anteriores; en cierto sentido, lo realiza a pesar suyo. Hijo de un comerciante de cerveza de un arrabal oriental de Berlín, surgió rápidamente de la atmósfera de pequeña burguesía por virtud de su curiosidad natural, de su ambición y de sus dotes. Pero cuando, ya doctor en filosofía, escribió acerca del comercio al menudeo de la cerveza embotellada, se vio cuán fácilmente relacionaba sus estudios económicos con las cosas que había visto en su niñez, y todavía sigue complaciéndose con esa misma suerte de realismo. Cuando fué secretario de la comisión directiva de los industriales sajones, y luego una especie de síndico de ellos, atendía más la condición de los labradores que cuanto era usual en la posición que ocupaba, y le interesaba menos la condición de los capitalistas a quienes servía. Seguramente, era natural que un joven educado en estrechos círculos sintiera mayor simpatía por sus amos y directores en el mundo de los negocios internacionales que el hijo del rico contratista Rathenau, que, de acuerdo con la ley de los opuestos y con las tendencias de los tiempos, se interesaba más por la situación de los obreros que por los dividendos de los fabricantes.

De tal modo, Stresemann, que a los veintiséis años luchó en la Cámara baja del Parlamento de Sajonia para que en ese cuerpo tuviera representación la industria y el comercio y que había dedicado su vida a la expansión de la producción alemana, se encontró fatalmente convertido en la Alemania del Kaiser en el abogado político de la expansión. A los treinta años fué uno de los miembros nacionales liberales del Reichstag, y tuvo que ser al fin decididamente nacionalista como ya era liberal. Pero en 1912 hizo un estudio sobre la industria norteamericana, y en un discurso pronunciado en Toronto, difundido ampliamente por la Asociación de los Manufactureros Canadienses, llamó la atención sobre la posibilidad de una guerra germano-americana. Al mismo tiempo conoció a Woodrow Wilson, que le produjo una gran impresión. Hacia 1914 inició con Albert Ballin, de la Compañía Hamburgo - Ame-

ricana, la formación de una sociedad alemana para el comercio mundial, todo lo cual demostraba que era imperialista, pero que no deseaba la guerra como medio de obtener la potencia económica.

Al estallar la guerra, sin embargo, los ideales de Stresemann cambiaron. No se le puede enrostrar porque haya supuesto que la guerra había sido preparada por Gran Bretaña a causa de la rivalidad comercial, pues ésta era una fórmula universal alemana en esa época, y en su ambiente ésta era una especie de autosugestión. Más desgraciado fué su error al creer que Gran Bretaña podía ser destruida por los submarinos, que los Estados Unidos no eran de temer y, sobre todo, que Bélgica no podría jamás "volver a ser un "glacis" para Inglaterra". ("Glacis" y "prestige" son dos palabras francesas que hicieron más perjuicio entre nosotros que todos los cañones franceses).

Aprobó los tratados violentos dictados por Alemania al Oriente, hizo oposición a Bethmann, y hasta en junio de 1918 a Kühlmann. Pero cuando se mira hacia atrás la perspectiva de los diez años, aunque a lo menos en el último caso no tenía razón, no es posible dejar de admirar los brillantes discursos que Stresemann, enérgico, optimista, dispuesto a la acción, soplaban en su trompeta, aunque la trompeta estuviera desde hacía mucho tiempo llena de agujeros.

Puede también alegarse en su favor lo que no hizo el 9 de noviembre de 1918, como muchos de sus asociados, que al punto juraron fidelidad a la nueva bandera, pues que, por el contrario, habló en contra del destronamiento del Kaiser. Vaciló entonces, por fuerza y durante varios meses, entre lo nuevo y lo viejo; votó en el Parlamento de Weimar contra la firma del tratado de paz de Versalles y pronunció discursos en los desgraciados días de la revolución. Al mismo tiempo se colocó sobre "la plataforma de los hechos", y asombra que esa plataforma no se hubiera hundido con tanta gente como trataba de treparse en ella. Con cautela, trató de mediar en el momento del golpe monárquico de Kapp y Ludendorff, en marzo de 1920, y anunció la huelga general, aunque ésta era la única manera de derrotar a los conspiradores mal preparados.

Y entonces fué cuando la ironía de la historia lo designó para completar lo que él mismo había condenado durante tantos años. Cuando Wirth y Rathenau, luchando contra una explosión de ira de la Nación, reconocieron primero que Alemania debía comenzar a acceder a las demandas de sus ex enemigos, a fin de convencerlos de que su realización completa era imposible; cuando surgió la gran contraofensiva moral que desvaneció los prejuicios del mundo contra Alemania (que fué tan hábil como patética), Stresemann estaba en las primeras líneas entre los que luchaban en contra. Nunca lo hizo, sin embargo, con los métodos cómodos y retóricos de los nacionalistas germanos. No deseaba la guerra, sino las negociaciones y trataba de cumplir los deberes impuestos por la paz, no como deberes, sino sólo como compensaciones. Se opuso al cumplimiento incondicional. Por esa razón apoyó también al canciller Cuno en la lucha por el Ruhr, y preconizó la resistencia pasiva contra la invasión activa de los franceses. Entretanto, con su fundación del nuevo partido del Pueblo Germánico,

había obtenido tanta influencia, que la decisión acerca de esa política en el Ruhr no pudo tomarse, o a lo menos no se habría tomado con tanta rapidez sin su aprobación.

Sin embargo, en la crisis de 1923 aceptó el Gobierno como canciller imperial, y la primera obligación de Stresemann fué el abandono de la lucha iniciada por Cuno en el Ruhr y la continuación de la política de Rathenau sobre el cumplimiento del tratado. Empleó otros métodos, y parece que fueron los más eficaces. Ante todo, sin embargo, y puesto que habían pasado ya tres años, era tiempo que se justificara la política del cumplimiento. En los cien días de su cancelierato impidió una guerra civil amenazadora estabilizando el marco, y por esta medida, impidió que los Estados Unidos — que estaban transformando su opinión general en más neutral que los países inmediatamente interesados — intervinieran en el problema de los pagos anuales alemanes por reparaciones. El plan Dawes sólo se hizo posible cuando la moneda circulante alemana, que había perdido por completo su valor durante la resistencia pasiva en el Ruhr, llegó a estabilizarse de nuevo. Todo esto sólo pudo realizarse reconociendo y respetando los tratados. "Pagaremos". A causa de esta palabra Rathenau había sido asesinado. El opositor de Rathenau, Stresemann, la volvió a pronunciar, y con mucho mayor éxito.

En ese tiempo también la política no era fácil ni sin peligros. "Quien se oponga al plan Dawes moviliza una de las más grandes potencias del mundo contra sí misma", dijo Stresemann, y cuando en el Reichstag un nacionalista gritó que estaba haciendo una espléndida defensa de los enemigos, Stresemann, el polemista tranquilo y elegante, perdió la paciencia y el juicio, contestando: "¡Infame!" a su interruptor. Por primera vez en los últimos diez y siete años en el Reichstag, se vio llamado al orden — cosa de la que puede, como es claro, enorgullecerse —. Pero durante mucho tiempo, desde entonces, fué guardado por la policía cada vez que salía a la calle. Cuando Stresemann contestó la primera demanda amenazadora de Francia sobre reparaciones, su respuesta a la cuestión de la seguridad casi fué prevista. Se había reconocido que Alemania sólo podía pagar si se la dejaba ser enteramente solvente, y que los intereses económicos de todos los Estados que intervenían estaban entrelazados. El pueblo comenzaba a comprender que los Estados ribereños del Rin estaban también ligados políticamente, de muy estrecha manera, para que les fuera posible vivir pacíficamente, sin una convención definida.

Con ello comenzó el servicio personal e histórico de Stresemann a Alemania. Hasta entonces había tenido sólo felices iniciativas, que eran puramente instintivas. Después comenzó a esforzarse, en bien de la patria, para dominar la política europea. No fué el pacifista ni el filósofo el que negoció el tratado del Rin; por el contrario, fué atacado por los pacifistas, que al principio no podían seguir sus vistas, y tenían razón en preguntar cuáles eran sus propósitos. En la primavera de 1925 comenzó a trabajar por el porvenir de Europa, por medio de una hábil nota a Francia, nota apoyada y quizá instigada por Lord d'Abernon, embajador británico en Berlín, y en la caída de Locarno realizó más que un tratado. "Ningún país ha conseguido ventaja en Locarno y ninguno ha triunfado", dijo Chamberlain. Los jefes de las cuatro naciones se reunieron y se conocieron entre sí, no sólo como colegas, sino también como amigos.

Pero la nueva Alemania estaba tan mal preparada para todo esto, que Stresemann y su cortejo tuvieron que abandonar Locarno por una estación de ferrocarril llena de público y a una hora extraordinaria. A su vuelta leyó en un diario nacionalista que se le consideraba peor que un bandido de caminos. Stresemann acostumbró a los alemanes a asistir a la Liga de las Naciones, adelante por el cual algunos de nosotros combatíamos desde principios de 1918 y que Rathenau había recomendado en 1921. Sólo ahora, por efecto de esa afortunada cadena de acontecimientos, Stresemann se ha transformado en un personaje europeo.

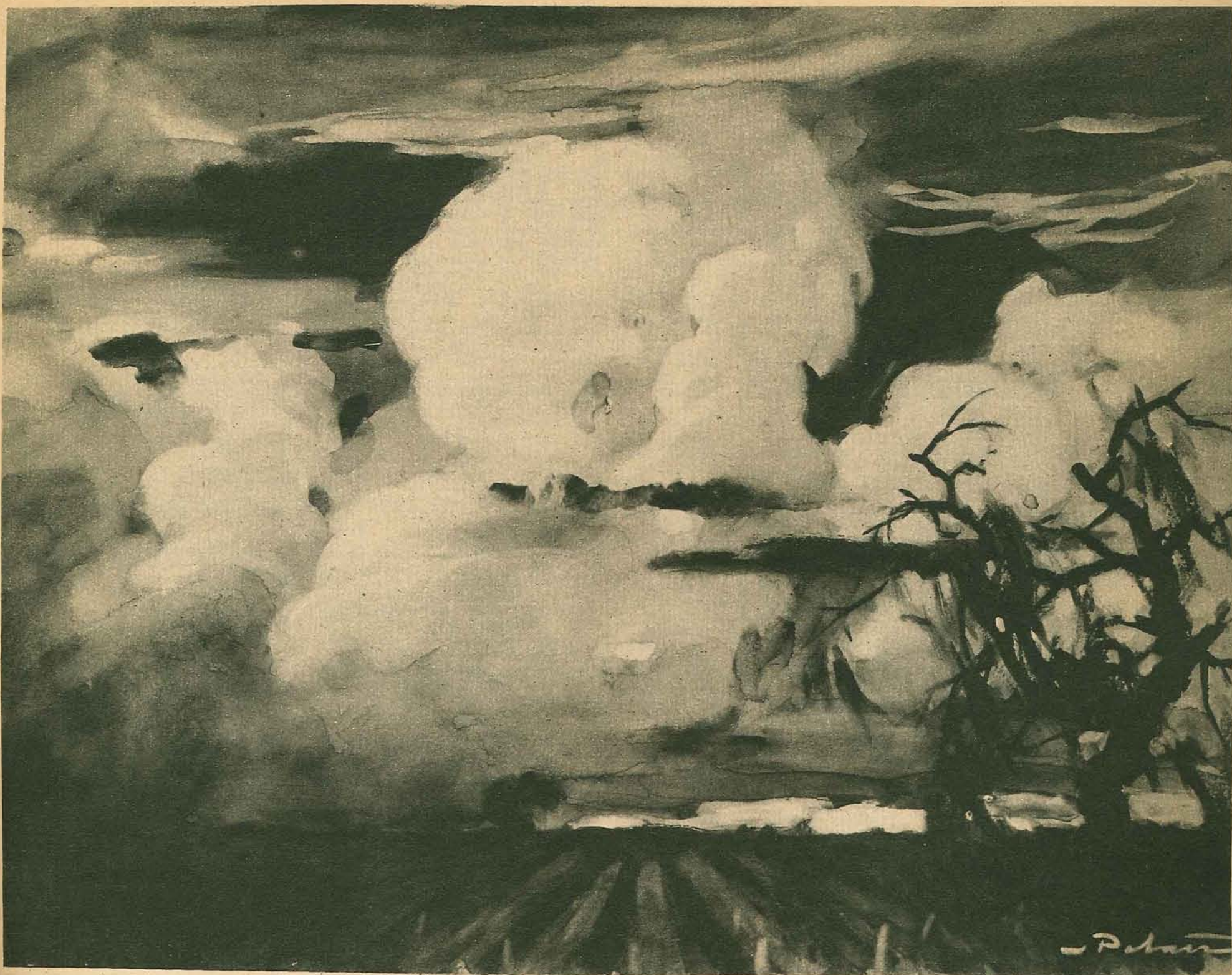
Pero es poco interesante y no resulta muy importante que se haya hecho lo debido y lo recto por virtud de simple corazónada o porque la comprensión haya seguido a los sucesos. Lo importante es que se realice lo debido y lo recto, y éste es, precisamente, el gran servicio rendido por Stresemann a Europa.



Una reciente fotografía de Gustav Stresemann a cuyo tesón tanto debe la pacificación espiritual de Europa.

EMIL LUDWIG

(Para LA NACION)
BERLÍN, julio de 1929



N silbato de fuego rayó la noche de mediados de otoño. El tren 94 se arrastraba pesadamente con su cola de cincuenta vagones. Partía todas las noches de la estación de San Juan llevando a las metrópolis lejanas y ardorosas la carga de las frutas cuyanas: era un mensaje de frescor y dulzura para la ciudad sitiada y desconocida. Empaquetados en livianos cajones de álamo, prietos entre el aserrín de corcho y las virutas de papel de color, los racimos de las diversas variedades eran piedras preciosas, afelpadas en sus estuches. Las uvas en sazón, cristalinas, tenían todos los matices: eran rubies, esmeraldas, zafiros, topacios, amatistas. Toda la policromía de las gemas volcaba también la montaña sobre los frutos, nutridos con sus aguas. El tren de fruta se detuvo en la estación del Pocito, y enganchó cinco vagones más a su zaga. Así lo seguiría haciendo en todas las estaciones de tránsito, hasta salir al campo inculto, donde no llega el milagro de la acequia fecundante, más allá de cuya linde sólo crece la jarilla y el jume achaparrado.

Juan Quiroga se paseaba a grandes zancos por el andén de la estación. Fumaba nerviosa, inconscientemente. A cada aspiración de humo, el cigarrillo ardía a intermitencias, luciérnaga roja en el fondo de la noche. Esperaba con impaciencia el tren carguero, que había de llevar la primera remesa de su cosecha al mercado del litoral, al Brasil, a Norte América, a Alemania. Mientras caminaba, Quiroga discurría fácilmente, el pensamiento abierto a la sombra propicia para la fantasía: la cosecha de sus parrales iría lejos, a servir de postre en la mesa principesca, en el banquete de un Rey del acero o del carbón, o en el "dancing" lujoso de Broadway, donde hacen su fama las estrellas más renombradas. Quiroga quería tener la fruición de ver la partida de su remesa; y absorbo en sus divagaciones, apenas percibió el ruido de los cambios, las señales de vía libre

TIERRA MALDITA POR ATALIVA HERRERA

del semáforo, la campana de salida, el pito del guarda, y por último, el silbato de fuego de la locomotora, que se volvía a arrastrar en la noche sin luna de mediados de otoño, marcando sus huellas un ojo rojizo que se dormía en la sombra.

Quiroga despertó de su ensimismamiento, saltó al sulky, tomó camino de la finca, alegre, reconfortado, casi feliz. ¿Por qué no había de sentirse lleno de fe y esperanza en el futuro, si al fin veía el fruto de tan largos sacrificios? Quiroga hubo por herencia de su mujer esta finca. Todavía soltero, vino de abajo, como jefe de la estación ferroviaria. Allí conoció a la que ahora era su mujer, la Nicolasa Flores, de padres pobres, pero la abuela favorecióla con el quinto de su testamento, y de ahí la tierra que aportó al patrimonio conyugal. Quiroga nunca pensó en hacerse afincado; menos en abandonar su puesto, tras muchos años de servicio, para dedicarse a la agricultura, trabajos para él totalmente desconocidos. Pero un día vino el suegro y le dijo:

—¡Parece mentira que usted, teniendo terrenos para cultivar, esté vegetando en este puestito!

Otro día la suegra:

—¡Todos se hacen ricos porque trabajan la tierra y usted nunca saldrá de pobre con este empleo!

A veces, una tía política:

—¡Es una vergüenza que el gringo que le arrienda la finca, se esté haciendo rico y usted siempre lo mismo!

Un vecino:

—Aquel gringo empezó de contrastista y ahora es un señor bodeguero.

Quiroga no quería dejar lo cierto por lo dudoso; pero los ataques diarios de sus familiares, y que él miraba con sus propios ojos las remesas de fruta que se liquidaban a pingües precios

todo lo determinó a tirar su gorra de jefe y sus años de servicio y a largarse de cara al sol a plantar viñas: ¡a hacerse rico! Y empezó la nueva vida, lleno de entusiasmo. La lucha fué recia, abrumadora, sin descanso, pero lo sostenía una fe ciega en el triunfo definitivo. Dispuso de sus ahorros para los primeros trabajos. Rozó la tierra, la niveló, la aboró, desparramó semilla de alfalfa y cebada y se plantaron las primeras cepas. La tierra del Pocito, delgada y pobre, ripio y arena, imponía improba labor. Las herramientas se gastaban como manteca contra las piedras. Había que regar seguido; cada tres, cada cuatro días. Ese año era de poca agua. Casi no había nevado en la cordillera. Cuando la vid echaba el suave perfume de su florescencia, ya se echaba de ver que habría escasez para el riego. Los días se alargaron. Un sol de fuego tostaba el ambiente. Las piedras parecían calcinadas. Las sembraderas y los viñedos, en pleno verano, empezaron a amarillear. Los robos de agua se sucedían todas las noches. El Canal del Pocito, que en años de abundancia se deslizaba torrencioso y sonoro, apenas arrastraba un caudal insignificante. Los regantes se escurrían por la noche, agazapados tras las totoras y cortaderas de la orilla; limaban las llaves de las compuertas; bajaban unas y levantaban otras, hasta llevar una gruesa dotación a sus viñedos. A veces, los regantes de un ramo se encontraban con los del otro ramo, damnificado por el robo, y entonces se trababa entre ambos bandos una lucha nocturna, batalla campal que dejaba algún herido o algún muerto. La autoridad era impotente para asegurar el orden. Quiroga recurrió a la mafia antes que a la fuerza. Su mujer, la Nicolasa, era una criolla fornida, cargada de carnes. El ramal que llevaba el agua a la finca de Quiroga se bifurcaba a la entrada, en punta de diamante,

para hacer la división con la propiedad lindera. Dos sauces coposos, a cada margen del reparto, prestaban al lugar amplia sombra. La Nicolasa recurrió al arbitrio de bañarse a todas horas en la acequia, sobre la toma: su cuerpo servía a modo de tapón sobre el cauce del vecino y toda el agua se volcaba sobre la tierra de Quiroga que, reseca, bebía por sus mil grietas sedientas la bendición de la linfa refrescante. Así salvaron ese año la cosecha.

Al año siguiente las cepas ya llegaban al primer alambre, a fuerza de abono para esa tierra ingrata. Quiroga había agotado todos sus recursos en la espera larga, improductiva. Tenía un amigo, viejo viñatero del lugar, don Braulio Jiménez, a quien conoció cuando era Quiroga jefe de la estación, y su amigo esperaba el tren local en sus viajes a la ciudad. Habían intimado por la frecuencia del trato, hasta el punto de ser su confidente. Braulio cultivaba su parral de cabeza; vendía su "uvita", como él decía, al bodeguero y circunscribía sus gastos al producto de su viñedo. Siempre montaba en su caballo lobuno, sin que lo tentaran los agentes de automóviles, que le ofrecían coches con todas las facilidades de pago. Don Braulio solía decirle a Quiroga:

—¡Tenga cuidado, amigo; no se meta en honduras. Aquí las bordalesas mandan! Si a los bodegueros se les ocurre que les regalemos la uva, lo tendremos que hacer, sin protesta. No se pueden hacer cálculos sobre el rendimiento de la cosecha.

Quiroga fué a pedirle consejo para salir de sus apuros: ¿pediría dinero a los bancos o a los prestamistas, que cobran el treinta por ciento de interés, tipo plaza, según ellos?

—Vea, amigo—dijole don Braulio—, si tiene apuro, los prestamistas, ahí no más, le han de largar la plata. Los bancos han de hacerle perder la paciencia en revisarle títulos, solicitar informes y la mar de vueltas.

Quiroga tuvo que entregarse a un usurero; tenía apuro. Un día se presentó a la finca la comisión avaluadora. Le tasaron en siete mil pesos la

hectárea de viña; en mil pesos la alfalfa o que pudiera alfalfarse. Sobre esta suma había de pagar el diez por mil por contribución territorial a la provincia, y otro tanto por igual concepto al municipio; impuestos de irrigación, fondos para caminos; total, un veinte por ciento sobre el valor de la propiedad. Había que abonar los impuestos al día, si no venía la ejecución. La finca no producía para pagar los impuestos.

Le quedaba la esperanza de la próxima cosecha. Los viñedos ya entraban a plena producción. Los vientos zondas de agosto ya habían pasado, sin causar daño en la floración. Los racimos habían cuajado, exuberantes, promisorios. El temor a las heladas tardías ya no lo amedrentaba, pues habían pasado Todos los Santos, época tradicional de la última helada. Una mañana Quiroga contemplaba, ilusionado, todo el viñedo, cuyos sarmientos se doblaban, cargados de fruto. Era un día de calor sofocante; el aire era de fuego en esos meses de diciembre. Observó el horizonte, limpio; los cerros del Pocito, zafiros dormidos, recortaban sus crestas desiguales sobre el azul diáfano del cielo. De repente su mirada se fijó en un punto: sobre la Quebrada de la Flecha se levantaba una nube blanca, anaranjada; la nube temible que trae la piedra. La vida del viñatero es una zozobra permanente. Y la nube se fué agrandando. Ya era una inmensa ala que la montaña sacudía sobre el valle. Tormenta a la siesta es manga de piedra. A mediodía se había oscurecido todo el rincón del cerro; la tormenta avanzaba como yegua desbocada, acuciada por el viento. Se oía un bramido ronco y largo, sin un punto de resuello. Ya no había duda: la manga de piedra arreciaba, derecha, implacable, azotadora. La Nicolasa imploró a todos los santos; hizo cruces de ceniza sobre el suelo; quemó palmas benditas. Restaba la esperanza de que un viento del Sur volviera la tormenta sobre el flanco del cerro, dejando a salvo los plantíos. Pero la calma se hizo absoluta; no se movía una hoja. El ruido atrozador se acercaba, colmando el pánico en los espíritus campesinos. Anochece en pleno día; resonaron las primeras pedradas, que rebotaron como latigazos sobre la tierra reseca. Al principio fueron ralas; frías y blancas, las piedras caían aisladas, como huevos de gallina que, al estrellarse, desmenuzabanse en mil pedazos; el ruido acreció en un solo trueno trepidador. La piedra, más menuda y en seco, era una descarga granada, sin tregua, con cortinado blanco, que descendía desde los cielos encolorizados. Un relámpago grande rayó súbitamente todo el espacio entenebrecido con mil boleadoras de luz; sobrevino el estrépito de un trueno y entonces se descargó la lluvia torrencial, anegadora. Cuando pasó la tormenta daba pena mirar el viñedo; parecía el invierno. Los pámpanos picados alfombraban el suelo; las uvas, pintadas, ya coloreadas, salpicaban los camellones, entremezcladas con los granos blancos de la piedra sin licuarse. Parecía que un dios iracundo hubiera arrojado al desgaire las sargas cortadas de piedras preciosas. Los sarmientos, magullados, se estreñecían ateridos de miedo.

Aunque desalentado, Quiroga fué a denunciar el daño a la compañía donde se había asegurado. Las compañías de seguros actúan en el país sin un control legal; marchan bien mientras perciben las cuotas; pero apenas empiezan a pagar los siniestros, o se declaran en quiebra o indemnizan irrisoriamente, como le liquidaron a Quiroga.

Así, salvando escollos, había llegado Quiroga a este año, en que lograba enviar la primera remesa de fruta a la metrópoli. Por eso sentíase lleno de fe y esperanza, cuando el tren frutero se perdía en la noche como un ojo rojizo que se dormía en la sombra.

En esto, se descubrió la plaga más funesta que podía presentarse para la agricultura de la región: ¡la filoxera! Ni el terremoto, ni la inundación, ni el incendio podrían acarrear, como aquella, tanta ruina y desastre para la provincia. Sin embargo, la aparición del

flagelo no conmovió la acción administrativa. No obstante la magnitud del mal, se trabó una cuestión de competencia negativa entre dos ramas del Ministerio de Agricultura: cada repartición alegaba que a la otra le correspondía intervenir. La iniciativa privada despertó el ambiente, uniéndose para la defensa común.

Apremiada la situación de Quiroga, los bancos le cerraron el crédito. Los bancos particulares, especialmente, se enriquecen a costa del trabajo del agricultor; en los momentos de dificultad se respaldan en los bancos oficiales; y si se barrunta una crisis económica, ellos la acentúan más, restringiendo los créditos, cuando debían esperarse, con mayor razón, sus servicios, en compensación a las ganancias de los años prósperos.

Mientras tanto, los viñateros pasaban por un momento de angustia. Se había producido el choque de intereses entre bodegueros y viñateros, para fijar el precio de la uva. Los primeros alegaban superproducción; los otros, que los precios ofrecidos por quintal no cubrían ni los gastos de cultivo. Este viejo problema se debate todos los años, para la vendimia; se plantea la cuestión; se nombran delegados; se dan conferencias, y los gobiernos prometen resolverlo. Para la cosecha, y al año siguiente, se reedita todo lo proyectado. Y el problema se reduce a simples términos de oferta y demanda. Su solución es el huevo de Colón: con suficientes frigoríficos regionales para el preenfriamiento de la uva de mesa, y conservación del jugo de uva efervescente, para refrescos, estos productos se venderían al alcance de toda la gente, con cuyo consumo la producción de Cuyo sería insuficiente para abastecer los mercados del país.

Una intervención federal había llegado, pedida por bodegueros y capitalistas, con objeto de reparar errores. En su acción cifraban los viñateros toda esperanza. Don Braulio le decía a Quiroga:

—No crea, amigo; el remedio puede ser peor que la enfermedad. Los hombres de afuera no saben dónde nos aprieta el zapato.

Y así fué: la intervención debía fijar el precio de la uva; de un lado estaban veinte mil viñateros, con sus contratistas y peones; del otro, los bodegueros y capitalistas, que consideraban malo el año, en que no doblan el capital. El laudo fué a favor de los últimos. No se cumplieron ni los precios fijados. La crisis, más aguda, paralizó toda actividad, como una ironía a la riqueza de este país lleno de pujanza económica. Los trabajadores, desocupados, hormigueaban por los caminos y plazas, mirando con ojos hambrientos cruzar los automóviles de lujo, como un escarnio a su miseria.

Quiroga volvía una tarde, ya entrada la noche, del cementerio. Acababa de enterrar a la Nicolasa, que murió de una apoplejía, a causa de los largos baños de la acequia regadora, en plena digestión. Frente a la estación le alcanzaron una carta; era la liquidación de la remesa de su cosecha. Un lacónismo abrumador lo dejó petrificado; le atravesó el corazón como una daga. A la luz del semáforo leyó: "Mal acondicionamiento; no hay precio." Se bajó del sulky, abrumado por todos los dolores. Sentado en el cordón del andén, hundió la cara entre las manos. Contenía algún sollozo que se le quería escapar de la garganta. Sumido estaba en la obscuridad, cuando el tren frutero pasaba rumbo a la metrópoli lejana. Quiroga se arrojó sobre los rieles, ante la locomotora. Y el tren se perdió en la noche, como un ojo rojizo que se duerme en la sombra.

El nuevo día reveló todo el drama silencioso. Un diario dió la noticia: "Añoche un hombre fué arrollado por el tren 94". Hasta muchos días después las piedras de la vía estaban manchadas con la sangre de la víctima. Don Braulio, al recoger los restos de Quiroga, decía:

—¡Así ha de ser la vida del viñatero! ¡Esta es una tierra maldita que no fructifica si no se la riega con sangre!

MEDITACION ANTE UNA MUJER DECAPITADA

"... Este espectáculo inquietante es el comentario de la ciudad. La cabeza de Flor Azteca surge de un florero, sin cuerpo visible que le dé vida. Y desde allí, con misteriosa exactitud, sin ver ni conocer, contesta a la distancia las preguntas del público asombrado."—Los DIARIOS.

¿Por qué habré perdido, Señor, el don de la inocencia y de la ingenuidad? Heme aquí, sin fe, frente al milagro de esta mujer decapitada. Sobre el borde de un florero, ausente el cuerpo, sigue hablando esta cabeza que pretende saberlo todo. Es ciertamente una cabeza de mujer, esta cabeza llena de respuestas. (¿Seguirán hablando, Dios mío, hasta después de muertas?) Meditemos, señores, sobre este milagro barato e imposible. ¿Es tan difícil creer en un milagro de cincuenta centavos? Los milagros, como todas las cosas de este siglo, se acreditan por su propio precio. Como desconfiamos de los botines baratos, desconfiamos también de los milagros baratos.

A la entrada, tres ayudantes gritan y se agitan bajo el exceso de sus sombreros mejicanos. Aquel pueblo, en verdad, concede demasiada importancia a la cabeza.

Hace cincuenta años, cuando la moda se empeñaba en negarnos la realidad del cuerpo femenino, esta mujer, reducida a una cabeza, habría sido muy propia de la época. Ha cambiado esta mujer su cuerpo por un florero, como las otras cambiaban, hace medio siglo, su cuerpo por un vestido. Era siempre la cabeza surgiendo del misterio. La moda, en definitiva, es el anticipo del fenómeno.

¿Será más frágil que las otras, esta cabeza de mujer que concluye en florero de cristal? No creo en la aptitud humana de los floreros. Las cosas inertes no saben hacer uso de su fragilidad. Es la ventaja que tienen las mujeres sobre las demás obras de arte.

Hablan las mujeres con la voz de su cuerpo y no con la voz de sus labios. Por eso, a pesar de todas sus respuestas, esta mujer sin cuerpo no nos dice nada.

¡Flor Azteca, tu reino no es de esta hora! La moda ha cambiado: ahora son los cuerpos los que viven y hablan lejos de sus cabezas. ¿Qué queda ya de la cabeza, bajo el artificio del peinado, del sombrero y del afeitado? Sobre la armonía intacta del cuello y de los hombros, la cabeza, siempre retocada, es un apéndice deforme que la moda dis-

mula. ¿Quién sabe? Acaso la cabeza, al principio de la columna vertebral, es superflua y anacrónica como aquella vértebra final que denuncia nuestro rabo prehumano.

Salomé pudo amar la cabeza separada del Bautista, porque la cabeza, en definitiva, resume el alma del varón. Ningún hombre, en cambio, amaría hoy la cabeza separada de esta mujer, que quedó sin alma al perder su cuerpo.

Todos hemos querido explicar el misterio; todos hemos tenido, a la salida, una idea propia para explicar el secreto. La ciudad no se resigna al milagro; la ciudad no quiere creer, simple y confiadamente, en la esencia sobrehumana de esta flor maravillosa. Hemos aquí, una vez más, privados del don de ingenuidad que hace felices a los hombres y alegres a las ciudades.

La esencia del milagro consiste, en el fondo, en su propio imposible. En consecuencia, los mejores milagros son los que nunca se realizan.

¡Inútil maravilla, la de esta mujer que sabe el nombre de nuestras tarjetas y el número de nuestras llaves! ¿Acaso ya no hay en la vida de los hombres misterios que indagar? Nuestra vida, en verdad, se hace cada día más simple, más vacía, más trivial. Frente a esta mujer que lo sabe todo, sólo nos preocupa conocer el año de nuestras monedas o la marca de nuestro reloj.

¿Por qué preocuparnos? Acaso no hay nada sobrehumano; acaso este secreto es simplemente una ilusión teatral. ¿Dónde están los espejos que la ocultan, cuál es la clave con que esta mujer oye y comprende? Divaguemos, señores, sobre la incomodidad terrible de todos los misterios. Más que para penetrarlos, llegamos hasta ellos para negarlos. En el fondo de nuestra curiosidad, sólo aspiramos a no perder nuestra comodidad. La comodidad del destino trazado, de la vida conocida y del camino previsto. La comodidad, también, del imposible aceptado y acatado. El mundo descansa en la gran comodidad de lo indescifrable. Los misterios inaccesibles son siempre los más cómodos.

ROBERTO GACHE

Despertar

Alba: columna de nardos en el día.

Yo he visto, en el espejo cóncavo de un sueño
Lo que nunca podrán mirar los ojos de los hombres
Y escuché en la caracola de mi corazón
El ritmo de una revelación sin voz hacia los ecos exteriores.

Estoy ciega frente al agua resplandeciente de la madrugada
Y tengo que andar apoyándome en el lazarillo tembloroso de los sonidos.
Voy hacia la isla donde está preso un cántico de cánticos
Que ayer llegó hasta mí en la onda inesperada de un gemido.

Que sean las horas como un corcel de marcha ligera
O como un barco de velamen urgido de vientos.
Toda mi alma clama por el minuto del desprendimiento
Cuando el espíritu se echa a andar sólo por los caminos blandos del sueño.

Alba: torre de plata en la mañana.

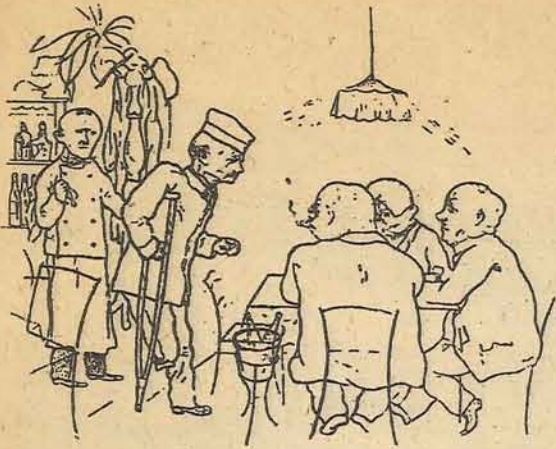
Me enferma el perfume violento que trae la túnica de la luz
Y siento las retinas quemadas en el brasero de la primera claridad.

Necesito la noche que me duplica la esperanza,
Que me cierra los párpados fatigados de rostros,
Que mella el filo de las palabras
Y trae a los oídos un eco de gargantas sin odio.

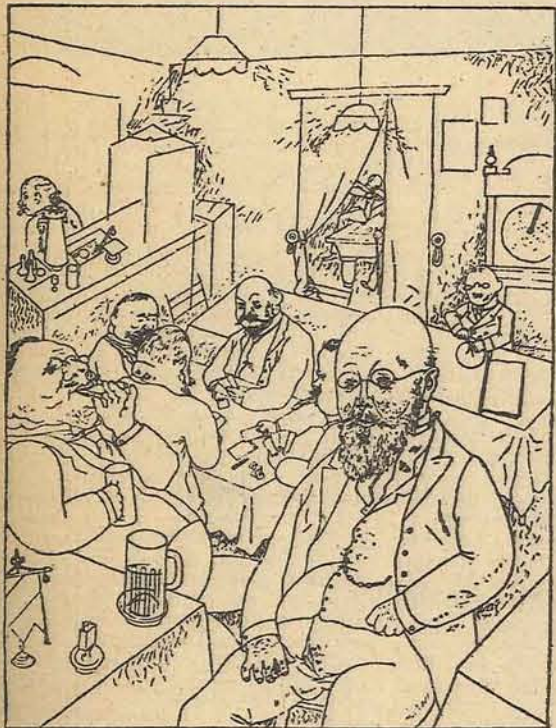
Hay que matar la vigilia enemiga.
Hay que hacer el brazo para el peso del desconsuelo dormido.
Hay que cegar los puertos
Y romper el timón y la hélice de los navios.

Juana de Ibarboure

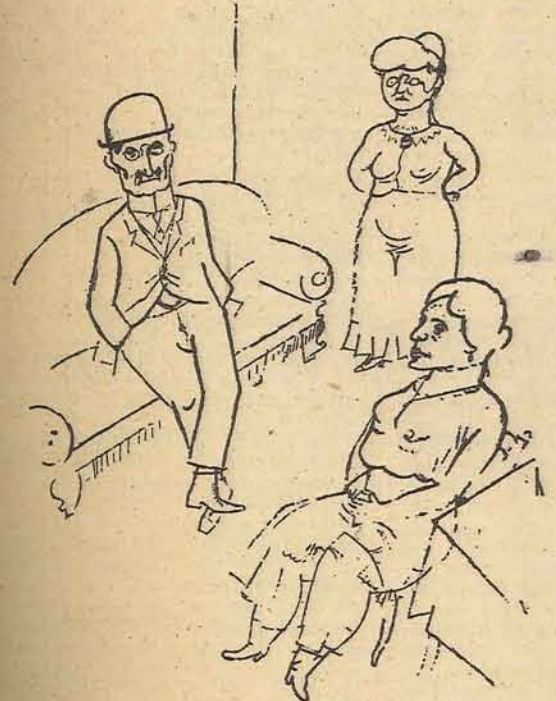




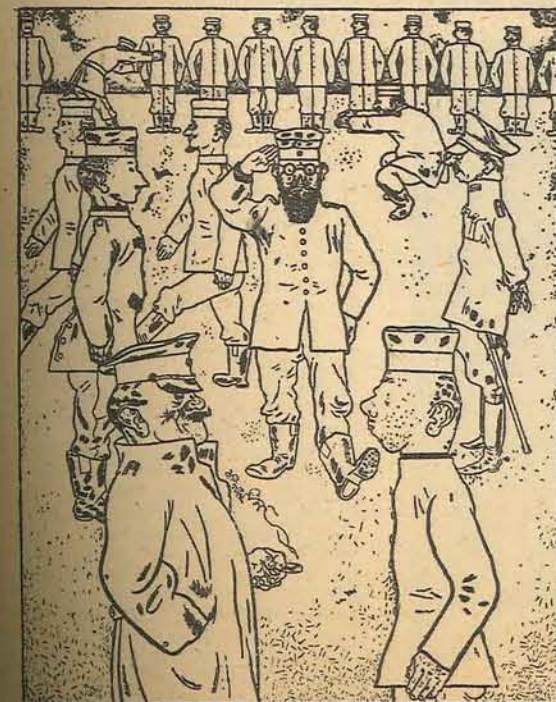
Mutilado de guerra



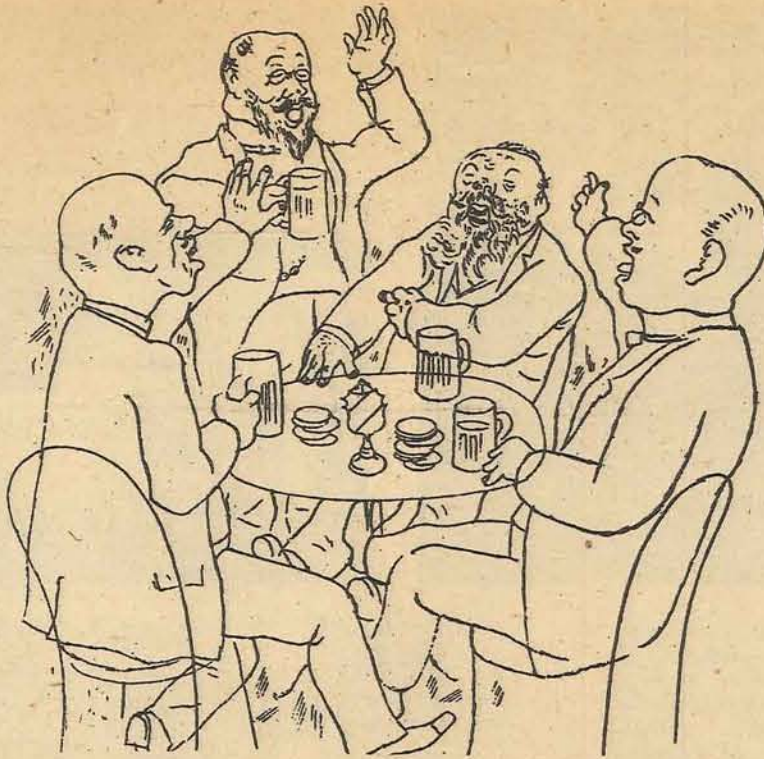
El café



El hipócrita



Militares



¡Oh! los buenos tiempos de los estudiantes

ARTISTAS CONTEMPORANEOS: GEORGE GROSZ

UNA AUTO-SEMBLANZA



E ha dicho siempre que un verdadero pintor debe ser ignorante. Por otro lado, se afirma que los artistas constituyen la nobleza de cada país. Ahora bien: la nobleza de un país tiene derecho a limitarse a cultivar sus sentimientos manteniéndose en la ignorancia con respecto a todo lo demás? Por mi parte, considero que es deber del artista adquirir la mayor suma posible de conocimientos, aun a riesgo de llegar a aborrecer más que a admirar.

"Así que comencé a ser consciente del mundo exterior, no tardé en darme cuenta de que no valía gran cosa.

"Cuando estalló la guerra, comprendí más claramente que nunca que la masa carece de voluntad. Desfilaba por las calles, como fascinada por la voluntad de los militares. Yo mismo experimentaba el influjo de esa voluntad, pero nunca he sido entusiasta, porque siempre sentí que la libertad individual tras de la cual me atrinchera se encontraba amenazada. Corría el peligro de verme obligado a entrar en comunidad con la misma humanidad que detestaba. Mi aversión se concentró sobre los hombres que querían obligarme a esa caída. Consideraba la guerra como expresión de la lucha constante por la posesión de los bienes materiales. Esa lucha me descorazonaba ya en los detalles; con mayor motivo debía descorazonarme "en grande". Eso no impidió que llegara a ser un soldado prusiano. No sin asombro, comprobé que había entre mis camaradas hombres a quienes la guerra complacía tan poco como a mí mismo. Comencé a detestar a aquellos hombres un poco menos que a los demás. Me sentí menos aislado. Hice dibujos, reproduciendo la vida del soldado. Mostré aquellos dibujos a mis camaradas, quienes no ocultaron su placer. Su juicio me halagaba mucho más que el elogio de un entendido en arte, quien evidentemente no podía juzgar mis trabajos sino desde un punto de vista especulativo. A partir de aquel momento, me apliqué a dibujar, no solamente porque aquello me producía un placer, sino porque tenía la conciencia de que otros hombres compartían mi manera de ver las cosas. Llegué así a comprender que existía un fin más ele-

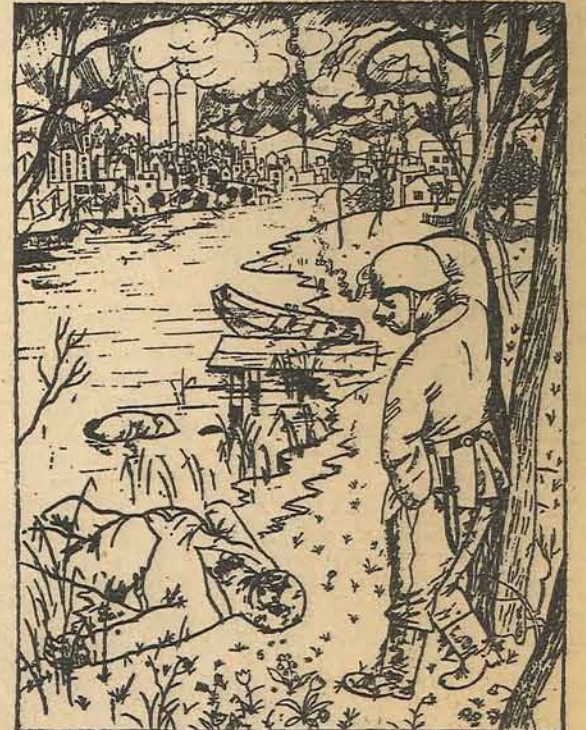
vado que el de trabajar para los "marchands". Quería llegar a ser un gran ilustrador. El "gran arte", en tanto que representación de la belleza del mundo, no me interesaba ya: sólo me atraían los pintores de tendencia y los moralistas: Hogarth, Goya, Daumier, etc. Dibujaba y pintaba por espíritu de oposición y de contradicción, a fin de demostrar a los ojos de todos que el mundo era feo, malsano y engañoso.

"Hacer arte" como hasta el presente se lo ha hecho, es cosa que en mi entender carece de sentido. ¿Sobre qué bases reposa esa producción? Sobre un reducido grupo de personas. Yo soy ante todo un moralista. Considero las cosas diferentemente que esos pintores que se imponen un pesado trabajo por la forma. ¿Para quién trabaja todavía el artista de hoy? Yo no logro imaginarme que el hecho de ver comprar sus obras por un "amateur" opulento pueda satisfacer a un artista. En otra época, el artista desempeñaba en la sociedad un papel muy distinto. ¿Se concibe a un Grunewald pintando el altar de Isenheim para M. Paul Rosenberg o para cualquier otro "marchand" de cuadros? La sola idea resulta grotesca. Lo que el artista hace actualmente, o es lujo o es juego. Nadie ignora mi grande estimación por artistas como Picasso o Braque; pero, a mi ver, sus obras no tienen, en suma, sino un valor decorativo. Ciertamente, las artes plásticas no están en camino de desaparecer. Siempre se hará arte, porque siempre habrá apasionados por la forma y por el juego. Por tanto, siempre habrá museos. Pero, ¿existe una expresión artística representativa de nuestra época? ¿La ofrecen quizá las novelas que se escriben actualmente? Afirmando que esas obras nada reflejan de las cosas extraordinarias de nuestro tiempo. Hoy, que todo se halla organizado al extremo, que el poder de los factores económicos lo abarca todo, el individualismo no es sino una ficción. El hombre no puede existir como individuo sino en tanto que es económicamente libre. ¿Quién de entre nosotros, los artistas, sabe hoy a quién pertenece? De ahí la inquietud que en la hora actual se advierte en todas las producciones del arte, inquietud que se manifiesta por igual en todos los países".

George Grosz nació en Berlín en 1893.



Subversión



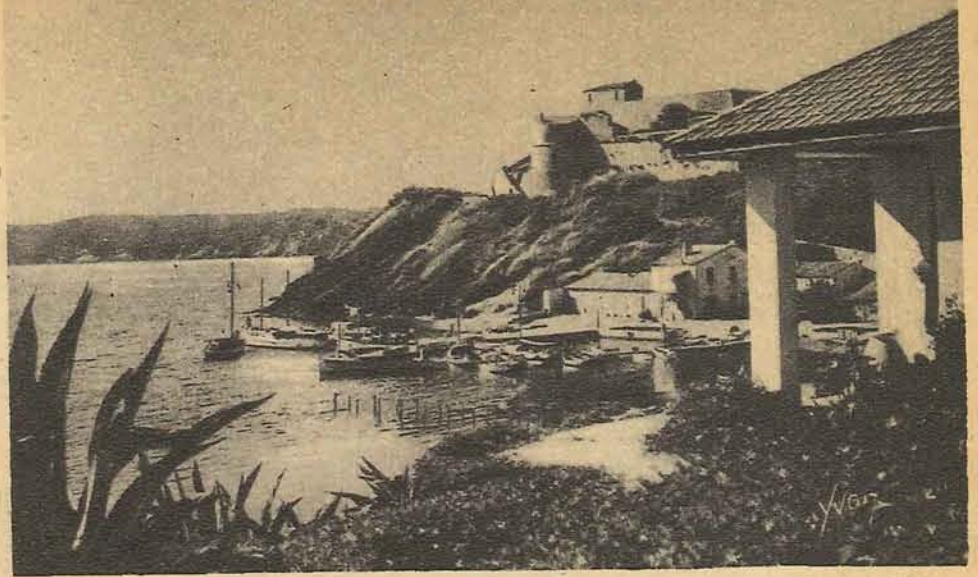
Sábado inglés



La familia es la base del Estado



Post-guerra



OS Sindicatos de Iniciativas que han bautizado las diferentes costas del Mediodía de Francia con los apodos de Azul, Plata o Esmeralda, si han logrado burlarse de los geógrafos con esa nomenclatura pueril, no han dejado de ejercer su influencia sobre la imaginación popular.

Esta poesía un tanto alicorta, ha conseguido enardecer entre los horteras y las "midinettes" esos rincones del alma donde se agita un ansia insaciable de exotismo. Hay, sin embargo, verdaderos aciertos en esos sobrenombres distribuidos al azar, y aquel que llamó Islas de Oro al grupo de los cuatro islotes de Hyères, no ha errado el tiro, como quien diría. Efectivamente, el nombre es sonoro y hermoso; además, evoca el poema de Mistral y participa de la magia de su lirismo deslumbrante.

Si no se tratase más que del prestigio de un apelativo evocador, aun quedaría el recurso de defenderse y asegurarse de que la realidad hace honor a su bella y misteriosa sugestión; pero esas islas brillan con otra aureola creada por las tan conocidas novelas de Paul Bourget, de Vogüé y de Henri Bordeaux, escritores que han elegido entre el grupo, al islote de Port-Cros para servir de escenario a la pasión amorosa de aquellos románticos marinos que fueron Jean d'Agrève y Henri d'Enloup. Y es que este rincón de la tierra pareció a sus creadores predestinado a ser un refugio de amor. Este paisaje donde todo es cómplice de la pasión; este aire excitante; esta savia vigorosa; este aislamiento en pleno sol y pleno mar; la armonía de líneas de la tierra; el brillo del mar en el horizonte; los perfumes embriagadores en el silencio cándido; en fin, todo, brinda al amor la seguridad de la soledad y la ilusión de una duración sin fin. Si pueden haber lugares elegidos por el corazón, son realmente aquellos donde parece imposible hacer otra cosa que amar.

He tenido oportunidad de visitar Port-Cros durante la prolongación de un crudo invierno. La mañana se había alzado sobre una Provenza, cuyos follajes verdegrises entristecía una blanca escarcha; la tierra sufría visiblemente.

Desde Tolón, cuyas altas casas se bañaban en sol; desde Hyères, donde el hielo se fundía lentamente en las salinas, las palmeras recobraban su energía y se ejercitaban moviendo sus hojas como pantallas. El mar adorable estiraba sus zarpas sobre la playa, feliz como un gato que se despereza al sol.

Con la aurora alcanzamos a divisar las Islas de Oro tras de su velo. Despojado de toda literatura, sin hechiceras, pero no sin hechizo, sin Jean d'Agrève y sin Elena, pero acogedora en su hermosa bahía bien modulada, pavimentada con guijeros de plata sobre los cuales retozan olas de cristal. Port-Cros apareció ante nuestra vista encajado entre la península de Gien y el cabo de San Tropez y teniendo a ambos lados a Porquerolles y a las islas del Levante.

La descubrimos de golpe, como descubrimos a veces la felicidad, a la vuelta de un camino, en el fulgor de una mirada o en el recóndito pliegue de una marcha lenta. Reuníanse allí tantas armonías estrechamente

Detrás de una cortina formada por palmeras y eucaliptos se yergue el castillo de Helena con sus torres almenadas y su gracia misteriosa. ("Jean d'Agrève", por M. de Vogüé).

unidas, acordadas en todos sus planos, fundidas en el crisol de una suave alquimia y prolongándose hasta el cielo, hasta el vaporoso y lúcido horizonte en una onda de ritmos engendrados unos por otros de acuerdo a la cadencia de la luz. Seis casas pintadas de rosa, de amarillo y de azul se contemplaban y se reflejaban en las aguas, sobre cuevas pobladas de laureles en flor que encerraban en un marco brillante y severo toda esa combinación de colores. Un grupo de macizas rocas añadían al conjunto una sensación de solidez como si quisiera impedir que el paisaje se evaporara hacia el cielo.

Tres correos por semana con uno que otro periódico; he aquí su único contacto con el mundo. Todo nos confina a estos rocosos senderos, entre el laberinto de los eucaliptos, de los laureles-rosas y de los árboles de Judea donde sólo se oye el murmullo de las fuentes. A menudo hay que cortar y arrancar las enredaderas para abrirse camino y descubrir un paso entre la impenetrable espesura; para lo cual también frecuentemente sirve de guía un pino parasol que se pavonea majestuosamente en el horizonte marino.

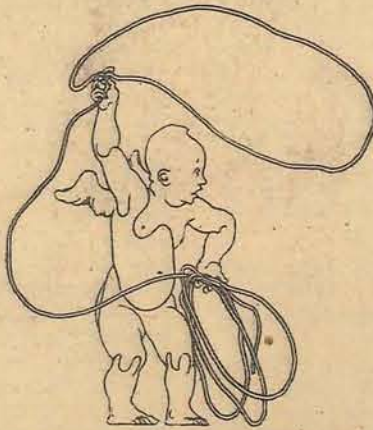
Veintisiete habitantes, treinta turistas, siete perros, tres asnos y una mona, forman la población y el haber de la isla feliz. Enfrente, hacia Levante, no hay más que un pastor con su rebaño de cabras salvajes; pero ni un alma humana sobre la roca de Bagaut. Efectivamente, todavía existen lugares donde reina una absoluta soledad, y aun hay islas que esperan a su rey...

El Rey de Port-Cros es el amor. En la hostería provenzal atendida por hermosas paisanitas descalzas, se alojan diez parejas de enamorados recién casados en París y en Bruselas. El posadero al comentar su "especialidad en noches de bodas" sonríe pícaramente; al paso que su colega de la costa, instalado en las salinas de Hyères, se burla de las pretensiones del hotelero de las islas diciendo: "No niego que los

EL AMOR Y EL PAISAJE LA ISLA DE PORT-CROS POR RENE RICHARD

(Para LA NACION)

PARIS, junio de 1929.



enamorados lo pasen bien allí, pero en lo que respecta a una verdadera noche de bodas, puedo asegurar que es solamente en mi casa donde tiene lugar. Los recién casados llegan aquí como aves de paso, en un tren que no coincide con la salida del vapor y se ven obligados a pasar la noche en mi posada y a ser mis prisioneros hasta el amanecer".

Y el viejo provenzal añade: "¡Vaya si los atienden bien! Les sirvo una sopa de pescado que no tiene rival en toda la costa, y cuando llega la noche se retiran a sus habitaciones situadas en este rincón que he edificado casi sobre el mar. Las olas los arrulla toda la noche

El fuerte del castillo que abrigó los amores de Hervé y de Flora. ("El Hada de Port-Cros", por Henry Bordeaux).

y el Mediterráneo golpea a su ventana. ¿Puede concebirse otra cosa mejor que una noche de bodas así? Las damas amanecen más hermosas y al siguiente día parten para la isla a gozar con sus bosques de laureles y sus flores, y porque nadie es molestado en Port-Cros, el paraíso de los amantes..."

Cuando llega la buena estación, es tan numeroso el número de los que vienen a refugiar su amor en este lugar, que es necesario hospedarlos en el castillo de Jean d'Agrève, en el hermoso pabellón donde residía Vogüé en los tiempos en que era propietario de toda la isla conjuntamente con su cuñado el Marqués Costa de Beauregard. Actualmente el pequeño reino pertenece al dueño del hotel, que ha evitado en todas formas que este rincón pasara a manos de muchos dueños.

Algunos parajes elegidos están arrendados a sus amigos escritores; Paulhan, de la redacción de la "Nouvelle Revue Française", habita en La Vigie, que domina el islote, y el poeta Julio Supervielle posee también su casa colocada en un lugar estratégico frente al sol poniente cuyo vivo resplandor se refleja en los vidrios de las ventanas.

Port-Cros no es solamente el dominio del amor triunfante; es también el refugio del amor herido. Junto a las nuevas parejas recientemente coronadas; junto a los nacientes idilios; junto a las tiernas efusiones inexpertas, encontramos hogares desquiciados, parejas desacordes que tratan de robar un poco de equilibrio a la exquisita medida de este ambiente, una gota de bálsamo a la dulzura potente de la selva.

¡Con qué pena comprobamos este doloroso contraste entre los caballeros de Himeneo ataviados con la armadura nueva de las ilusiones y los viejos romeros de la vida que ésta ha maltratado y herido con sus embates! Por lo menos aquí en las Islas de Oro no se entregan a la desesperación y vienen como a un lugar milagroso de peregrinación.

Cerca nuestro, un matrimo-

nio de aspecto tranquilo cambia entre sí miradas tan plétóricas de aflicción y es tanta la angustia que se encierra en ese amable interés que finge hacia todo lo que le rodea, que no podemos menos que advertir el drama que ha venido a reparar, aun mal curado de un golpe rudo. ¿Cuál de los dos es el que ha caído? ¿Cuál de ellos ha sido engañado por falsos espejismos? Simpatizamos con ellos en seguida viendo la buena voluntad puesta en actividad en procura de la enmienda y también por su fe en esta dolorosa experiencia de regresar al hogar después de este viaje visionario. Para lograr su objeto habían emprendido una cruenta lucha contra la desconfianza y los recuerdos, e iban marchando con pies de convalecientes, hollando el sortilegio voluptuoso al cual uno de ellos había seguramente sucumbido.

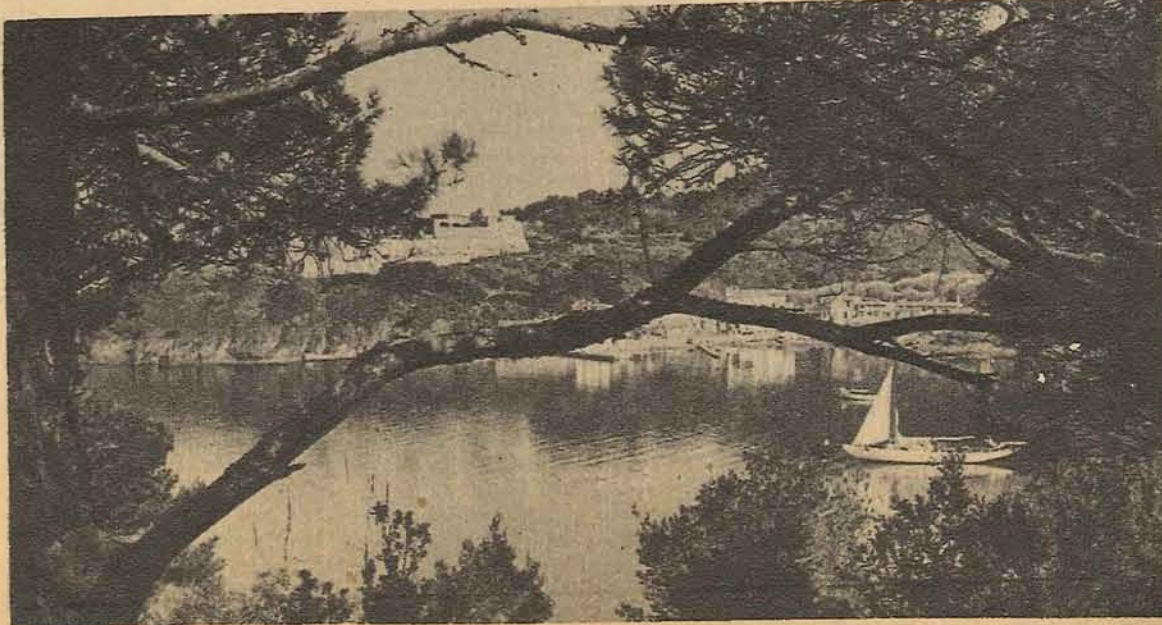
Las cabecitas rubias recientemente bendecidas de los jóvenes, no comprendían el trágico acento de las breves palabras cruzadas entre estos dos esposos.

Me hubiera gustado reunir la farándula de los enamorados; conducirla hacia la capilla solitaria y exigirles un voto ferviente en favor de esos dos heridos que ansiaban curar. Hubiera deseado que todos los que por un momento embargaba el amor, ofrecieran su primera lágrima como prenda para rescatar la felicidad de aquellos que habían sucumbido y que venían a reclamar a la isla voluptuosa, el eco interrumpido del canto de su juventud.

Hay islas felices donde siempre se tiene veinte años. En este archipiélago, en medio del borrascoso mar, Port-Cros es el refugio de Venus. Todo rechaza aquí la idea de la muerte; sin embargo, la isla tiene su cementerio...

De noche, cuando el sol se ha ocultado tras el horizonte rosa y verde, los amantes abandonan la posada y ascienden el camino que conduce hacia aquel lugar de los muertos, cuya puerta se abre sin resistencia. He aquí la sede del reposo; jardín en desorden, ramas que se confunden, piedras olvidadas doradas de luz. ¡Qué rincón encantador! ¡Qué deliciosa tranquilidad! Es tan noble el silencio que nadie se atreve a hablar ni siquiera en voz baja. Sólo un gesto señala las diversas tumbas, los ex votos, las inscripciones. "Un marino perdido de La Lucía", eso es todo; ni siquiera su nombre, aunque sí, una advertencia de que este mar tranquilo ha causado naufragios. Una joven pregunta tímidamente por la tumba de Elena. Elena es la heroína de Port Cros, la enamorada que se consumió en su pasión por Jean d'Agrève. Según la novela yace aquí. Más tarde, cuando el cementerio fué arrasado, su tumba desapareció; pero ha sido para mejor. Elena no recibe la ofrenda de flores de los recién casados porque no existe; se ha consumido de amor; su corazón ha calcinado sus huesos y de ella no ha quedado sino el nombre que canta en los eucaliptos y el recuerdo que vaga en el horizonte.

¡Qué excelente lección nos brinda este pequeño cementerio; rincón de sagacidad enclavado en la isla enamorada, campo de muertos, centro de vida! Muy lejos de estorbar a los jóvenes ebrios de amor, los durmientes por una eternidad les sirven un vino más fuerte en su copa florida. Esta noche, amantes dichosos, vuestra luna de miel será más bella...



Un golfo de aguas límpidas, donde las ninfas cantadas por Homero debieron practicar sus inmersiones voluptuosas. ("Monografía de las islas de Hyères", por Ch. Richet).

EL CRIMEN PERFECTO

Por EDUARDO GONZALEZ LANUZA



QUELLA habitación, clara, limpia, como un silegismo recientemente planteado, estaba toda llena de una mirada.

Se percibía que toda la sensación de holgura y perfección, brotaba de aquella mirada que colmaba la pieza como el zumbido al caracol.

Era una mirada serena, pero insistente; amable, pero imposible de ser eludida. A poco, se podía asegurar que ella brotaba de unos ojos azules, semi entornados, con ese gesto del que se propone atemperar la crudeza de la realidad con un poco de recuerdo, o acaso, asir la verdadera realidad, escondida detrás de las simuladoras apariencias.

Pero, ¿era que la mirada brotaba de aquellos ojos, o que aquellos ojos, que aquel hombre comenzaba donde terminaba aquella mirada? Nadie hubiera podido decirlo sin titubear. Lo cierto era, que entre ellos dos había la relación que existe entre el globo y su barquilla.

El hombre, también limitaba por otro lado con una sonrisa, una pequeña sonrisa que se refugiaba entre los pliegues casi imperceptibles de su bien afeitado rostro, cuando todo él quería permanecer serio.

A pesar de ser lo más importante de aquella habitación, la sonrisa y la mirada, no tenían nombre. Nadie bautiza cosas tan volanderas. Pero el hombre sí. El hombre se llamaba Mr. Fourson, y era detective.

Un periódico, domesticado entre sus manos aleteaba apenas, como suelen hacerlo los periódicos, impacientes tal vez de dar sus noticias de un golpe. Pero Mr. Fourson las leía despacio, reposadamente, envolviendo las palabras con una mirada como si fuera ésta en realidad la que debiera enterarse del contenido y no él.

Estaba siguiendo una pista inverosímil de un no menos inverosímil delito. Para otra mentalidad menos robusta, aquella pista hubiera desembocado irremediamente en la locura. Pero Mr. Fourson era un verdadero espíritu fuerte y debía la muchedumbre de sus éxitos a su capacidad para no arreararse ni ante los inconvenientes de índole excepcional.

Nadie le había encomendado aquel asunto, y nadie sospechaba tampoco la existencia de un delito, ni había, con seguridad, código alguno en el mundo capaz de prever semejantes posibilidades.

Se levantó de su sillón, dobló cuidadosamente su diario y enfundándose en un liviano sobretodo, salió—la mirada delante—masticando su fresca sonrisa.

Subió a un automóvil, y se hizo conducir al comité central del Partido Unionista. Había sesión.

Gestos, muchos gestos rampantes, discursos con ilustraciones de manos modeladoras de ideas, risas olientes a tabaco humano, mariposeo de anteojos indagadores, y palabras, palabras, palabras...

El silencio, si es que algo quedaba de él, se había refugiado en la mirada de Mr. Fourson, que asistía interesadísimo desde un rincón al desarrollo del acto.

Al terminar el cual, acariciándose lentamente la barba, se acercó a Feliciano Otero, vicepresidente en ejercicio del C. Central.

Feliciano Otero, tenía dos, no una mirada. Tal era de intenso el brillo de sus ojos, que cada cual miraba por su cuenta, pero eran dos miradas, paralelas, aparejadas, como para ser más eficaces, más útiles a la voluntad formidable que se adivinaba detrás de ellas.

Acogió al inglés con esa cordialidad un poco insultante de los personajes influyentes que van perdonando empleos.

Mr. Fourson, por su parte, se limitó a dirigirle unas cuantas palabras insignificantes acerca de varios lugares comunes de la política, y sobre los acontecimientos y los hombres del día.

Feliciano Otero lo atendió con una sonrisa condescendiente, dándose cuenta de la falta de información que sobre los asuntos de nuestra política, tenía aquel extranjero un poquito estafalario.

Mr. Fourson se dirigió a varios otros miembros influyentes del comité, haciéndoles víctimas de sus irreflexivas opiniones acerca de varios temas de escaso interés, y acabó su visita con un gesto que ya casi significaba una salida de tono:

—¡Viva el doctor Salvatierra!

Gritó de pronto gargarizando su pronunciación extranjera cual si se hubiese sentido arrastrado por una ola de entusiasmo.

El disgusto se amontonó en los rincones, se descolgó del techo, y asaltó la indiferencia. Sólo la mirada del detective, seguía plácida como un lago.

¿Salvatierra? ¿Quién es Salvatierra? ¿El doctor Salvatierra? ¿Quién lo conoce?

Las preguntas saltaban unas sobre las otras como muchachotes traviesos.

¿Salvatierra? Nombre que olía a enemigo político, a oposición, a controversia. Los hombres se miraban unos a

errores ajenos para convertirlos en otros tantos aciertos.

Hablaron de temas generales, de recuerdos comunes, de viajes.

Mr. Fourson seguía una táctica singular, parecía querer agotar todos los temas que no le interesaban, para circunscribir bien el objeto de su visita, limitar con indiferencia aquella única cosa que para él tenía un interés fundamental.

Su interlocutora se prestaba a las mil maravillas a tal procedimiento.

Delineado un silencio, en el fondo del cual estaba seguramente "lo otro", se quedaron perplejos en sus orillas.

Vino a sacarlos de esta situación, la



otros, algo azorados por la propia y la ajena incertidumbre.

Sólo Mr. Fourson, arropado con una sonrisa, conservaba su serenidad imperturbable, a pesar de ser el único capaz de poder medir todo el horror insospechable de aquella descabellada situación.

Salíó del comité, como siempre, detrás de su mirada, mansa como un perrozo Terranova.

Subió al primer tranvía, compró un diario, lo hojeó con avidez contenida. Nada. Ni una palabra sobre el asunto.

Llegó a la casa de la señora Salvatierra de Sandoval. Largo zaguán con baldosas de frío. Recibimiento. Sobretodos ahorcados en las perchas, y trozos de realidad embalsamados en los espejos.

La señora lo recibió ya ataviada para la comida nocturna.

—¡Mr. Fourson, encantada de verlo de nuevo! ¡Tanto tiempo sin venir por casa!

Y Mr. Fourson, con una notable falta de tacto, se embarulló preciosismamente en una pretendida disculpa. ¿Hacia tanto tiempo que no iba por allí?

El no lo había notado, etc.

La señora de Sandoval poseía esa exquisita educación que aprovecha los

llegada del señor Sandoval, célebre banquero, en compañía de dos amigos invitados para la cena, invitación que se extendió a Mr. Fourson.

Durante la comida se charló de temas livianos, y se bebió abundantemente para festejar un impreciso y desdibujado aniversario.

Serían casi las doce, cuando el detective—la mirada a la sordina como atemperada por una pantalla—al despedirse abrochando su sobretodo, se dirigió de pronto a la dueña de casa, y con una voz insospechadamente firme e insinuante, averiguó:

—¿Y su papá? ¿Y el doctor Salvatierra?

—¿Papá? Y la palabra rieló en una falsa risita. ¿Pues no pregunta por papá? ¿Está bueno! ¿Qué ocurrencia!

Nadie hubiera adivinado el escalofrío de Mr. Fourson.

—¿Qué le pasa a Vd., Mr. Fourson esta noche?—comentó el marido—.

¿A quién se le ocurre esta estafalaria pregunta?

El inglés, se limitó a decir muy despacio, recalcando cada sílaba:

—Sal...va...tierra... Doc...

tor... Sal...va...tierra...

Todos se miraron intrigados e insensiblemente se dirigieron al espejo ovalado de la percha. Una sospecha de

forma se había insinuado en su luna como respondiendo al enérgico conjuro del nombre.

Fué sólo un instante. El detective hundió las manos en los bolsillos de su sobretodo y se encaminó hacia la noche que le aguardaba afuera.

Los demás atribuyeron aquella escena inalficible al abuso de los licores, pero se abstuvieron de todo comentario.

Se encaminó hacia una plaza vecina. Al acercarse a un policía, que estaba de guardia en una esquina, comenzó a simular una descomunal borrachera, y, haciendo eses, con el sombrero ladeado, gritó:

—¡Viva el doctor Salvatierra!

—Señor, haga el favor de no armar escándalos y siga su camino—dijo el agente entre benévolo y fastidiado.

—¿Mi no puede gritar viva doctor Salvatierra?—inquirió, recalcando su pronunciación extranjera—.

—¿Usted tener rabio doctor Salvatierra?—¿Qué sé yo quien es ése? ¿Algún doctor de su país, de seguro! No puedo tenerle rabia si ni siquiera le conozco; pero está prohibido gritar a estas horas—explicóle el policía semiregocijado por la suposición del inglés.

Este dobló por la primera esquina para recobrar la vertical y terminar su simulación.

¿Era entonces posible?

Si Mr. Fourson no se hubiera conocido a sí mismo, y si no hubiera consagrado largos ratos a estudios de introspección, hubiera dudado de su salud mental y hubiera creído ser víctima de una alucinación.

Pero sabía que su razón, era como la piedra fundamental de la realidad, que sus conceptos acerca de las cosas, eran la sombra de las mismas. No. La locura no podía llegar a él, como un río no puede remontar una montaña. ¿Y entonces?

Hasta aquel vigilante, hasta la propia hija, hasta los compañeros de comité negaban la existencia del doctor Salvatierra, lo desconocían, encontraban descabellado interesarse por su salud, saber cómo se encontraba. Y, sin embargo... sin embargo, allí estaban las pruebas. Y sacó de sus bolsillos puñados de arrugadísimos recortes de diarios, los más antiguos de apenas hacía dos meses.

En aquellos artículos, el nombre del doctor Salvatierra se repetía de continuo; se dedicaban páginas enteras a ensalzar sus virtudes o a denigrar su memoria. Mirando aquellas columnas, se veía tantas veces repetida la palabra: Salvatierra, Salvatierra, Salvatierra, que daba la sensación alucinadora de haber mirado fijamente al sol y ver su silueta violácea reproducida casi hasta lo infinito.

Y en los periódicos últimos, ni una palabra, ni siquiera una mera noticia indicadora de la existencia de aquél que hasta tan poco era el ídolo de las multitudes.

¿Cómo podía explicarse aquel casi repentino eclipse? ¿Aquella desaparición súbita de una fama? Sería debilidad profesional o exceso de lógica, lo cierto es que Mr. Fourson, cuantas más vueltas daba al asunto, más se convencía de la existencia de un delito.

Se dirigió a la redacción del conocidísimo órgano periodístico "La Primera Noticia". La sala de redacción, consumía el resto de la vigilia. Hasta las lámparas eléctricas parpadeaban de sueño, esperando la vuelta de llave que las reintegraría al reposo.

Los periodistas vivían esa hora fraternal que precede a la del alba, y en la que se siente esa necesidad de poseer un secreto para confiárselo al camarada al que de otra manera defraudaríamos.

Mr. Fourson entró allí como un anticipo de mañana. Correcto, irreproachable a pesar de la noche pasada en vela, preguntó por el redactor de noticias de policía, y al enfrentarse con él, le anunció con toda gravedad:

—Vengo a regalarle una magnífica noticia: el doctor Salvatierra ha sido asesinado.

—¿El doctor Salvatierra?—inquirió el periodista—.

¿Algún cirujano de las afueras? ¿Acaso un abogado?

El detective lo miró con gesto desconsolado, y simplemente dijo:

—Adiós...

Salíó escoltado por una bandada de risas que festejaba la supuesta broma de un inglés borracho a un somnoliento buscador de noticias frescas.

Mr. Fourson se dirigió a su casa,

cansado ya de su estéril investigación y con el gesto maquinal de siempre se desnudó, y antes de meterse en la cama, se despojó también de la gravedad de su pensamiento fijo, apagando a un tiempo la luz y el recuerdo.

Y al día siguiente, con aquella misma sencillez de procedimientos, después del baño cotidiano se vistió y recobró simultáneamente su preocupación.

Mientras desayunaba se entretuvo, desmigando en los diarios de la mañana las noticias políticas, y su idea fija se encontró con el nuevo desengaño; ¿cómo era posible que aquel doctor Salvatierra, eje, hasta tan poco hacia, de toda la política del país, cuya opinión pesaba más que ninguna otra sobre cada problema público, hubiera desaparecido de pronto, así sin dejar, no ya rastros, sino ni siquiera recuerdos en sus más allegados parientes?

Y olvidando por un momento que en aquel olvido colaboraban hasta las personas más humildes—como el vigilante de la noche anterior—admitió por un instante la posibilidad de que todo aquello no obedeciera sino a la realización de algún oscuro plan político.

Dispuesto a desvanecer de inmediato su duda, tomó su sombrero y se dirigió al palacio de la policía.

Pronto estuvo ante el encargado de las investigaciones políticas, un colega al que le unían afectuosos recuerdos por haber actuado juntos en anteriores empresas victoriosas.

El recibimiento fué agradabilísimo, y pronto, hundido en cómoda butaca, Mr. Fourson veteaba su clara mirada con guedejas de humo.

Detrás del cigarrillo, aventuró la pregunta:

—¿Qué saben ustedes del doctor Salvatierra?

La pregunta iba dirigida a un finísimo sabueso con una memoria de varias dimensiones.

—Salvatierra... Salvatierra... "me parece" que me suena ese nombre...

Aquello era perder la última esperanza. Aquel "me parece recordar" era como el último vestigio del doctor Salvatierra desvaneciéndose para siempre en la memoria de la humanidad.

—¿Pero es posible—insistió Mr. Fourson—es posible que "tampoco" usted lo recuerde, siendo como era el tema de todas las conversaciones de hace dos meses? Y con súbito arranque, arrojando a puñados sobre el escritorio los trozos de periódicos que henchían sus bolsillos:

—¿Es posible que no recuerde estos artículos, ni esta campaña política prestigiada por el nombre, por el inmenso prestigio del doctor Salvatierra! El policía, mirando con desconfianza al inglés, dirigió su vista hacia los arrugados papeles.

Entonces Mr. Fourson vio algo que nunca hubiera podido sospechar.

Aquel hombre de presa, capaz de seguir un rastro durante años enteros, capaz de recordar un rostro, menos aun, un ademán, un gesto durante lustros, aquel espíritu avizor agudizado por su profesión, hojeó distraído sus, para él inapreciables documentos, y contestó con desgano:

—¡Bah! Esto no tiene la menor importancia. Alguna broma de los periodistas. No hay que tomar estas cosas en serio... Salvatierra... ¿quién sabe a quién se le ocurrió el apellido, no está mal, suena, tiene aspecto de cosa cierta, a propósito para engañar incautos. Y hablando de otras cosas: ¿A qué se dedica usted ahora, Mr. Fourson? ¿Tiene algún asunto entre manos?

Estaba visto que Mr. Fourson debía lograr fama de extravagante y mal educado. Sin decir una palabra, se alzó de su asiento y dejando a su interlocutor con la suya en la boca, huyó de la oficina.

Una vez en su casa, se encerró en su despacho y se sumió en un prolijísimo estudio de los papeles que había reunido.

En vano su vieja asistenta golpeó en la puerta para indicarle que había llegado la hora de comer. Nuestro hombre continuaba sumido en su asunto, confrontando fechas, midiendo conceptos, equiparando palabras.

Serían las seis de la tarde cuando se frotó violentamente las manos, gesto en él desacomodado y revelador de una inmensa satisfacción, y con la sonrisa prolongándose hacia dentro y la mirada más amplia, más limpia y más azul que nunca, se dirigió al comité central del Partido Unionista.

No era día de sesión, pero la proximidad de las elecciones hacía que el número de concurrentes fuera elevado. Actividad. Hombres con el sombre-

ro derribado hacia la nuca. Preguntas. Esbozos de sonrisas. Palmadas en el hombro.

En medio de aquel apresurado trajín, M. Fourson, calmado y sonriente, parecía un domingo entre los otros días de la semana.

Don Feliciano Otero, harto ya de evacuar consultas y atender correos, se dirigió a él en procura de reposo.

—¡Oh, mister!—dijo en tono jocoso—. Ya veo que es usted de los nuestros. ¿Son dos días seguidos que se molesta en venir por este comité?

Y las dos miradas del "líder" se clavaban en el inglés como en una presa, más por costumbre que por voluntad de dominio.

—Sí, efectivamente, me interesa muchísimo su partido, contestó el interpelado, pero hoy no vengo precisamente por eso. Vengo más bien en busca del Dr. Salvatierra.

—¿Salvatierra? ¿Pero es usted notable, mister!—repuso festivo, pero un poco molesto Feliciano Otero—. Ayer no pude entender su viva estrafalario, pero ya empiezo a entender: es usted un notable bromista.

—Siento no ser de su misma opinión, pues en ese caso, habría que reconocer que mis bromas serían de pésimo gusto. ¿Sabe por qué insisto en preguntar por el doctor Salvatierra? Porque creo, es más, estoy seguro, que ustedes, mejor dicho, usted es su asesino.

—Usted ha bebido de más, sin duda—. El tono quería ser zumbón pero no lo lograba por completo—. ¿Cómo voy a ser responsable de la muerte de un señor que nadie conoce, del que nadie se acuerda, que acaso ni haya existido?

—¿Me permite un momento? Esperaba esa contestación, y ella me confirma más en mi idea. Esta es su única defensa posible. Reconozco que es una defensa casi inexpugnable, pero es la única que usted tiene; fuera de ella está perdido. Su crimen, es casi matemáticamente perfecto. Aun cuando me horrorizan sus resultados, su desarrollo me entusiasma con ese místico fervor que me inspiraba de estudiante la armoniosa arquitectura del binomio de Newton. Es usted más que el Newton del delito.

—A fuerza de fantástico, resulta usted divertido, y es todo esto tan pintoresco, que no me permite enojarme. ¿Quiere usted explicarme esa teoría del crimen perfecto, y de qué manera y porqué soy yo ese maravilloso asesino?

—Ya lo creo que quiero, como que es a eso, exclusivamente a eso, y no a buscar al infortunado doctor Salvatierra, es a lo que he venido. Pero si a usted le parece, sería mejor que entráramos a su oficina para hablar más cómodamente.

Lo hicieron, y recostados en sus respectivos asientos, Mr. Fourson comenzó su asombrosa revelación.

—El crimen, hasta ahora, era forzosamente incompleto, por cuanto se limitaba a imposibilitar el futuro de la víctima. ¿Entiende usted? Eso de que se eliminaba al asesinado, era siempre relativo. Lo que en verdad se hacía era impedir su futuro. Pero una persona, no es sólo futuro, es también pasado, y esa parte, hasta ahora, nadie había logrado destruirla. Eso es lo que usted y sus cómplices — los tiene, puesto que sin ellos no hubiera podido lograr su intento — han conseguido.

—¿Eliminar el pasado? ¿Pero mi querido Mr. Fourson! ¿No sabe usted que hasta los más empedernidos teólogos sostienen que eso es algo imposible hasta para Dios mismo?

—Eso es una ingenua blasfemia de seres razonadores. Pero no me parece del todo oportuno discutir problemas teológicos. Usted ha destruido el pasado del doctor Salvatierra, aniquilando su recuerdo. ¿Tenemos acaso otra noticia de que exista un pasado que la que nos proporciona la memoria?

—¡Sutilísimo! Veo que es usted además de un hábil policía, un profundo filósofo; pero no encuentro en este caso el punto de unión de sus elucubraciones metafísicas con su perspicacia de inventor de asesinatos.

—Todo llegará. ¿Conoce usted la chistosa anécdota de los dos filósofos idealistas y el cepillo?

—No recuerdo...

—Pues, es extraordinario, porque usted acaba de aplicar con inmejorable éxito sus extrañas. Se le había perdido a uno de los dos filósofos su cepillo para la ropa, y con su colega se puso a buscarlo. Al cabo de un rato, y como viera a su compañero cómodamente sentado, le interpelló: —¿Por qué no me ayudas a buscar el cepillo?—¿Porque ya lo encontré!—fué la respuesta—. Y entonces, ¿por qué no me avisaste?—¿Para ver si tú encontrabas otro!

—Está usted graciosísimo esta noche, pero no veo...

—¿No ve? Pues está clarísimo; si las cosas no existen sino como voluntad y representación, ¿por qué el filósofo que creía en el cepillo y sabía cómo era, no había de encontrarlo?

—¿No dejaría de ser una excelente idea para un fabricante de cepillos?

—¿Usted cree que es imposible? Yo creo que lo que impidió al segundo filósofo encontrar otro cepillo, fué la socarrona certeza en contra del otro. Una voluntad y una representación estorbaban a las otras, eso es todo. Si hubieran logrado hacer coincidir las dos...

—¿Qué?

—Sí, hubieran creado otro cepillo.

La habitación parecía pequeña para contener tan impetuosa carcajada.

—¡Maravilloso, maravilloso, Mr. Fourson! Está usted hoy impagable, ¿pero me podría explicar qué relación existe entre la fabricación de cepillos y los crímenes perfectos que me atribuye?

Y otra carcajada volvió a aumentar la presión de risas que ya sufrían las paredes. El inglés, sonriente, sin darse por ofendido, continuó:

—El reverso de la medalla es éste: si los dos filósofos hubieran apareado sus voluntades y sus representaciones, pero en sentido contrario, es decir, si hubieran creído en la imposibilidad de la existencia del cepillo...

—¿No hubiera aparecido?

—Algo peor, el cepillo hubiera dejado de existir.

Don Feliciano Otero se levantó livido de risa, y paseándose sofocado por las carcajadas, abrió una ventana para darles más fácil salida.

—Y el doctor, ese... ¿cómo se llamaba?

—Salvatierra.

—Eso. ¿A Salvatierra le habrá pasado lo que al cepillo?

—Más o menos ese es el caso. Nunca como ahora lo he visto tan claro. Con tal ahínco se ha propuesto usted hacerlo desaparecer, que ni siquiera quiere acordarse de su nombre, y, sin embargo, no hace aún dos meses, era él la figura descollante de su partido, el presidente del comité directivo.

Una leve palidez se extendió por el rostro del otro.

—¿No recuerda al doctor Salvatierra? Era de mediana estatura, algo calvo, caminaba alzando un poco el hombro derecho, y solía llevar colgando los anteojos de una cinta...

Por el pasillo circulaba numeroso público, que se entreveía a través de los vidrios esmerilados de la puerta.

—Era un poco encogido de hombros, y hacía al hablar un gesto así con los labios...—Y Mr. Fourson rememoró la mueca.

Feliciano Otero se incorporó de golpe, los ojos desorbitados mirando hacia la puerta: acababa de ver pasar una silueta en la que se adivinaban todas las características descriptas como del doctor Salvatierra.

—No, no se asuste, no es "él", sólo un leve parecido. Pero va usted por muy mal camino si empieza a titubear.

—¿Ve? Mi sola descripción casi lo ha hecho surgir vivo otra vez, y eso que actualmente sólo yo creo en su existencia, y los tengo en contra a todos ustedes.

—¿Pero sabe lo que está diciendo? En la suposición de que todo ese galimatías tuviera una pizca de posibili-

dad, ¿cómo podría yo haber hecho desaparecer a esa persona? ¿Cómo podría haber logrado la colaboración de los demás para que dejaran de creer en él?

—Mire—y diciendo esto comenzó el detective a sacar sus ya arrugadísimos recortes de diarios—. Su crimen comenzó hace unos dos meses como le decía antes. A usted y a sus compañeros de comité, ignoro por qué causas, les convenía la desaparición del doctor Salvatierra; todos juntos, no sé si consciente o inconscientemente, comenzaron el juego de que le hablé antes, a no creer en él, a negarse tácitamente su existencia, a no hablar para nada del doctor Salvatierra, ni de sus ideas, ni de sus proyectos. ¿Ve? Comenzaron los periódicos que antes no hablaban sino de él, a no mencionarlo para nada. Fué la auténtica, la verdadera conjuración del silencio, la primera. Hace unos quince días remataron ustedes su obra. ¿Ve estos párrafos? Aquí, evidentemente, nombran negativamente al doctor Salvatierra. Eso era el final.

Feliciano Otero se había olvidado de su papel, limitándose a defenderse, olvidando la superioridad de su posición amparada por la lógica.

—¿Pero no decía usted que para la destrucción o para la creación era necesaria la coincidencia de voluntades? ¿Cómo hubiéramos podido lograr la desaparición de "ese" si usted continuaba creyendo en él?

—No, yo también lo tenía olvidado en aquellos momentos; fué más tarde cuando logré acordarme de él, y usted tuvo la culpa.

—¿Yo? Usted desvaría. ¿Pero y las demás personas, cómo se dejaron influenciar por nosotros?

—Mi querido amigo, no es a usted a quien debo explicarle la psicología de las multitudes ni el poder de sugestión que sobre ellas ejercen ustedes los políticos.

—Muy bien, ¿pero y la voluntad del tal...? ¿Cómo era?

—Salvatierra.

—Bueno, de "ese" y la voluntad de él, ¿cómo podía coincidir con la nuestra para acordar su propia destrucción?

—¿La voluntad de Salvatierra! ¿Acaso los políticos tienen otra voluntad que la de los hombres que lo rodean?

—Sofismas, sofismas absurdos, ¿y cómo hizo usted para descubrir tan portentoso suceso?

—Ya le dije que usted tenía la culpa.

—¿Yo?

—Sí, usted. Una imprudencia suya me descubrió la pista.

—¿Y cuál es ella?

—¿Por qué se titula usted vicepresidente en ejercicio? ¿Quién es ese presidente al que usted substituye?

Los ojos de Feliciano Otero parecían querer saltar sobre Mr. Fourson, pero el hombre de acción que había detrás de ellos pudo contenerlos.

—Vea, amigo, hemos disparado más de lo conveniente. Le ruego que me deje tranquilo. Debo pensar en cosas más consistentes que sus vanos logogrifos filosóficos.

El detective no se dio por ofendido, ni insistió sobre la falta de lógica que había en contestar a una cosa concreta como su observación, con una tan vaga disculpa y una encubierta amenaza, y tendió su tranquila mano al inquietísimo Otero, que ahora se paseaba a grandes trancos por la oficina, y que simuló no ver la insinuación del saludo.

Mr. Fourson se retiró a su casa, donde se acostó en seguida, acaso para descansar de las emociones del día.

La vieja doméstica sabía para qué estaba en aquella casa? ¿A quién servía con sus quehaceres? No podría jurarlo.

Abrió la puerta a aquel señor que se coló sin más contemplaciones hasta el dormitorio.

¿El dormitorio de quién?

Dentro no había nadie.

Feliciano Otero entró por el dormitorio, como por país conquistado.

No había nadie, nadie en él.

Fra su segundo crimen perfecto.

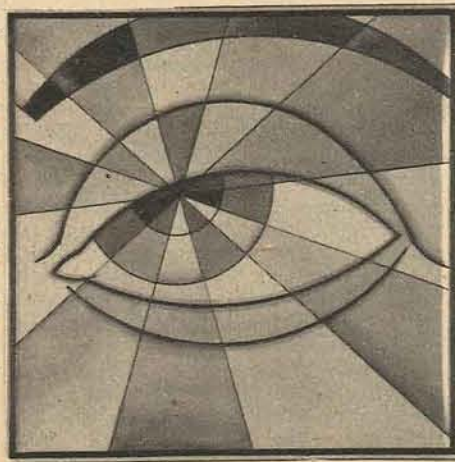
¿Perfecto?

Esta vez no.

La mirada. Una mirada vaga, azul, bondadosa, erraba por la pieza como un perrazo Terranova en busca de su dueño.

La mirada era lo único que quedaba, pero aquello era indescriptible, por lo mismo que era inolvidable.

Feliciano Otero—nuevo Caim—huyó desalentado escaleras abajo. Pero inútilmente. La mirada le seguía lamiéndole los pasos...



LA PRIMERA ACTRIZ MAS JOVEN



ABEIS visto trabajar a Andreina Pagnani? ¿Qué edad le calculáis? Esta pregunta ya tendríais que haberla contestado si la conocierais personalmente. Porque se le presenta una persona, y en cuanto ha cambiado los cuatro lugares comunes de saludo y de elogio que hay que decir a las artistas que recién se conocen, ella os pregunta:

—¿Cuántos años me da usted? Si le decís veinticinco os conquistáis su enemistad eterna; si le decís veintidós, os perdonará, pero sin evitarnos una sonrisa despectiva, al cabo de la cual os dirá, como quien os entrega, magnánima, la solución de un juego de paciencia:

—Acabo de cumplir veintiuno. Y como ella ostenta, como un título, su certificado de juventud, así también se anunció su venida a América. "Viene con Ruggero Ruggeri la primera actriz más joven de Italia", decían sus empresarios y, por boca de ellos, los anuncios que se publicaban por todas partes. Realmente, veintiún años resultan muy precoces para ser la primera figura femenina de un conjunto de indudable calidad artística. Yo no recuerdo otra primera actriz tan joven. No he asistido, no he podido asistir a la iniciación radiante de Sarah Bernhardt y de Eleonora Duse, y renuncio a consultar los archivos, porque creo que la edad de las mujeres, como sus infidelidades, si es difícil descubrirlas en el presente, mucho más difícil todavía es averiguarlas en el pasado. Da. María Guerrero, aun iniciándose muy joven en la compañía de su padre y siendo su primera figura, hacia entonces adolescentes, entre las que era su creación más feliz "La niña boba". A los veintiún años todas las artistas, como todas las mujeres, son damitas jóvenes, y en el teatro como en la vida resultan de una frivolidad encantadora, pero tan insubstancial que dan la impresión de prolongarse en una eterna adolescencia. Esa edad tendrían más o menos—en este tema no puede exigirse a las cifras una rigidez bancaria—varias de las que son hoy artistas más representativas de la escena española, cuando las traía Da. María Guerrero, más como adornos que como actrices. Así vinieron María Fernanda Ladrón de Guevara, aun cuando ésta ya con un poco más de categoría; Carmen Ruy Moragas, Irene López Heredia, Catalina Bárcena, Carmen Larrabeiti, que con su presencia llenaba la escena como un florero de pie; María Guerrero López, que hoy emprende la magna tarea de recoger la herencia y el nombre altamente ilustres. Y aun cuando alguna artista llega a hacer primeros papeles muy joven, éstos son elegidos siempre a medida de su edad, y es verdaderamente la primera actriz joven, pero no la primera actriz mujer, capaz de trasuntar la experiencia y el sufrimiento, el fuego del amor y las heridas del mundo con conocimiento y con intensidad de vida. En cambio, de este último tipo es, artística y físicamente, Andreina Pagnani. Sus personajes de más éxito, en los que a través de su breve actuación en Buenos Aires ha dejado una huella más marcada, no son los de la transparencia de Ofelia, sino los de heroínas mundanas yuntuosas como la protagonista de "Lo sparviero". Y también en su físico, más que gracia de adolescente, tiene interés de mujer. Sin poner en duda sus veintiún años, que surgen evidentes y triunfales de sus hombros de porcelana, la impresión más fuerte que transmite desde la escena, y más todavía de cerca, radica en la profundidad de la mirada, en la llama de los ojos, en la línea, armoniosa y decorativa, mucho más que juvenil, ornamental.

LA ARTISTA DE LOS MIL RETRATOS

Desde varios días antes de iniciarse la temporada italiana del Odeón, un enorme atril, colocado en el sitio más visible del vestíbulo, ostentaba veinte retratos distintos de Andreina Pagnani, en papeles diferentes, en posturas diversas, en expresiones varias y fuertes. Después, por todas partes, en las paredes, en los programas, fotografías de la plástica artista daban la nota visual junto a la árida nómina del repertorio. Fueron el éxito previo, y la verdad es que, más que el espectáculo de arte que prometía Ruggero Ruggeri, con esa superficialidad tan nuestra, se comentaban los retratos de su primera actriz. Se preguntaban unos a otros si sus líneas serían tan finas, su mirada tan honda, su expresión tan intensa. Se hablaba

de ella con la expectativa de una revelación, a la que a las referencias artísticas que se adelantaban se unía, para acrecentarla, su juventud radiante. La sinceridad, que es una virtud que, a pesar de los disgustos que me ha traído, sigo cultivando, me obliga a decir que la revelación sólo ha podido apreciarse en parte. No es ello culpa de la actriz ni, en definitiva, de nadie, como no sea de las circunstancias un poco difíciles en que han tenido que hacerse los repartos. Andreina Pagnani tenía en la temporada del Teatro D'Arte de Milán, donde se inició en la escena, un repertorio. Ruggero Ruggeri,

POR

OCTAVIO RAMIREZ

tiene un resplandor dramático.

LAS BARRERAS DEL TEATRO

Es, sin duda, un hecho sorprendente que una muchacha haya llegado a ser a los veinte años primera actriz del Teatro D'Arte de Milán. Su carrera anterior, la artista me la explica diciendo que ella la ha desenvuelto, desde los quince, en los cuadros filodramáticos. ¿Sabéis con exactitud lo qué es un cuadro filodramático? Os lo voy a decir, en breves palabras, porque, pese a la expresión tan conocida, he encontrado más de una persona que no sabe, sino aproximadamente, a



ANDREINA PAGNANI

que no formaba parte de ese conjunto, tenía, como es natural, otro. Los dos repertorios eran absolutamente distintos, y era lógico y humano que el actor conservara, en su mayor parte, el suyo. Siendo así, sólo se montaron algunas piezas, muy pocas, para que las interpretara, en papel preponderante de mujer, complementario con el del actor, Andreina Pagnani. Por lo exiguo de su trabajo, éste no pudo ser definitivo ni poner en evidencia todas las posibilidades de la artista. Pero en lo poco hecho muestra materia y garra. Puede llegar fácilmente, y tiene para ello "le physique du rôle", a la comedia dramática, para la que está dotada de expresión enérgica, de figura firme, de gesto autoritario y de continente altivo, como una mujer habituada a mandar. Y, volviendo a sus retratos, ellos no dan una impresión del todo exacta de Andreina Pagnani. Vista de cerca, tampoco es totalmente como se le ve en escena. Pocas veces he conocido una persona de fisonomía tan cambiante, según la distancia, la luz y la expresión. En todas o casi todas sus fotografías, sin duda por las sombras acentuadas, parece una mujer de tintes oscuros, de una intensa y renegrida belleza toscana. En escena, las tintas se aclaran y los ojos, sobre las enormes ojeras de convaleciente, se coloran de un verde intenso. Teniéndola al lado produce la sorpresa de un pelo castaño claro, casi rubio, que no creo sea posterior a los retratos. La mirada, que en algunas fotografías aparece suave, es sostenida y penetrante; la voz tiene, más que cadencia, imperio; la línea fina de los labios y el arco sinuoso de las cejas revelan voluntad dominante, y es femenina, pero no con femineidad sumisa, sino con femineidad activa. Es que todo el brillo de sus veinte años

que responde. Se forma un conjunto de aficionados, que tiene cada uno sus actividades propias, de despreocupación artística o de ganarse la vida, y que junto a ellas, por una arraigada afición a la escena, se han agrupado para ofrecer ciertos días representaciones teatrales, generalmente en sociedades y centros de cultura. De éstos hay algunos entre nosotros, de cuyo conocimiento, las veces que me han llevado a visitarlos, considero más amable no hablar. Pero en Italia adquieren más importancia y, fuera de duda, más seriedad. Aun sin profesionalizarse, se les considera dentro del movimiento teatral, al extremo de que las revistas especializadas y los diarios más importantes les conceden un lugar en sus informaciones y en sus críticas. En uno de estos cuadros, que funciona en Roma, se inició Andreina Pagnani. Se inició, según me cuenta, por vocación sincera, por atracción irresistible. Todos los domingos, a la salida del colegio, iba a ver a los mejores artistas de Italia. Hasta que un día quiso representar ella también. Y al poco tiempo de iniciarse tuvo un triunfo, del que ella, no obstante las posiciones más altas que después ha escalado, todavía se enorgullece. Se realizó, cosa que allí se hace anualmente, un concurso entre los varios cuadros filodramáticos. El suyo obtuvo el primer premio y ella se clasificó primera actriz de todos los filodramáticos, haciendo "La Loncadiera", de Goldoni. Allí la descubrió un día el Vizconde de Madroni, noble milanés y mecenas moderno que se dedica, como la pasión de su vida y el mejor empleo de sus liras, al fomento del buen teatro. Y de la noche a la mañana Andreina Pagnani, muchacha de veinte años y artista de cuadros de aficionados, se encontró primera actriz de

uno de los más prestigiosos teatros de Italia.

Y sobre este hecho, sin duda imprevisible, anormal, que rarísima vez se ve, Andreina Pagnani hace algunas consideraciones sobre lo que sucede en los escenarios italianos, exactamente aplicables a los nuestros, y que, tal cual la actriz lo encara, es así:

—¿Verdad que es extraño que una muchacha, sin ninguna vinculación, sin mayores antecedentes, llegue de golpe, sin ir escalando poco a poco pequeños papeles, a tener un puesto de primera actriz? Porque usted no se imagina cómo se hacen, y más todavía cómo se conservan, las primeras actrices en Italia. Primera actriz es o la hija del viejo primer actor, porque una de las características de nuestro teatro es que pretende irse pasando de padres a hijos, como si fuera una herencia, o la mujer del actor que ha llegado, y que la impone valga o no valga, o la que ya lo es desde hace muchos años y se aferra a su puesto, decidida a no dejarlo hasta la muerte. Se hace una primera actriz por legado, por amor, o se tolera por costumbre. Una primera actriz joven que llega porque sí, porque se le han visto condiciones, es un episodio extrañísimo. Creo que yo soy la única.

Y si Andreina Pagnani se hubiera referido al teatro nuestro, no habría dicho verdades más transparentes.

LO QUE NO PUDE SABER

Deseo conocer algo de los gustos literarios, de las preferencias escénicas, de las lecturas familiares de Andreina Pagnani. Pero no puedo. No puedo porque a cada pregunta, su esposo, que acaba de entrar, me contesta por ella. Y disculpadme si aquí traigo un breve cuento al caso, que me bulle cada vez que voy a preguntarle algo a una artista y me contesta por ella su marido gentilísimo. Sin desmedro del de Andreina Pagnani, que es un hombre fino y culto, pero ya ha llegado la hora en que tengo que hacer el cuento, que me está golpeando como una obsesión. Recuerdo que hace algunos años solía llevar de visita a mi casa a un niño prodigio, que hablaba como un hombre. Pero cuando lo mandábamos buscar le pedíamos a sus padres que lo enviaran sin la niñera, porque si venía con la niñera cada cosa que se le preguntaba al niño, antes de darle tiempo, la contestaba ella. Si se le preguntaba, para buscarle la lengua, para hacerlo entrar en conversación: "¿Cuántos años tienes?", la niñera se apresuraba a contestar: "Acaba de cumplir cuatro años". Si le decíamos: "¿A quién quieres más, a papá o a mamá?", para ver lo qué contestaba, la niñera en seguida respondía por él: "¡Ah! El es un niño bueno y quiere a los dos igual".

No deis al cuento más trascendencia que la superficialísima que tiene, pero a mí cada vez que he ido a reportear a una artista en presencia de su marido me ha pasado como con el niño. Le pregunto a Andreina Pagnani:

—¿Qué género de teatro prefiere usted?

Y me contesta el marido:

—A Andreina le gusta mucho el teatro moderno.

Trato de saber qué autores cultiva con preferencia. Y el marido me responde:

—A mi mujer le encanta Goldoni. Goldoni es una gloria en Italia.

Le insinúo que me cuente algún episodio de su vida. Pero el señor Pagnani en seguida se hace cargo de la respuesta:

—¡Oh! ¡La vida de mi mujer es tan simple!

Quiero saber cuál ha sido su momento de mayor emoción. Y él se adelanta y dice:

—¡Estas cosas son tan difíciles de recordar!

Y yo pienso en qué sabía era aquella persona de mi familia que recomendaba que al niño lo mandaran sin niñera.

HARA COMPAÑIA CON RUGGERO LUI

Antes de despedirme trato de saber cómo orientará sus futuras actividades artísticas Andreina Pagnani. Cuando le hablo de ello, la artista fija sus enormes ojos verdes, como si quisieran traspasar el porvenir. Después dice:

—Por este año, no lo sé. El año 1930...

Y se detiene. Yo la animo a que siga. Ella, un poco vacilante, continúa:

—En 1930... No sé si puede ya decirse. Bueno; en 1930 formaré compa-

(Continúa en la pág. 32)



Boucher y sus comediantes en una escena final de "Vient de paraitre", la curiosa farsa de Bourdet, que ha salido a contar por el mundo los entretelones de los grandes éxitos editoriales franceses. Alrededor de su animada versión escénica se ha entablado la discusión de si se hace demasiado en farsa o si realmente el autor la ha escrito con esa única intención, acentuada y cómica de sátira. No es el momento, ya ahora, de entrar a establecer quién tiene razón y si los intérpretes del Maipo están en el justo límite o lo han pasado un poco. Sólo resulta oportuno, como expresión de la voluntad del autor, estampar la frase que nos transmite Boucher y que Edouard Bourdet le decía mientras la estaba ensayando, para crearla en París. Y dice Boucher:

—Es la obra que más me ha inclinado a sentirme sentimental, pero cada vez que entraba en este terreno el autor me detenía diciéndome: No se deje arrastrar por las lágrimas. Y si esa era la voluntad de Bourdet, bien ha hecho el comediante en respetarla. Pero, como éste, los que la vimos, la gustábamos más hondo con una emoción ligera.

EL LENGUAJE SUAVIZA

Un conjunto nacional anuncia la próxima representación de "Mayá", en castellano, naturalmente. Pese a los buenos deseos que inspiran a la dirección artística de esa temporada y el recuerdo de lirismo y de belleza que dejó la obra, acaso su versión española no vaya a constituir un acierto: La crudeza de las obras, quierase o no, es cuestión de idiomas. El francés, todo lo suaviza. El nuestro, todo lo pone más en evidencia. El público se creará ante una obra realista y podría ser que hasta se llegara al episodio poco grato que ocurrió cuando una compañía nacional ofreció "La danza en rueda", de Schnitzer. Sería una lástima que "Mayá" se gustara o se protestara o alborotara como una pieza realista. Sería de lamentarlo, por la obra y por el público.



La opereta, algunas veces, como en este cuadro de conjunto de un espectáculo del Politeama, conserva animación y gusta al público. Pero ya es un género caduco, que está pidiendo renovarse. "La opereta se va", se oye decir por todas partes. Y como con esas personas que a cada momento están anunciando irse y se quedan en su sitio, la gente ya está desecando un poco que se vaya y que la substituya algo más en consonancia con la sensibilidad de la hora. Algo así como una aleación de revista y comedia musical.

KODAK TEATRAL

LOS TEATROS CAMBIAN

Es curioso ver cómo las salas de Buenos Aires van girando en un movimiento de rotación, como para dar paso a otras nuevas. La categoría de las temporadas no parece darle la tradición artística, sino la combinación momentánea. De las grandes temporadas de teatro italiano del San Martín ya no va quedando más que la sombra de Rossi y el recuerdo de Zacconi. En el Politeama apenas revive, buscándolo muy a la distancia, el arte espiritual de la Duse. La Opera todavía se mantiene un poco y, de cuando en cuando viene un conjunto de categoría; pero, en su suntuosidad gastada por el tiempo, ya es una visión que se esfuma la figura egregia de Sarah Bernhardt, recortándose en la boca enorme de su escenario. El Cervantes se metió, de pronto, como una cuña de arte—arte por su pureza arquitectónica y por los intérpretes ilustres que lo estrenaron—entre las salas de las grandes temporadas, y las arrebató durante unos años. Pero hoy, cerrado y silencioso, apenas deja la breve historia de un muerto joven. Y mientras tanto, el Odeón, manteniéndose, trata de volver a las gloriosas temporadas de Guitry, y el Maipo, destierra de su escenario la revista ruidosa, para darlo a los finos comediantes extranjeros. Hoy son el Odeón, de vida artística relativamente corta, y el Maipo, ostentando sus frescas pinturas un poco de nuevo rico, las dos salas que se reparten las grandes temporadas. Los teatros, como la época, empiezan a enterrar la tradición.



Llegará dentro de pocos días a Buenos Aires Alice Cocea. Por primera vez verá nuestro público a la artista de cartel frívolo y ruidoso. Figura de relieve en la comedia musical, ha sido aplaudida por el París que se divierte y comentada por el París que sonríe. Su fama, más que de arte y de teatro, está hecha de lujo y de sensación. Fué, por un momento, Duquesa de La Rochefoucauld, disfrutando el título con una rapidez tan efímera como un papel más, que hubiera desempeñado en las tablas durante una temporada brillante. Vuelta a ser Alice Cocea, después del divorcio, tan ruidoso como el casamiento, se desquitó de la pérdida de su ducado con una cantidad fabulosa de francos, que ganó una noche en Monte Carlo, como un "nouveau-riche" que, a falta de pergaminos, se consuela con sus dólares. Así llega a Buenos Aires Alice Cocea, rodeada de la aureola de sus alegres creaciones escénicas y sus suntuosos admiradores, envuelta en la suavidad de sus pieles y en la historia espectante de su vida, en la que, como en todas las historias, habrá también un poco de leyenda.



LA PERSONALIDAD CIENTIFICA Y POPULAR DE MARTIN GIL



ONTADAS figuras tienen en la época actual y en nuestro país el prestigio popular de Martín Gil, prestigio correspondiente, claro está, a las especies de méritos que reúne su personalidad, los del meteorólogo, el filósofo y el escritor.

Es una popularidad envidiable, por cierto. Atañe a un aspecto intelectual que no suele provocarla. Es sólida, para desafiar las veleidades del tiempo y de los acontecimientos tangenciales. Se ha construido con éxitos consecutivos y sin ayuda de circunstancias o concursos felices. No es, para decirlo de una vez, la popularidad del político o el deportista.

El fenómeno de este prestigio extenso, luminoso y libre de máculas—con ventaja sobre el sol, su amigo, que las tiene y no pequeñas—es digno de examen, porque no basta a explicarlo ni el valer científico demostrado, ni el objeto a que se aplica, ni el método con que se expone, ni la cátedra elegida, ni el estilo elocutorio empleado, por altos, ponderables, brillantes y amenos que sean, cuando no son terreno allanable a la fácil comprensión y estimación multitudinaria.

Ante todo, debe analizarse ese estado de opinión en sus diferentes facetas y profundidades. Todo juicio público es un complejo de juicios convergentes pero distintos en cuanto lo son las mentalidades que juzgan. Hacen vértice por infinitos caminos, desde muy diversa distancia y siguiendo las menos imaginables trayectorias. El juicio unánime que asiste al prestigio de Martín Gil proviene de capas sociales cuyas miras utilitarias nunca se encuentran, cuya capacidad razonadora nunca se equilibra y cuyos gustos estéticos nunca coinciden. Hay admiradores de sus aciertos meteorológicos, de su erudición científica, de su oportunidad informativa, de su vastedad de sapiencia, de su ingeniosidad de ensamble, de su lógica robusta, de su rica imaginación, de su jovial humorismo y de su estilo liviano, gracioso y elegante.

Escuchando a las gentes, se perciben los matices individuales y colectivos de esa diferenciación en los dictados que le aplican. El sabio Martín Gil, dicen unos; otros particularizan: el astrónomo, el meteorólogo, el físico; otros generalizan en nueva dirección: el escritor, el pensador, el filósofo. Y como las denominaciones, varían los epítetos: el sabio, otra vez, el ponderado, el insigne, el infatigable, el sutil, el poeta... Cada uno lo define o califica como lo ve y, aquel que a todos escucha, se da cuenta de que todos atinan con su verdad poniendo las caras que ajustan perfectamente el poliedro. Martín Gil es todo eso, en la proporción que se aprecia desde cada miraje, porque debe repetirse: su prestigio no es deudor de ninguna merced a factores extraños o casuales; es obra suya, lógica y exenta de obscuridades o equívocos.

A través de la campaña argentina sería difícil dar con un hombre arraigado en la vida agraria que no pronuncie el nombre de Martín Gil unas cuantas veces en el transcurso de una conversación de algunos minutos. Toda conversación en el campo debe tocar el tema del tiempo reinante y el que se espera como ayuda del trabajo y favor de la Providencia o de la fortuna. Siempre está la inquietud mezclada en las perspectivas del agro, porque de arriba depende que la tierra dé lo que se estima como fruto legítimo, ya que con la tierra se cuenta como amiga generosa y de suyo infalible. Arriba está la incógnita y allí se clava la mirada con zozobra silenciosa.

do lo difícil que es penetrar su misterio y lo fácil de una asechancia y una catástrofe. De ahí el tema forzado; de ahí la importancia de una luz, por débil que sea, disipando una parte de la sombra; de ahí las predicciones de Martín Gil puestas en todas las bocas, repitiéndose de oído en oído como un toque de atención o como una sonata tranquilizadora. La fe campesina en el mago que ha escrutado los astros y tomado el pulso a los vientos y los efluvios, es una fe religiosa. Allí donde el nombre de la Providencia no tiene la sonoridad de otras épocas, lo reemplaza el de Martín Gil. Si Dios o los santos patronos de la devoción común pueden acordarse de los pobres sometidos a la bíblica sentencia, el sabio amigo que interroga a los espacios, se acuerda y otorga el bien de su palabra anunciadora. En balde es que el nuncio ponga reservas a sus pronósticos y algunas veces limite a un mínimo las probabilidades y aun insinúe con bondadoso humor su flaqueza profética delante de un caos repleto de contingencias; la fe no vacila; todo lo más, se ajusta dócilmente a la elasticidad del augurio.

Como toda idea, la idea de Martín Gil, arraigada y exten-

verle tal cual es desde un punto de vista exento de la precisa información.

La personalidad real de Martín Gil, despojada de la casi maravillosa aureola que le asigna la credulidad popular, no sufre desmedro, antes bien, gana relieves cuya estimación concierne al juicio superior, al de la crítica, que será el de la historia.

En esta zona hay debate, sobre el más o el menos de valor de cada faceta reconocida; nada más. No se discute el conjunto de la interesante figura de autodidacta científico que es Martín Gil. Si la sabiduría consiste en conocer a fondo la parte de verdad universal que a cada uno interesa, es un sabio. Si la filosofía consiste en amar la verdad y el trabajo que lleva a su conocimiento por todos los caminos de la razón y la experiencia, es un filósofo. Para cobrar la autoridad que le asiste en las materias de su predilección se requiere un dominio de los instrumentos alingentes difícil de adquirir en volumen y calidad con el propio criterio como guía. Las matemáticas, la física, la biología, la psicología, la lógica, la sociología, la historia, la metafísica, son mucho complejo para un

dentro de él está la ciencia, la ciencia verdadera, didáctica, simplemente allanada para la comprensión de los más, pero también para la verificación de los menos.

Martín Gil ha dado, riendo, páginas admirables y memorables. Sus comentarios sobre la teoría de la relatividad es una de ellas. Ha dejado sembrados, en los años, capítulos dignos de Buffon y fragmentos dignos de Voltaire. Su exposición y crítica de algunas famosas hipótesis son trabajos ejemplares. En el género es único en nuestro país y se desconoce su igual en el continente.

Si el campesino, en todos los grados de ilustración, admira a Martín Gil, y el estudioso de todas las jerarquías reconoce sus positivos valores, el hombre culto, en la acepción lata, se deleita con los aspectos estéticos de su variada producción.

Todo el saber de Martín Gil aparece envuelto en un dominante sentido estético que poetiza o exorna los datos y razonamientos, por su indole, más áridos o abstrusos. Adonde quiera que lleve su tesis o su hipótesis, en extensión o profundidad, un ingenio elegante, un fresco donaire espiritual reviste

a todas las gentes de sencillas necesidades o de elevados objetivos o de gustos difíciles.

Hay en esa naturaleza y en esa vida el fondo estético que el vulgo traduce en el concepto algo forzado, aunque no erróneo, de romanticismo. A pesar del humor que asoma, con inevitables ribetes de escéptico, en los giros satíricos de su prosa, el romántico que es todo aquel a quien apasiona un anhelo idealista y un altruismo de cualquier género, está en Martín Gil como su vertebradura moral. En ese centro se apoya toda la armoniosa estructuración de su personalidad. Si se decidiera a escribir su obra capital, puede tenerse por seguro que en el núcleo de una brillante concepción cósmica situaría otro paraíso humano, pues su alma curiosa de luz de soles está henchida de amor de humanidad.

El autodidacta contiene casi necesariamente al didacta. Martín Gil lo es en grado eminente.

Un ilustre profesor, fallecido no ha mucho y autodidacta, no obstante lo que dijera su título universitario, divergente con sus actividades preferidas, expresaba sus puntos de vista sobre la pedagogía, opinando en síntesis: "el alma didáctica primero y cualquier método después". Para él, el maestro nace, como el poeta; el anhelo de enseñar obedece a estímulos del temperamento, y si no existe ese anhelo en lo hondo, no hay maestro posible, con toda la ciencia que se almacene y todos los métodos que se ensayen; la didáctica no es más que un altruismo y arranca, por lo tanto, de la sensibilidad, sea con Pitágoras, distribuyendo categorías metafísicas, sea con Pestalozzi, desbrozando mentes pueriles. Dar del caudal propio, tanto más precioso cuanto más cueste acrecentarlo, y darlo a todos y para todos con una fruición de prodigalidad bienhechora, eso es el didacta de clase. La obra de Martín Gil, emanación natural de un temperamento prodigo de sí mismo, es, por superior definición, una obra didáctica en conjunto y, en ciertas nociones, la única enseñanza recibida por una buena parte del pueblo argentino.

Leyendo a Martín Gil—he oído decir a más de uno—se aprende con facilidad pasmosa una suma de conocimientos no reunidos en ninguna otra parte. A lo que agregan otros: —Lecciones que ya no se olvidan nunca.

La cátedra de Martín Gil se reduce, en cuanto a método, a una conversación habilísimamente articulada, en la que el único parlante dialoga, supliendo al interlocutor con sus propios interrogantes lógicos. Se le escucha más que se le lee, y el oyente está en la ilusión de ir recibiendo respuestas esperadas. La plática es de una claridad penetrante y su seducción deja el sabor de las delicias demasiado breves.

El talentoso meteorólogo cordobés nació para ser maestro, y lo habría sido, en calidad eximia, en cualquiera de las ramas de su complejo saber. El esteta y el filósofo concurren a esa tendencia innata. La vida, la cuna, la suerte — meteoros — le apartaron del camino de la ciencia oficial y de la tribuna universitaria, pero lo que llevaba en el recordito de su naturaleza por ley de conformación, ese afán de verdad, de belleza y de bien, equivale al más alto magisterio. Al menos, ninguna otra palabra tiene como la suya un eco de fe, agrado, respeto y simpatía; portento de profeta que logra serlo en su patria.

Y he ahí explicado, creo, el fenómeno de ese prestigio: una perfecta sintonización con el alma nacional.

MEDITACION NOCTURNA AL METEORO

Ni tus sombras ¡oh noche! son tan densas,
Ni tan indescifrables tus misterios,
Ni tan frígido y rudo tu horizonte,
Ni tan hosclos, cerrados, tus abismos,
Frente de los satánicos secretos
Que guardan corazón y entendimiento.

Hay más odios, orgullos y miserias
En el endeble ser que a paso lento
Recorre doblegado los caminos
Circundado de trágicos fantasmas
Y de harapos morales encubierto,
Que en la inmensa quietud del Universo.

Simboliza el volido del meteoro
La triste vida humana en sus desvelos,
Leve escoria de afanes y pasiones,
¡Chispa en la lobreguez del infinito...!
Surgida apenas del hogar materno,
Se precipita en el helado féretro.

El ansia impera en la terrestre noche,
En la estelar, armónico sosiego.
¡Se anuncia Dios en nebulosas y astros...!
¿Por qué entraría en rebelión el orbe?
Que tal destino es para el hombre inquieto,
Al que ofusca y trastorna el pensamiento!

Medita, sufre, vaga y vocifera,
Toma por realidades sus deseos,
Aras erige a utópicas deidades,
Jadeante corre en busca de espejismos
Imbuido de quimeras y de espectros,
Que sólo se disipan, en muriendo!

LUCAS AYARRAGARAY

dida en el agro argentino, tiene necesidad de contornos; no puede quedarse en pura abstracción; se fija en imágenes. Es curioso anotar la diversidad de imágenes que campea respecto al astrónomo admirado. Para muchos es una figura de estampa antigua, revestida como deben estarlo los sabios, rodeada de instrumentos, enclaustrada y en constante actitud inquisitiva de la inmensidad. Para otros que han visto su retrato, es, a pesar de ello, el ser un poco quimérico que está entre el cienciado y el adivino.

Hay quienes se lo representan viviendo en una torre inaccesible para los demás mortales; otros lo suponen director de un gran observatorio nacional; otros le atribuyen haber viajado por remotas zonas vírgenes en acopio de su sabiduría; otros, por fin, entre los que imaginan lo inexacto, lo hacen acompañado de una falange de auxiliares que le manejan los hiperbólicos aparatos y le revuelven infolios, cartapacios y mapas siderales en procura de sus preciosos datos. Como a Julio Verne era difícil verle a través de sus obras sino ambulando por la redondez del planeta, a Martín Gil es casi imposible

cerebro actuando en la soledad, preguntándose y respondiéndose a sí mismo frente a las páginas secas y a los aparatos mudos. Esos prodigios pertenecen al genio.

Hay muchas categorías de autodidactas, pero todas se reducen a dos tipos: los logrados y los malogrados. El empeño es plausible por igual, sólo que se queda en pedantería o se encumbra en saber. El escarceo científico, producto de nociones captadas por pasión, sin talento, no pasa de una diversión que puede agradar sin vencer. La cátedra de Martín Gil, con todas las apariencias, a designio, de un liviano escarceo, va hasta la convicción, pasando por ese grave laboreo del pensamiento que son las reflexiones suscitadas a base de asertivas lógicas, cálculos firmes y datos rigurosos. Ni el astrónomo, ni el meteorólogo, ni el filósofo, aun evadiéndose a intervalos hacia el humorista, pierden de vista la exactitud de los términos. Sonríe el lector, pero sin dejar de fijarse en las verdades que le devuelven a la meditación del asunto. Y es que

el pensamiento de armonía, realizando el viejo aforismo, cuyo origen no recuerdo, de que la contemplación de las estrellas, sea el que sea su objeto, concluye por hacer un poeta. Martín Gil ha debido serlo siempre y las estrellas lo han completado. Cada una de sus prosas es, en resumen, un poema de meditación, de elevación, de armonía y de gracia.

Pero la obra se gusta y se comprende acabadamente a través del hombre. La naturaleza y la vida de Martín Gil es el poema potencial en acto. Rodeado de los halagos materiales de la fortuna, esos halagos que disculpan de no pensar y no aprender, pugna contra la ley del menor esfuerzo, se evade del cuadro cómodo y anodino y tiende las alas hacia horizontes más luminosos. Quiere saber, quiere dominar algo más que esos bienes sobrados para la satisfacción y la vanidad de tantos, y adopta un plan siempre penoso en la vida porque tiene mil obstáculos y nunca halla su fin: se consagra a la ciencia, afronta la expectación y la crítica, ofrece gratuito el pan bendito con las verdades adquiridas, da su persona, su salud, su vida en una eucaristía



Los honores de la mesa



EN millares de los más aristocráticos hogares, el genio de los cocineros de Bagley es responsable de los honores de la mesa.

La Casa Bagley tiene tanto orgullo de la manufactura de sus productos, como lo tiene la más exigente dueña de casa en servirlos.

Con mucho orgullo puede Vd. servir la "crema" de nuestras cincuenta y dos variedades de galletitas, que se halla contenida en el Surtido VISITAS.

Para deleite de sus invitados Vd. no puede hacer más, y por su propio orgullo Vd. no debería hacer menos.

Sirva siempre productos de Bagley y estará segura de dar satisfacción.

Galletitas VISITAS



Niñas últimamente
comprometidas:
MARIA
MERCEDES
RODRIGUE,
con JORGE
SOTO ACEBAL.

De nuestra
sociedad.

JULIETA
SEEBER
DEMARIA,
con MIGUEL
ALFREDO
BOSCH
MARIN.



ANGÉLICA GÓMEZ
AGUIRRE, con JORGE
PIÑERO PEARSON.



MERCEDES AGOTE
AGUIRRE, con RICARDO
BALLESTERO BARRUTI.



NELLY CASMAN, N. Klinger y K. Flavina, de la compañía del teatro Argentino, en "La mujercita", comedia en dos actos de S. Steinberg, música de Belsa y Nelly Casman.



LEONOR RINALDI, ROSA ARRIETA, VALERIO CASTELLINI, ANGEL CLEMENTE, JOSÉ CEGLIE, JOSÉ OTAL, ALFREDO CAMIÑA, PACO BUSTO y MIGUEL LIJERO, en "¿Quién es el marido?", pochade en dos actos breves que se representa en la Comedia.



Los últimos estrenos en los teatros porteños.



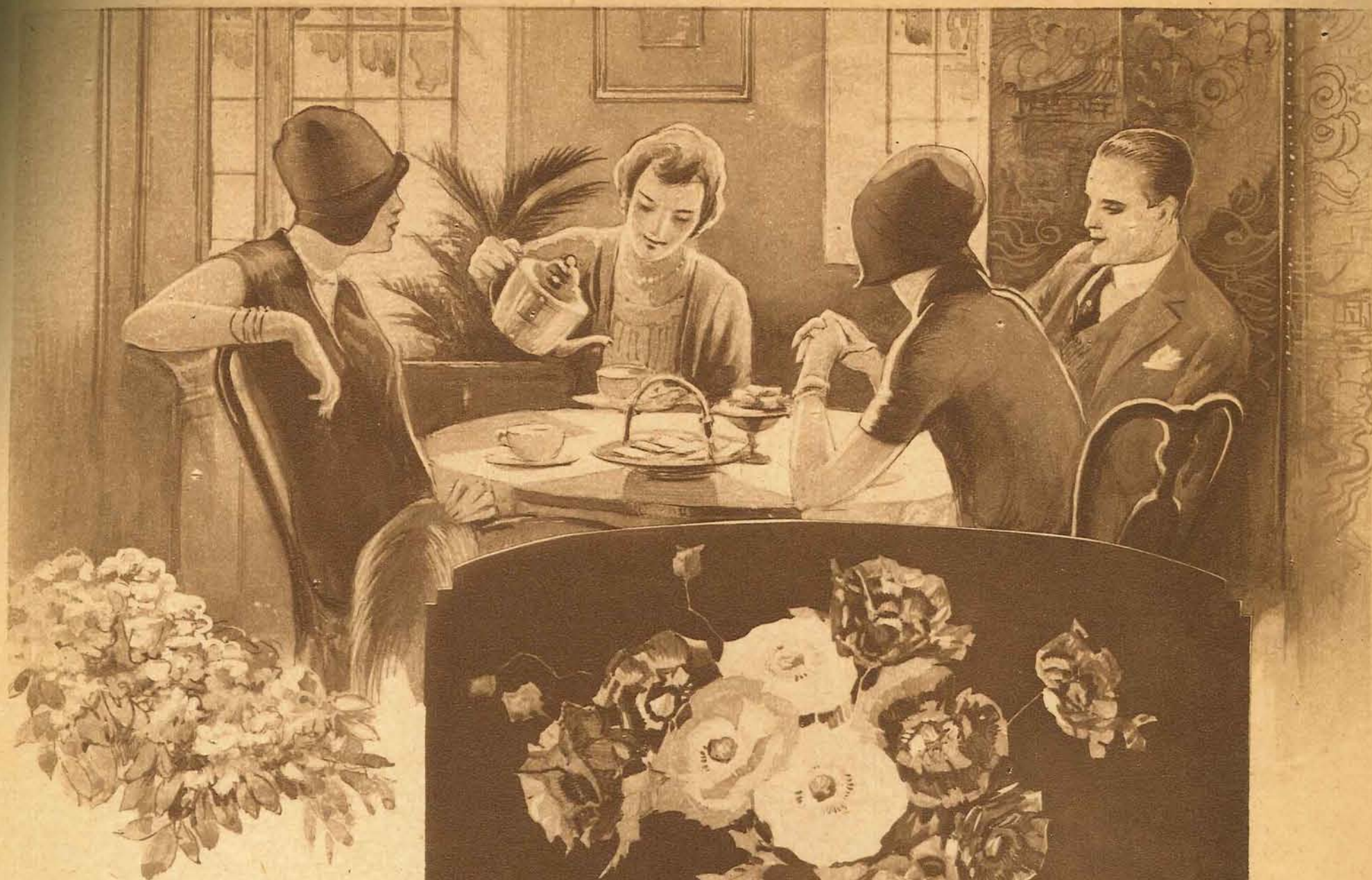
LA TRINITARIA, PE-ROSANZ, CHATO VALENCIA y NIÑO de CARAVACA, cantaores del cuadro flamenco que actúa en el Avenida e interviene en la comedia lírica popular "La copla andaluza". "La devoción", cuadro final del citado espectáculo.

BERTA GUTENTAG, que ha trabajado con éxito en esta Capital y en Estados Unidos, de donde ha vuelto para actuar durante una breve temporada en el teatro Olimpo.



CÉSAR y PEPE RATTI, BLANCA CRESPO, ELSA O'CONNOR, HÉCTOR UGAZIO, TOMÁS HARTICH, FRANCISCO MARQUEZ y PEDRO GIANNETTI, en una escena de "Crítica 6", parodia de drama policial en 5 cuadros, de Manuel Romero, estrenada en el Apolo.





Son galletitas de "doble gordura" — las que en Gran Bretaña se les llama "Shord breard", — nombre que tiene su origen en el hecho de que están elaboradas con una proporción mayor de manteca.

Su masa es, así, del tipo de la "pasta frola", de tanta y tan justificada aceptación.

De tal modo, resultan muy sabrosas solas o con leche, chocolate y té, como así también en sandwiches de mermelada.



Delia

(Otro regalo para su paladar.)

ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Pídalas a su proveedor.
Se venden en todo el país.



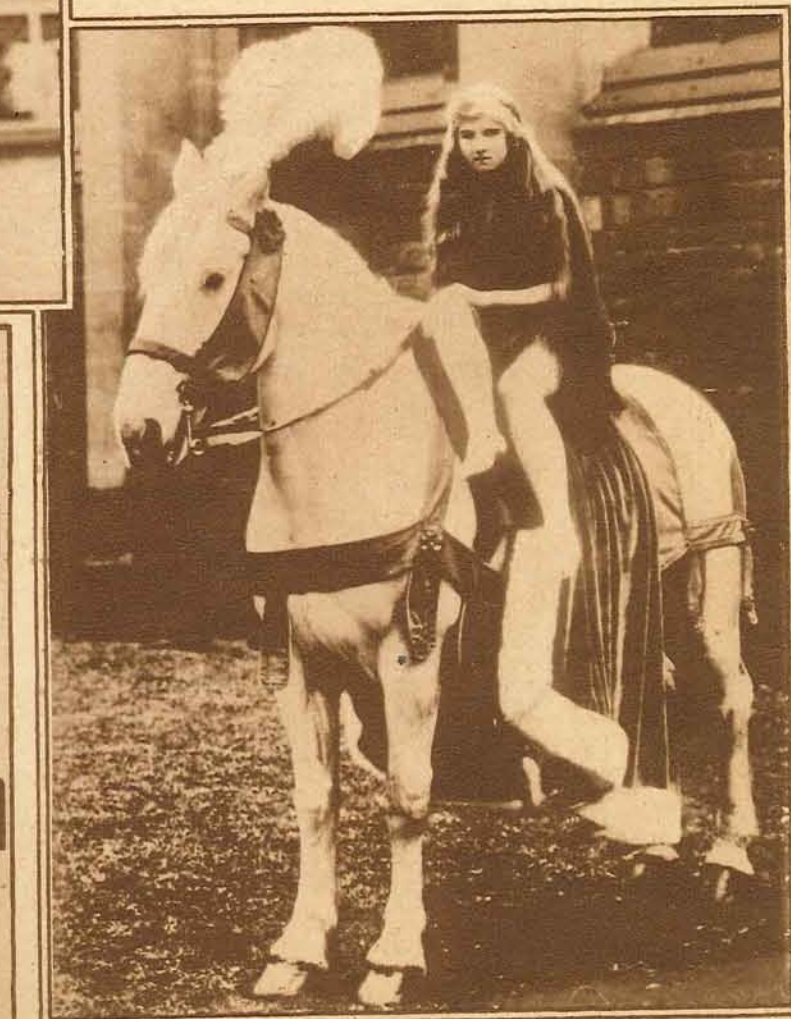
BESSIE LOVE, estrella de la pantalla.



Una notable zambullida en cadena formada por dos expertos nadadores en Hammersmith, sitio donde se ve practicar a los mejores zambullidores de Inglaterra.



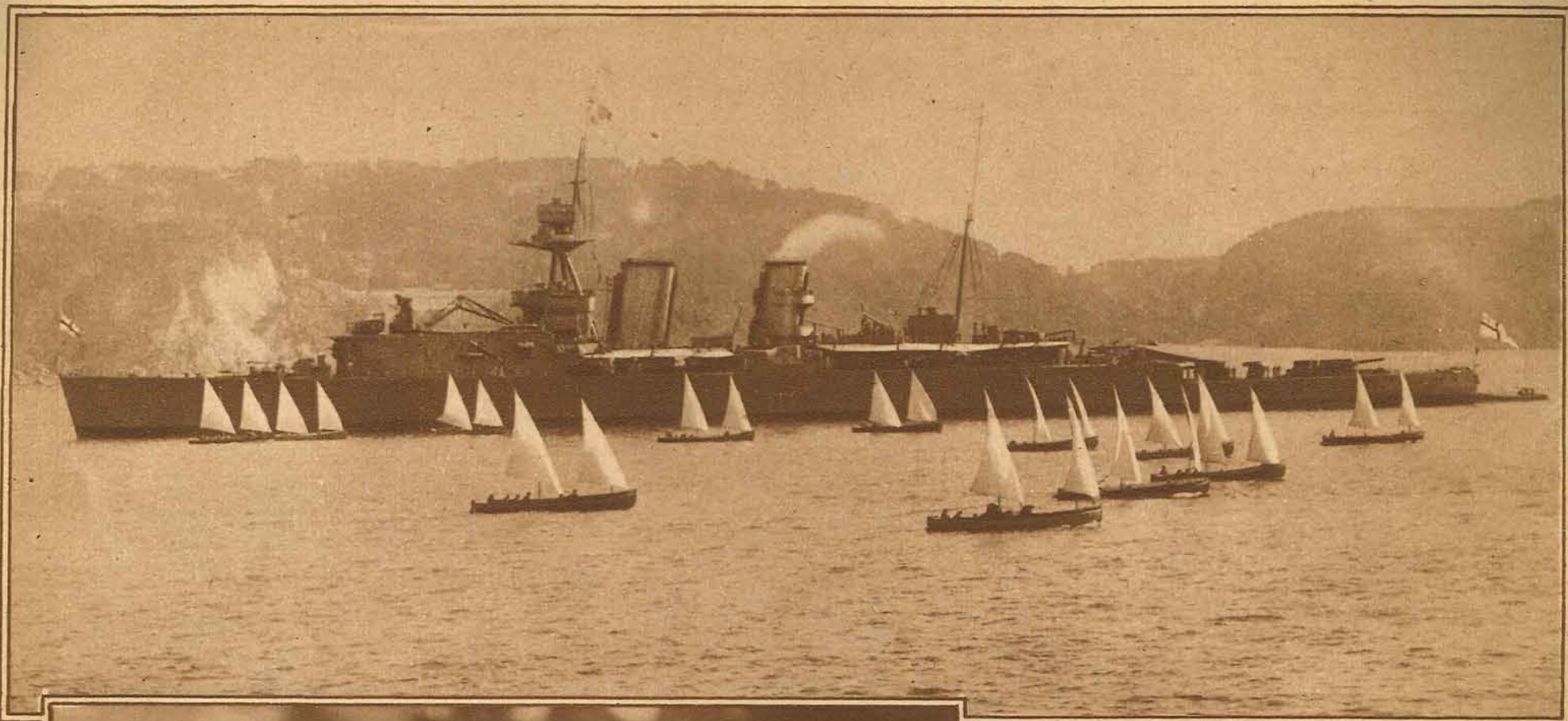
La marquesa Marconi, esposa del inventor de la radiotelegrafía, representando, en una fiesta de caridad, el papel de Bona Lombardi Brunoro, la intrépida campesina que vivió en el siglo XV y que salvó a su esposo de su cruel cautiverio.



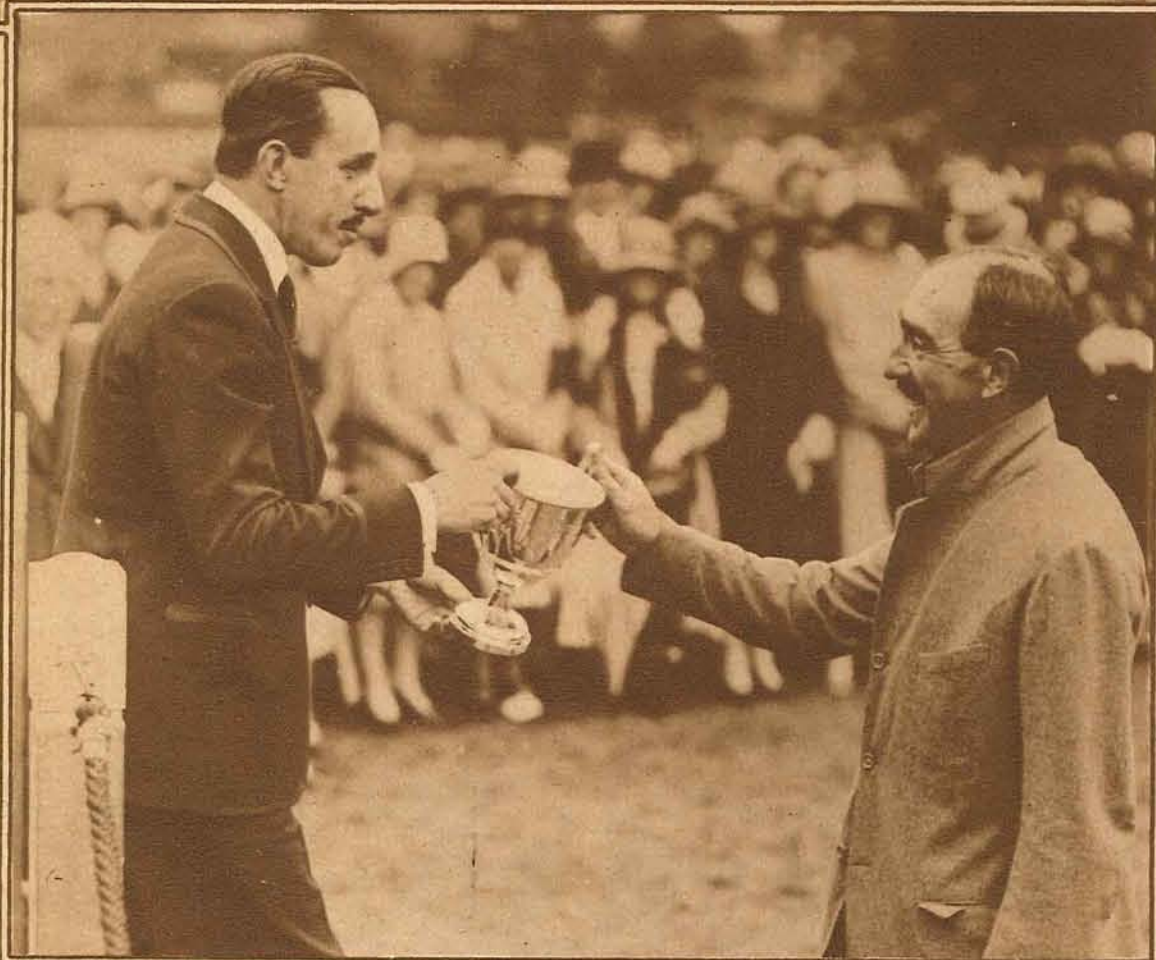
Miss Muriel Mellerup, elegida, por su abundante cabello, entre varios millares de candidatas para cabalgar por Coventry, Inglaterra, representando el papel de Lady Godiva, para evocar así un episodio que la tradición recuerda en esa ciudad cada veinte años.

BIZCOCHOS CAÑALE

Son recomendados por los
médicos para los niños y
convalecientes



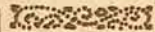
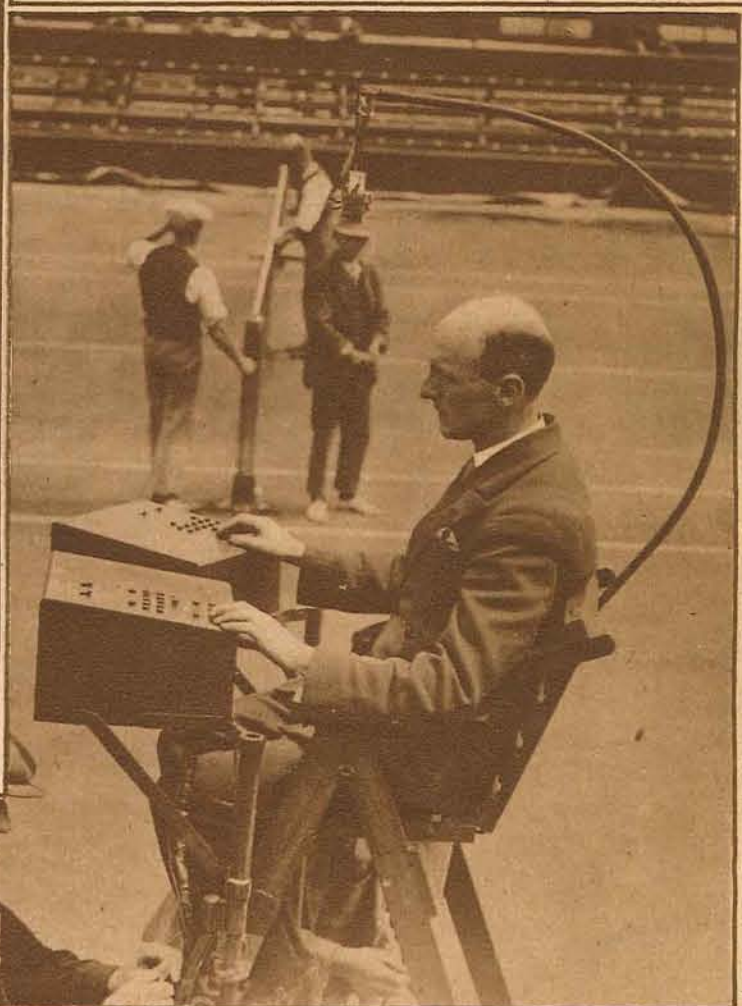
Carrera entre botes de buques de guerra de la escuadra británica, en la regata naval de Torquay. En el fondo aparece el acorazado "Tiger".



El rey Alfonso entregando la copa al teniente coronel V. N. Lockett, capitán del team del regimiento 17/21 de Lanceros, que venció al equipo de los Queen's Bays por 6 goals contra 2, en el match final del torneo militar de polo, disputado en Hurlingham.



La nueva pizarra instalada en las canchas de Wimbledon, donde, como se sabe, se disputa el torneo de tennis más importante del mundo. Registra automáticamente cada punto marcado; para esto sólo hace falta oprimir un botón.



Las delicias de los sports náuticos. Lanzándose al agua mientras la embarcación que arrastra la plataforma de madera desarrolla su mayor velocidad.



Damas dirigiéndose a los stands de tiro de Bisley, donde se disputa un importante torneo todos los años.



Accidentado estreno de un torero norteamericano en Sevilla.

Una serie gráfica de los momentos emocionantes del estreno. Sidney Franklin, retrocediendo ante el avance del toro. P. y A.



En el momento de esquivar la embestida.

P. y A.



El debutante al ser alcanzado por el animal.

P. y A.



Después del accidente, Franklin es retirado para su curación.

P. y A.



Marta Paulder, la hermosa y popular artista de cinematógrafo que tomará parte en la impresión de la primera película parlante austriaca. Su papel le exige hablar correctamente en alemán, inglés, francés e italiano.

H. P.



(Marca registrada)

¡EN EL PODER DIGESTIVO ESTÁ LA POTENCIA VITAL DEL HOMBRE!

El único agradable y verdadero pan de GRAHAM a base de trigo machacado y levaduras seleccionadas. Gran alimento para sanos y enfermos. Especial para la SEQUEDAD DE VIENTRE no produce ácidos como los otros panes. SU ESTÓMAGO FUNCIONARÁ A LA PERFECCIÓN si en sus comidas, en vez de pan blanco usa usted PAN DOLZ. Exíjalo en su envase higiénico. Se remite a domicilio.

Elaborado por

DOLZ y SÁNCHEZ

784, Lima 184 U. T. 6375, R. V.



¿TOS?

Tenga presente que el

PECTORAL FUCUS

El desinfectante de las vías respiratorias

por sus balsámicos componentes, hace desaparecer por completo su

TOS

CATARRO

RESFRIO

pues ablanda el catarro, fluidifica las flemas y las hace de fácil expectoración

Es agradable

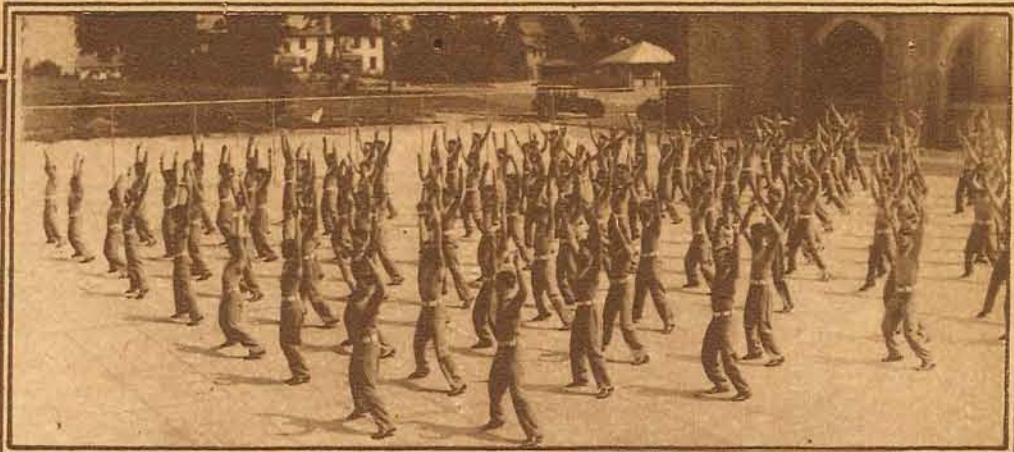
GRATIS

Su Farmacéutico le obsequiará con un frasquito de INHALANTE FUCUS, al comprar el Pectoral Fucus. Siga las instrucciones y comprobare que es un gran desinfectante de las vías respiratorias.

\$ 3.00 El Frasco



En las Farmacias



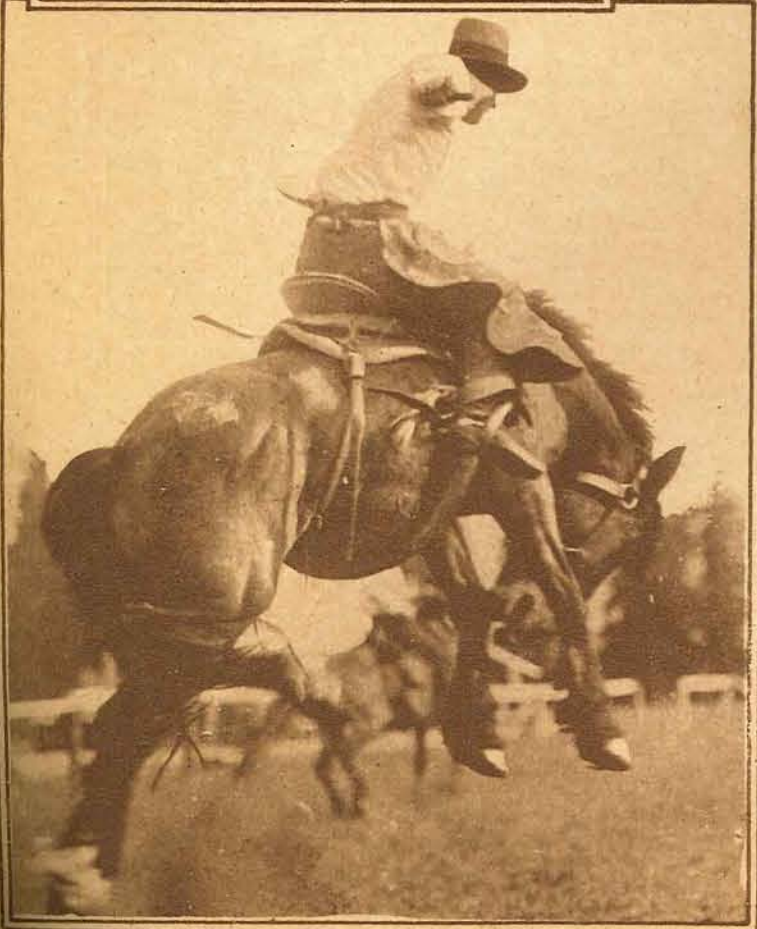
Los cadetes de la escuela militar de West Point en una clase de gimnasia.



Ginette Maddy, renombrada belleza francesa, que intentará la travesía de la Mancha a nado.



Figuras de la pantalla. Richard Bart-helmess.



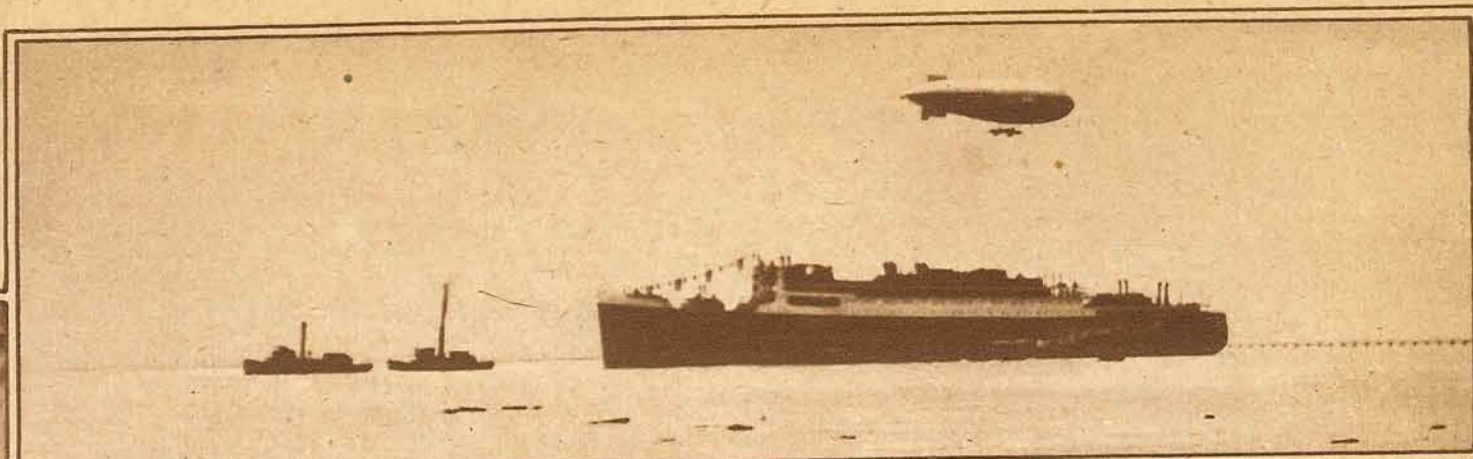
Doma de potros en un rodeo efectuado en el parque nacional de Japser, en el Canadá.

PHILIPS

el altoparlante
que constituye un
adorno para
el hogar



Primer fotografía del "Pennsylvania", el mayor buque mercante construido en América, obtenida poco después de ser botado.



Jóvenes estudiantes del Mills College durante una fiesta realizada a orillas del lago Alice, en Oakland, California
H. P.



Un obrero reparando los cables de luz eléctrica a gran altura, sobre la calzada, en Bridge Street, Westminster.



Niñas debutantes en sociedad dicen que no les agradan los hombres calvos o que tienen caída de cabello o caspa. No permita que hablen de Vd. en la misma forma.

"Los hombres calvos, aunque no sean viejos, lo parecen".

Así se expresaron unas jóvenes de nuestra sociedad. "Ciertamente, ¿quién podría enamorarse de un hombre calvo?", nos dijeron. No acepte que puedan las señoras y niñas que Vd. conoce, sentir y pensar por Vd. de esa manera.

Vd. puede conservar su cabello, puede recuperar el perdido.

Las afecciones del cuero cabelludo que determinan la caída del cabello, son ahora fáciles de corregir, de eliminar. Basta seguir el tratamiento adecuado - un tratamiento que no lleva más de tres minutos. Justamente el tiempo necesario para peinarse con Solución Vindobona.

Solución Vindobona es un producto científico de laboratorio. Para su fabricación sirven de base las experiencias adquiridas por los técnicos de los Laboratorios Vindobona en miles de casos tratados y los prolijos estudios y ensayos practicados. Estos revelaron: primero, cuáles son las afecciones del cuero cabelludo que determinan la caída del cabello; segundo, que en la inmensa mayoría de los casos de calvicie las papilas pilíferas, verdaderas raíces del cabello, no están muertas, sino meramente adormecidas, como las raíces de una planta en invierno.

La caída del cabello se detiene.

Las afecciones seborreicas, la seborrea oleosa, seca, o alopecia areata, son las causas de casi todas las calvicies. Se constata su presencia en el cuero cabelludo, por una picazón, por una caspa gruesa adherida al cuero cabelludo, o porque se van formando manchas calvas en forma más o menos circular que se extienden rápidamente. Solución Vindobona, por los principios antisépticos y tónicos que contiene, corrige esas afecciones del cuero cabelludo y fortifica el cabello. La caspa desaparece, la picazón no se hace sentir más, el cabello engruesa y se conserva firme en el cuero cabelludo.

Nuevo cabello crece antes de 90 días.

En seguida la Solución Vindobona, penetrando por el cuero cabelludo se dirige a las papilas pilíferas, despertándolas a nueva actividad. Cada papila producirá un nuevo bulbo del que crecerá un cabello nuevo - no importa que el viejo haya caído "de raíz". Antes de los 90 días de tratamiento Vd. constatará que nuevo cabello comienza a crecer en las partes calvas, y que el vello finito se desarrolla y se convierte en cabello fuerte.

Garantizamos los resultados.

No importa el estado actual de su cabellera. No importa cuán rápidamente cae su cabello ni cuánto ha perdido ya. No le interesa que medios usó antes sin resultado. En todos los casos sostenemos nuestra garantía clara y responsable. Ponga Vd. en tratamiento su cuero cabelludo con Solución Vindobona. Si dentro de los 90 días la Solución Vindobona no hiciera por Vd. lo que prometemos, haganoslo saber y le devolveremos el dinero que hubiera gastado en tratamiento.



Si hubiera usado Solución Vindobona cuán diferente sería su cabeza. ¡Cuánta diferencia en el aspecto de una persona con sólo dedicar tres minutos diarios al cuidado del cabello!

VENDEN SOLUCION VINDOBONA LAS CASAS DE MAYOR PRESTIGIO:

Farmacia FRANCO INGLESA
Sarmiento y Florida
GATH y CHAVES
Casa Central y Sucursales

CASA SCHERRER
Suipacha 186
Farmacia De LA ESTRELLA
Alsina y Defensa

Farmacia GIBSON
Alsina y Defensa
Farmacia CONSTITUCION
Garay 1058

Farmacia GONZALEZ
Rivadavia y Centenera
Farmacia INGLESA
Av. de Mayo 900

Y TAMBIEN LA SUCURSAL ARGENTINA DE LOS

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA No. 8, (piso 1o.) - Buenos Aires

Pedidos del interior
se atienden en el día.

Folleto explicativo
enviamos gratis.

Solución
Vindobona

LABORATORIOS VINDOBONA, Florida No. 8, Bs. Aires
Sirva de guía para el envío gratis el folleto explicativo.
Nombre _____ Dirección _____



El comunicante, que acaba de realizar una excursión clínica y de propaganda doctrinaria y especialmente empleada en el estudio científico, que se extendió sobre el valle de Tieté, más allá del salto de Avandava y por otras regiones magníficas donde la sabia naturaleza ha derramado con prodigalidad especies medicamentosas magnéticas y radioactivas de eficacia pasmosa, de virtudes casi milagrosas, reitera, proponiéndose a sustentar y probar cabalmente todas sus afirmaciones y conceptos anteriores, pesquissados en 20 años consecutivos, de una acción sin treguas.

Tales afirmaciones, conceptos y doctrinas científicas, sobre la cura por la Naturaleza y sobre la creación original, originalísima mismo, de la cura de la arteriosclerosis, tuberculosis, del asma, de la diabetes, de la obesidad, de la lepra y otros grandes males. Enviaré gratuitamente mis libros: "Fuerzas" y "La Salud en la Naturaleza", a todo el que los pida y envíe su dirección, dirigiendo su pedido al señor J. B. Vázquez - Caixa, 35, Nictheroy, Río de Janeiro (Brasil).



UE dos buenos compañeros, jugadores capaces, se entiendan y se adivinen en los momentos difíciles del remate y del carteo es lógico y hasta indispensable, para ser considerados como tales.

La manera de comprender el juego varía tanto de un jugador a otro que constituye una ventaja inestimable conocer la capacidad y las costumbres de los componentes de una mesa en que se juega, su temperamento y su táctica preferida.

Hay momentos en que la experiencia, el elemento personal, el conocimiento de los jugadores, son tan esenciales, que tienen preponderancia sobre las convenciones y reglas. La clave de ciertas situaciones difíciles sólo se adquiere con el estudio psicológico de compañeros y adversarios, que es la base del éxito de los expertos.

Muy fácil resultaría el Bridge si la conducta a seguir fuera siempre uniforme y no dependiera de la idiosincrasia de jugadores y circunstancias múltiples. Estas dificultades son las que explican el reducido porcentaje de buenos jugadores, que saben hacer depender la aplicación de las reglas de personas y acontecimientos.

Es por ello que no basta saber interpretar a quien juega de acuerdo con el más puro tecnicismo y claro razonamiento: la dificultad mayor reside en administrar con discernimiento y astucia el poco saber de un compañero, que puede traducirse en las vacilaciones de un principiante o la terquedad de un personalista o la exageración de un impulsivo o la dureza de un conservador.

Entre jugadores recalcitrantes, el verdadero experto debe estar preparado para la anomalía y lo inesperado en declaraciones y jugadas, situaciones de hecho que si no ha po-

dido prevenir debe tratar de adivinar para suavizar el perjuicio que puedan ocasionar.

♦ ♦ ♦

Los principiantes dóciles son los más fáciles de administrar, porque su timidez, en general, los lleva a la declaración informativa que aclara el juego y permite maniobrar al compañero más capaz. La mejor forma de administrarlo es inspirarle confianza, no privándolo de la dirección del juego sin razón y por el solo hecho de creer obtener más provecho de esa dirección.

La convención usual, en ciertos círculos, de invitar al com-

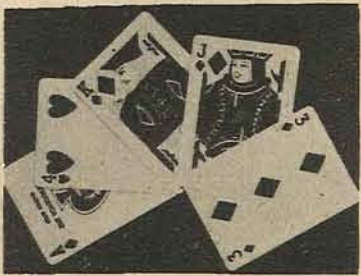
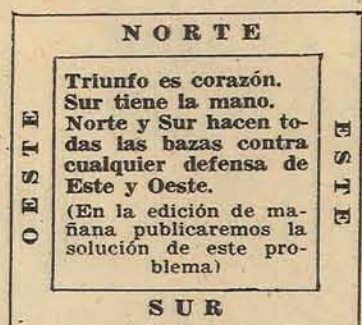


pañero al "sin triunfo" con una declaración informativa de un trébol o diamante, parece inventada para estos jugadores y aconsejada por los que están convencidos de su superioridad como carteadores.

El defecto que pueden tener estas declaraciones efectuadas por un novicio, con superabundancia de medios, es la pérdida, de un "game" que tal vez hubiérase podido ganar con otro triunfo y mejor dirección, pero las consecuencias de esta excesiva prudencia son más aceptables que las que podría originar una imprudencia inconsciente.

Durante el carteo debe facilitarse al novicio la clara visión del juego, no confiando en él la salvación del partido

si está en nuestras manos hacerlo. Los dobles deben ser seguros y si no se está en esas condiciones vale más dejar jugar, contentándose con la mul-



ta simple, para evitar las posibles consecuencias de un redoble, capaz de atemorizar al experto.

Sin estas medidas prudenciales muchas faltas que imputa-

LEON CASABAL

mos al novicio, en realidad son propias de la falta de previsión que debe tener un buen jugador.

♦ ♦ ♦

La administración del mal jugador con personalidad, y empecinado en querer saber, es tarea ardua y escabrosa. Este señor, que dice conocer las reglas y que las interpreta tan mal como las define, constituye un verdadero peligro para el compañero que no ha tenido la paciencia de analizarlo con atención. Son muchos y variados los ejemplares de esta clase de jugadores.

Numerosos son los partida-



rios del "sin triunfo" a cualquier precio, y algunos de ellos lo declaran casi sin ver el juego. Si nuestro compañero es de esa escuela es necesario usar de una prudencia extrema cuando es nuestro turno rematar. Pudiera ser que su "sin triunfo" fuera real, pero es también probable que sea de una debilidad deplorable. Debe, pues, tenerse buen cuidado en el caso de estar obligado a sostenerlo. Este es uno de los inconvenientes del abuso del "sin triunfo", excesivamente liviano: el jugador que hace de él una práctica corriente termina por desesperar al compañero.

Cuando se tiene enfrente un impulsivo de esta especie su compañero debe siempre rema-

tar dos bazas de su palo fuerte, mientras su juego se preste a ello. De esta manera se otorgará al compañero la posibilidad de abandonar ese "sin triunfo", en el caso que fuera compuesto de escasos valores.

A la inversa, hay jugadores que para iniciar el remate con "sin triunfo" u otro palo necesitan un arsenal bien provisto. Hay que suponerles siempre un juego muy por encima del término medio cuando se deciden a hablar.

El método a seguir con estos tímidos resulta a veces arriesgado, pero se hace necesario en ciertos momentos apurados del "score" para obligarlos a actuar: la declaración informativa como apertura del remate puede ser para ellos un remedio para inyectarles valor y decisión.

Tenemos también los obstinados particularmente en el principio de no dejar jamás la declaración al adversario cuando han sido sostenidos una vez por el compañero. Hay que proceder, en consecuencia, y prevenir los acontecimientos.

♦ ♦ ♦

Muchos jugadores traicionan constantemente su juego con sus nervios y su manera de declarar. A veces los vemos esperando con impaciencia febril su turno para hablar y, en momento llegado, emitir una sonora declaración, y ello con tal seguridad, que es necesario ser sordo y ciego para no comprender qué tienen un juego enorme.

Otras veces, los mismos se muestran indecisos, miran repetidas veces sus cartas, calculando evidentemente su valor para terminar por hacer una tímida declaración.

Las deducciones que todo ello reporta son claras y este hecho público y notorio para los adversarios debe resultar para el experto de un incalculable valor.



He aquí la razón por qué Colgate ha llegado a ser la crema dentífrica favorita del mundo

La razón por qué más personas usan Colgate en preferencia a otros dentífricos es simplemente porque limpia mejor los dientes.

Y cuando decimos "limpia" se entiende no sólo la superficie exterior, sino que también los intersticios más pequeños, donde se acumulan los residuos de alimentos y donde estos sitios inaccesibles. Así que tienen que ser limpiados por el dentífrico.



La maravillosa historia de la espuma penetrante... que limpia donde el cepillo de dientes no toca

Desde luego, la verdadera prueba de un dentífrico es la eficacia que tiene para penetrar en estos intersticios y limpiarlos completamente. Una prueba científica reciente ha comprobado que la Crema Dentífrica Colgate tiene más fuerza penetrante que cualquier otro dentífrico que existe hoy en el mercado. Éste es el secreto de la cualidad superior que tiene Colgate para limpiar.

Al cepillarse los dientes Colgate se transforma instantáneamente en una espuma blanca y resplandeciente, que como una ola invade los dientes y encías. Esta espuma posee una cualidad admirable de una "tensión superficial" baja que permite se penetre en los intersticios más pequeños, donde pudiera comenzar la carie, desalojando todo residuo mucoso o alimenticio y limpiándolos de toda impureza con su detergente espuma.

Esta espuma contiene un polvo fino, recomendado por los

CREMA DENTÍFRICA

dentistas, el cual pule el esmalte de los dientes sin dañarlos y los conserva blancos, brillantes y hermosos.

Piense usted lo que esto significa... Que usando la Crema Dentífrica Colgate usted puede lavar sus dientes completa y científicamente tal como su dentista desea que usted lo haga..., restaurando así a los dientes y encías sus encantos naturales.

Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

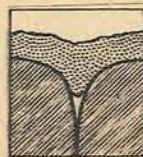
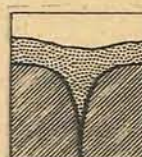


Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la carie.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

COLGATE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HAY FENOMENOS CURIOSOS...



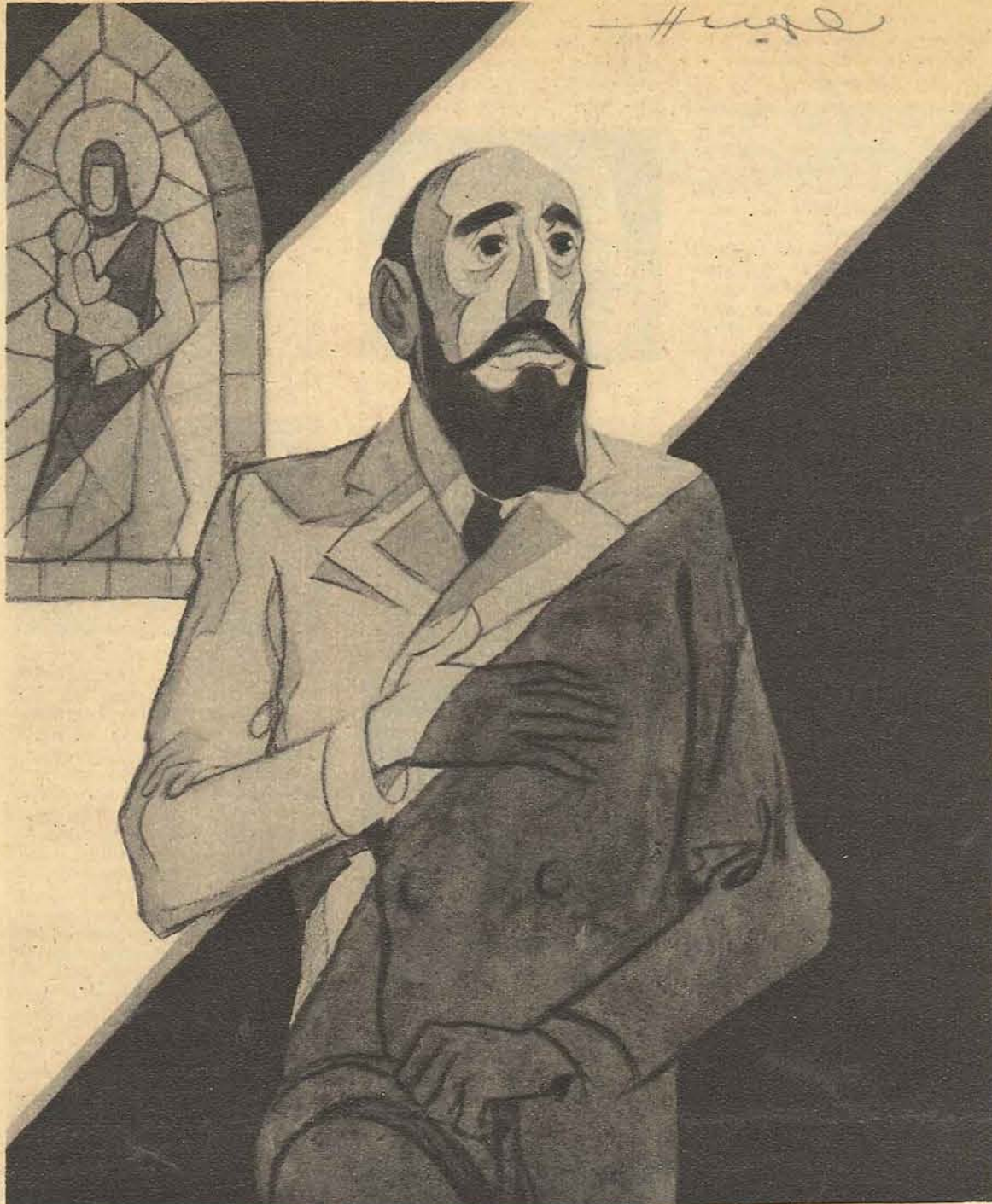
Al cabo de veinte años, cuando volvimos a vernos y conversamos un rato, mi amigo me preguntó:

—¿Eres católico todavía?

Concretamente no le pude contestar en el momento, porque estábamos en el vestíbulo de un teatro y los ujieres llamaban para entrar. Ya más tarde, a la salida, en un rincón más propicio a las confidencias, le dije sin que nada me preguntase:

—Mi catolicidad ha tenido algunos contratiempos en la vida, pero todos los he soportado y ya la voy creyendo indestructible porque le sirve de base, entre otras cosas, la evocación de la figura de mi padre oyendo misa. Mi padre nunca se imaginaba la radiación telúrica de su actitud, ni cómo al cabo de tantos años, muerto él, destruida la casa y en dispersión los restos de la familia, habría de seguir operando de este modo decisivo en el mantenimiento de mi devoción. Ahora, desde otra vida, concederé probablemente una importancia que en esta vida no concedió a aquel aire tan lleno de dignidad con que permanecía de pie en el presbiterio, siempre un poco apartado de la multitud, al lado de una pilastra de granito que subía hasta la cúpula de la iglesia. Era todavía la época de la levita negra, de la corbata magnífica, de la barba corrida hasta la mitad del pecho, y la mano de mi padre, abierta sobre el pecho, bajo su barba corrida, cobraba gran majestad con el matiz azulado que recibía del resplandor descendente de un cristal del cimborrio de su cúpula.

Yo, pequeñito, conducido de la mano de Manuela (¿te acuerdas de Manuela?) contemplaba a mi padre desde lejos, absolutamente absorto, sin quitarle ojos de encima ni perder un detalle de sus movimientos. Por esos movimientos yo aprendí la ubicación de los principales episodios de la misa y fui sabiendo cuándo se llegaba al Evangelio, al credo, al santo, a la elevación, a la consumación y a la bendición, pues Manuela tenía que ir explicándome el porqué



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

BOY

(Para LA NACION)
MONTEVIDEO, julio de 1929.

de que mi padre hiciese cada cosa que iba haciendo para hacerlas yo también sabiendo lo que hacía. De esta manera yo oía la misa por delegación, vien-

do en mi padre el altar, el oficiante y el sacrificio. Me imponía sobre todo aquel momento en que mi padre se santiguaba porque lo hacía muy so-

lemnemente, con el ademán bien amplio y estilizado, y parecía que era el alma lo que se cruzaba con aquella mano grande y poderosa, transfigurada por el resplandor azul que caía de lo alto. La entrega de mi sentir era entonces tan absoluta que Manuela, algunas veces, me daba un toquecito preguntándome:

—Niño, ¿dónde está el altar?

Yo no podía razonarlo, porque sólo tenía cinco o seis años; pero ahora vislumbro que instintivamente experimentaba ya el presentimiento de que, al correr de los años, en momentos difíciles y sombríos, la figura de mi padre oyendo misa habría de vigilar mi porvenir. También vislumbro que esto habría sido moralmente imposible si en los actos de la vida de mi padre hubiera ocurrido algo que me quebrase o emborronase la nitidez escultórica de aquel perfil espiritual adosado a la pilastra del presbiterio. Pero mi padre era ese creyente que nunca ruega por su bienestar. El destino le ofreció escasos halagos. Le destruyó la fortuna, le quemó grandes pinares, le destruyó los viñedos, le desahizo toda clase de negocios, le proporcionó un sin fin de calamidades, y él reaccionó ante todas de tal manera, que las quiebras en las líneas del perfil fueron solamente físicas cuando el pecho se le hundió y la levita adoptó un acento melancólico. Sin embargo, yo advertía que con eso, lejos de disminuir, se acentuaba la autoridad moral de la figura, viéndolo en ella cada vez más acendradamente personificados el altar, el oficiante y el sacrificio. Cuando mi padre, al cabo, sucumbió, algo quedó flotando de su hidalguía espiritual en aquel resplandor azulado que todavía desciende de la cúpula. Ahora quiero creer que no ha faltado razón para que mi catolicidad haya superado algunos contratiempos.



Mi amigo me escuchó mirando al techo, sin decir nada. Cuando callé me pidió un cigarrillo y agregó devolviéndome la cigarrera:

—Hay fenómenos curiosos...



USIA! ¡Mi único deseo y mi único anhelo! Todos mis pensamientos y acciones se desarrollaron en la Rusia de los pasados días, bajo el imperio de los zares. Y hasta en América, mi nuevo hogar, donde soy estimado y donde estimo a todos, siempre recuerdo mi antigua Rusia...

Como músico, mi vida es un constante tráfago... Durante la estación de los conciertos no puedo permanecer quieto. Cuando estoy en Europa y llevo a una ciudad en que debo dar audiciones, sólo me lavo la cara, ejecuto algunas notas en el piano y entro a la sala de conciertos. Después de la audición empaqueto mis efectos y parto la misma noche a otra parte. La última estación de París fué mi destino final, y me fué imposible visitar Inglaterra. El deber me llamaba de nuevo a los Estados Unidos. Pero este año, si puedo, he de ir a Inglaterra y he de quedarme allá por lo menos un mes. Después de una larga ausencia volveré a tocar ante un espléndido auditorio inglés.

Ahora tengo poco tiempo para componer. Soy ejecutante porque esa es la voluntad del destino. Pero el hecho no me atormenta. Después de cada estación gozo de alguna quietud para mí mismo. En tales circunstancias se despiertan de nuevo las antiguas ansias y los viejos sueños, y a veces me

entrego a la composición.

No puedo dedicarme a las cuestiones de teoría. Para hacerlo necesitaría más largos ocios. Pero en mi opinión, el músico es innato; no hay ley de herencia en la música. Con gran frecuencia envidio a la gente que cuando visita otra ciudad, pueden tomar las cosas con tranquilidad, observar las vistas, gozar de las bellezas de sus nuevas vecindades, y habiendo aprovechado intelectualmente su visita, pueden continuar con tranquilidad su camino. En realidad, con gran frecuencia envidio a esas gentes porque tienen tiempo para obtener ventajas intelectuales de sus viajes.

Sin embargo, después de mis largos viajes, me sería muy agradable ir a descansar a Rusia. Pero no puedo volver a Rusia, porque Rusia de hoy no es mi país. No es el país en que he nacido y al que estoy ligado por la voz de la raza y los recuerdos de la juventud. Y por eso voy vagando por el mundo y trabajando. Después de tomar un corto descanso, constantemente me pongo en marcha de nuevo.

Durante los diez años últimos he sido pianista, pero antes solía ser director de orquesta. Ocupaba yo el cargo de director de la primera Unión Musical del Zar. Y en esos tiempos tenía más ocasiones de

Por

SERGIO RACHMANINOFF

componer; cuando aparecía ante el público ejecutaba, principalmente, mis propias piezas musicales.

Vino entonces la huida, la emigración. Aprendí también las composiciones de los compositores extranjeros; y a la edad de 45 años y pico, y puedo decir con un buen pico, me presenté ante el público. A la edad en que los pianistas, por lo general, han llegado a la cima de su actividad, dejando detrás de sí las grandes jiras de conciertos. Yo comencé en ese período. Me hice concertista de piano, y todo lo que he hecho es sólo el producto de diez años. Debo decir que esto es la prueba de mi afirmación de que el músico nace, no se hace. La ilustración, el ejercicio, la profundización de la música, son simples factores del desarrollo del músico, pero no la causa primaria de la existencia del artista.

La verdad es que soy un músico peregrino. No deseo volver a Rusia, aunque hasta ahora uso un pasaporte ruso cuando viajo. Siempre pienso en mi hogar, pero a pesar de eso no deseo volver por ahora a Rusia.

¿Pero qué extraño es el hombre! Se acostumbra a todo. Esa

es la base de toda nuestra vida. He concluido por habituarme a la falta de hogar y al piano. Para demostrar hasta qué punto dependo de mi piano, o más bien de mis pianos, debo decir aquí que durante mis jiras por Europa siempre llevo mis pianos norteamericanos conmigo. Estos pianos viajan por todas partes conmigo, y conmigo vuelven a los Estados Unidos.

Me gusta la originalidad, me encanta la música gitana. A

veces los gitanos se ven obligados a tocar no la música popular, sino sólo imitaciones de ella. Pero debo confesar que yo siempre reconozco inmediatamente la imitación, aunque nunca haya escuchado el original antes. Las bellezas características de los cantos populares de cada nación pueden encontrarse, y recuerdan uno de los cantos conmovedores de la propia patria. El sentido innato y los sentimientos de un hombre nunca os engañan. El sentido de la música nace con el artista y no puede heredarse.

NUEVA YORK, mayo de 1929.

LA VIDA DE UN MUSICO AMBULANTE

CREDITOS

ARTICULOS
PARA
HOMBRES, SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

(Para LA NACION)
VARSOVIA, julio de 1923.

GUERREROS, conquistadores, reyes y precursores de las magnas ideas, si la poesía los glorifica falta a sus nombres el fulgente nimbo inmortal. Polonia, si sobrevivió a siglo y medio de opresión devastadora de su integridad, fué porque sus poetas y su arte hablaron al mundo de su genio y de su fuerza espiritual. Del triunvirato de los tres poetas enormes, que en la primera mitad del siglo XIX formaban parte de la trágica emigración, consecuencia de los levantamientos de Polonia, es Mickiewicz el que hoy solicita nuestra pluma. ¿Qué existencia la suya! Nacido en tierra vilense y estudiante en Vilno, conspirador y expatriado desde los primeros años de su juventud, lloró nostalgias de amor en Crimea, las inconsolables de su patria en París, que no atenuaron los triunfos de su cátedra en la Sorbona, y sus largos días turbulentos terminaron en Constantinopla, cuando intentaba formar una legión de polacos que salvaran la patria. Pasaban los años, el zarismo oprimía cada vez más la mitad de Polonia, que se confirió en el odioso desmembramiento de esta nación, pero las generaciones se alimentaban con la hostia bendita de la poesía profética del genio de Mickiewicz, quien legó a su patria la fe en el resurgimiento. La opresión moscovita cerraba con negras

DOS MONUMENTOS

Por SOFIA CASANOVA



Paisaje de la región donde nació Mickiewicz

nubes el horizonte de la esperanza, pero la voz del poeta continuaba hablando en sus corazones y un ansia creciente de tenerlo entre ellos, si no en cuerpo, al menos en efígie—de igual modo que el creyente necesita en su templo la imagen a la que ha de postrenarse y orar—dió impulso a la idea de erigir en Varsovia un monumento a Mickiewicz. La oposición gubernativa fué rotunda. Transcurrieron décadas de ese horrendo pecado, cometido por la tiranía absoluta; la constancia cordial de Polonia insistió, y un zar, cuyas perfidias políticas se denominaron liberalismo magnánimo, Alejandro II, así como su sucesor, el amedrentado Alejandro III, si escucharon el íntimo deseo de los polacos, no lo habían de satisfacer...

Fué Nicolás II, el tímido y último zar de todas las Rusias, quien otorgó permiso para el público homenaje de la nación a su poeta. Otorgó permiso, pero ¡con qué restricciones humillantes! El monumento, cuyo proyecto habían de conocer, discutir y corregir los censores zarescos, no debía de sobrepasar en altura al de Paskevich, vencedor de Varsovia en 1831. Un inspirado escultor, Godebski, puso fin a su amada obra, la estatua de Mickiewicz, en pedestal con simbólicos relieves, y, emplazada en calle principal, se designó día y ceremonia del descubrimiento. Tal ceremonia, sometida a cláusulas draconianas, se verificó el año 1897. La prohibición de discursos daba emocionante solemnidad al acto, y durante horas la población varsoviana y las delegaciones de provincias desfilaban ante el monumento con un silencio que era una plegaria de amor al glorificado poeta, al que encarnó el dolor de todo su pueblo, y era, a la vez, muda protesta de aquel sufrimiento...

Desde entonces no ha habi-

hermosa efígie de Mickiewicz. Después, al tronar los cañones, vió el poeta la trágica retirada de los moscovitas... Y años de sangre y de hambre siguieron hasta aquél en que Polonia, restituida a sí misma, llegó blanca y radiante, a ofrendar la corona de su soberanía a los pies del cantor inmortal.

La estatua del mariscal Paskevich ya no existe en la alegre rua varsoviana, y la majestuosa serenidad del vate hace pensar, que ve y que mira bajo la arcada palatina la llama perpetua sobre la tumba del soldado desconocido.

Francia, espiritual, veleidosa y grande siempre, hoy rinde culto al genio de su fiel amiga Polonia, y levanta en una de las plazas más bellas de París la estatua de Mickiewicz, obra inspirada del romántico escultor Bourdelle. ¿Qué diferencia entre ambos homenajes!— Entre el silencio impuesto a la multitud polaca del año 1897 y el bello gesto de Francia, rindiendo honores oficiales al "peregrino", que, hace años, buscó refugio en la noble tierra hospitalaria. Entre esas dos columnas, en dos extremos de Europa, el tiempo canta un himno extraño, que contiene en sus estrofas motivos de tragedia, de reivindicación, de libertad: es el himno de la justicia de la historia.



El monumento a Mickiewicz en la Plaza de Palma



DE SEDA MARAVILLOSAMENTE FINA Y DELICADA

De ahí el inexplicable encanto de las Medias París.

Usted se siente orgullosa de vestirlas, sobre todo cuando comprueba lo mucho que embellecen su silueta, y la gracia con que ajustan sus rodillas y afinan su tobillo.

Pero su satisfacción se duplica, cuando verifica que, aunque de exquisita finura, las Medias París mantienen intactos sus atractivos, a través de prolongado uso y frecuentes lavados.

Talón en punta, medio talón y talón cuadrado, con y sin cucilla.

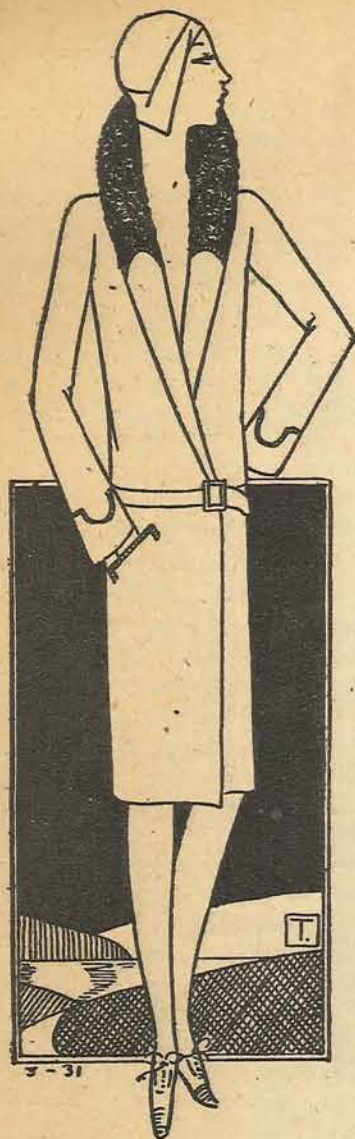
En seda natural con sello de garantía y otros tipos.

PARIS

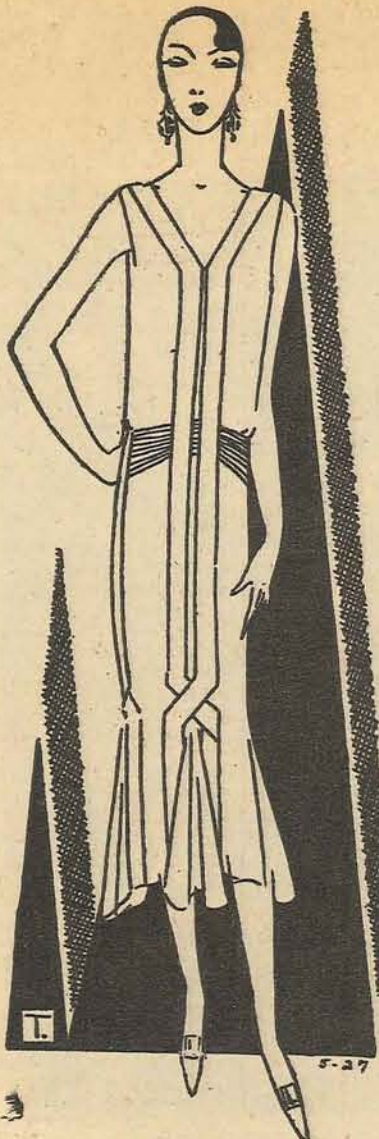
MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273 Buenos Aires
al por mayor: STAUDT & Co. S.A.C.—B. de Irigoyen 330

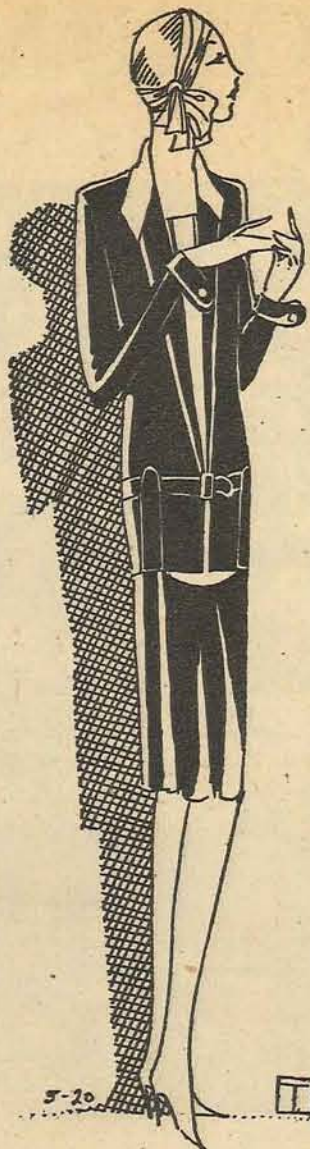
En venta en: CASA ARGENTINA SCHERRER, Suipacha 161. CIUDAD DE MEXICO, Florida y Sarmiento. PARADA & Cía., Corrientes 802 y Av. de Mayo 699, y en muchas otras buenas casas del ramo.



Modelo de Isabel de tapado en tweed gris y negro; cuello de astracán gris



Modelo de Patou en lamé amarillo y blanco



Modelo estilo sastre en satén negro, con cuello de armiño; blusa en satén blanco



Modelo de encaje de Maggy Rouff



Modelo de sport beige con saquito, cinturón y franjas del sweater en rojo vivo

ALGUNAS NOVEDADES EN LOS TAPADOS

EL tema de los tapados interesa especialmente en los cambios de estación, pues admiten en ese momento una variedad mayor, ya que el tiempo lo permite variando a su vez.

Hemos hablado anteriormente de los modelos de vestir en algunas grandes casas, indicando que la mayoría de los tapados nuevos no se componían, como hasta ahora, de tres piezas rectas, espalda y delanteros, unidas por costuras derechas, aunque estos modelos también se llevan bastante.

Hasta en los tapados de sport encontramos modelos "trench" con cinturones altos, mangas raglan y faldones bastante am-

plos, o tapados que caen desde los hombros, como los prefiere Jenny. Muchos modelos tienen capas en la espalda o mangas capas.

Lelong exhibe un modelo de tarde con tres capas ovaladas sobrepuestas en la espalda y dos adelante, dándole tres cuartos de largo adelante y siete octavos detrás. Los adornos de piel son chatos, estilo sastre, para la mañana, y con cuellos enormes en zorro, altos, haciendo marco a la cara, para vestir.

La piel se coloca de maneras muy interesantes. Lanvin pone bastante zorro en la parte inferior de las mangas, haciendo el efecto de almohadones de piel. Jenny prefiere la piel en

POR
EVA A.
TINGEY

los codos en vez de las muñecas. Lucile Paray tiene dos modelos muy originales: uno con mangas cortas sin piel, que llegan hasta los puños de piel del vestido; en el otro el vestido tiene una corbata de armiño, que sirve de cuello para el tapado al colocárselo sobre el traje.

En muchas casas se ven puños mosqueteros en los sacos, ya sea en piel o en tela. Los

"tailleurs" se encuentran en casi todas las colecciones. Hay muchos en crêpe. Worth tiene preciosos modelos de sport en crêpe de Chine, combinando rosa y gris o rosa y gris y dos azules. Los "tailleurs" clásicos tienen una pinza decidida en la línea del talle y muchos se llevan con la blusa debajo de la falda, que es otro de los medios que se emplean para sugerir la línea normal del talle. Patou ha hecho resurgir la blusa de linón con incrustaciones de encaje, algunos con jabot en encaje.

Con los sacos de tweed tres cuartos, estilo sastre, se llevan a veces blusas largas, también tres cuartos, estilo túnica.

Schiaparelli prefiere las blusas en crêpe en colores distintos a sus trajes de tweed; por ejemplo: blusa amarilla en el tono de la rosa "Gloire de Dijon" con traje verde hoja; estas blusas se llevan dentro de la falda, que es con pretina lisa, abierta al costado o abierta y cruzada a un lado.

Algunas casas, como Redfern, Madeline y otras, tienen trajes claros con blusas oscuras, y los vestidos oscuros se llevan también con tapados claros.

Las líneas del cuello son más o menos las mismas. Jane Regny las corta muy altas y pone en sus modelos de chiffon un echarpe angosto que se ata con un moño a un lado. Lelong corta sus escotes cuadrados sin ningún toque de lencería. Los modelos de Patou para de día son casi todos terminados con cuellitos de organdie, linón liso o con borde de encaje, o piqué con linón. Para la noche los escotes siguen altos adelante y bajos por detrás.

Los echarpes preferidos son los de piezas de crêpe de Chine, que tanto se usaron ya.

EL MODERNISMO Y EL CLASICISMO

POR
ELY JACQUES KAHN

EL modernismo es el tema que interesa más profundamente a arquitectos y decoradores; a aquellos que dan valor al resultado de su influencia y a los que lo repudian, considerando que inficiona las magnas tradiciones del arte.

Los críticos que en artículos recientes lamentan la extensión insidiosa del movimiento, encuentran, al parecer, las mismas teorías fundamentales para apoyar su literatura.

Pregonan a voces que se preocupan individualmente de la prerrogativa que tiene todo artista a la originalidad. Uno de ellos expone en yuxtaposición la fotografía de una de las obras maestras del período clásico y una moderna, llegando a la conclusión de que es muy superior la obra del pasado y rechazando de plano al modernismo.

Dejando de lado las obras inferiores que existen en un período de treinta años, es evidente que muchos países: Suecia, Holanda, Francia, Austria y Alemania, han producido obras de arte en arquitectura, pintura y escultura que no pueden desecharse despectivamente, pues perdurarán por su propia fuerza. Si su aceptación se debe únicamente al histerismo

artístico, el tiempo se encargará de relegarlas al olvido.

El ideal del modernismo parece ser en primer lugar la demanda de la libertad de la expresión artística.

Rememoramos la influencia del siglo XVIII en Francia—exponente de belleza en sí mismo y dentro de su propio período—sobre todo el arte del resto del mundo y cómo Alemania, Austria, Italia, España, Inglaterra y por último América trataron de imitar su gracia cortesana, producto de una época esencialmente teatral y dramatizada. Existían entonces en Europa razones que abonaban esa predilección y que ya han desaparecido.

El modernismo exige al artista que responda a su propio problema, ya sea que se trate del trazo de un modelo de cuchillo o de la composición de un edificio, encontrando una solución que satisfaga inteligentemente sus requisitos. Su inteligencia, que trasluce su fondo, combinada con su habilidad de proyectista, le servirá para crear la belleza.

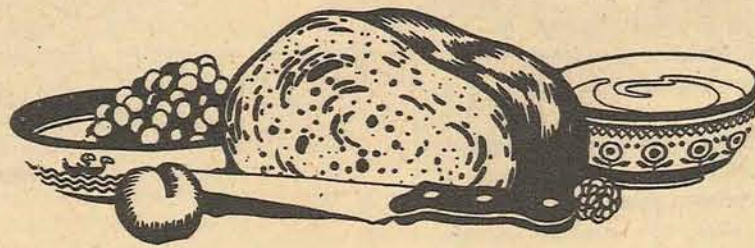
Sobre todo, su solución deberá ser una interpretación sincera y recta del problema, que exprese en materiales que son

igualmente normales en su situación.

La decoración es la personalidad del proyectista y como tal se usará o se descartará.

Es igualmente absurdo insertar el encanto delicado del Re-

nacimiento o la simplicidad maya sobre un edificio nuevo, aunque es concebible que una construcción bien planeada pueda tener éxito, a pesar del gusto puramente personal de su autor.



PARA LOS POSTRES

Naranjas a la epicuréa

En esta época del año abundan las naranjas, y además de su valor nutritivo tomándolas crudas, hay mil maneras de usarlas en la cocina.

Una de ellas es cortarlas por el medio o en cuartos partes, poniéndolas en una fuente de horno, bien cubiertas de azúcar molida; se dejan en el horno fuerte hasta que estén bien calientes y el azúcar haya tomado un color caramelo.

También se sirven poniendo cascotes cortados de naranjas peladas, sin semillas ni ollos, en una delgada tira de masa de hojaldre, cubiertas con bastante azúcar, agregándole un poco de mermelada o almibar de naranja amarga; arrollando la

masa, se sujetan las puntas para que no salga el jugo y se pone en el horno.

Bizcochos modernos

Se mezcla taza y media de harina con una cuarta cucharada de sal fina y dos cucharaditas de baking powder. Aparte se bate como crema media taza de manteca, agregándole poco a poco media taza de azúcar y un huevo; se bate todo con una cuarta taza de leche y se va añadiendo la harina ya preparada, agregando esencia de vainilla o de almendra. Se estira con el palote y se corta en formas geométricas, poniéndoles un relleno de cualquier dulce o crema entre dos tapas, espolvoreando la superior con azúcar impalpable.

EL TIEMPO INCLEMENTE

envejece el cutis



El uso diario de la
CREMA HINDS

LO REJUENECE

PIDALA DONDE VENDAN
ARTICULOS DE TOCADOR

LA ARMONIA DEL COLOR

POR
NICOLE GROULT

EL punto culminante en la creación de modelos de trajes es el saber subrayar la belleza de la forma. Es imposible mejorar la línea de un cuerpo perfecto. Siguiendo estos principios, abogo por que no se desfiguren ni se alteren esas líneas, y en pro de ellos coloco en mis modelos la línea del talle en su lugar normal.

Esta línea de talle normal, como se verá en los modelos que ilustro, nada tiene que ver con las características duras y retorcidas que se asocian siempre con la idea de la cintura normal.

La contorsión es enemiga de toda belleza, y comprendemos hoy que el talle ajustado, mal sano y feo, violaba todas las reglas del arte.

Esta línea nueva es completamente diferente. Reconocemos, como lo reconocieron los griegos, que el cuerpo con su desarrollo natural tiene mayor belleza que todo lo que puede cambiarlo artificialmente.

El sport y la vida sana, en que se pasan muchas horas al aire libre, han disipado para siempre esas ideas retorcidas y estrechas del pasado.

Se acepta la belleza tal cual es naturalmente, sin recurrir a exageraciones de mal gusto, que la desfiguran.

La línea normal, según mi interpretación, no cambia el cuerpo flexible del vestido, tan cómodo y sentador. La falda al alargarse gana en elegancia. No lo es absolutamente esa división del cuerpo en dos partes, como sucedía con la línea del talle largo. La línea nueva es mucho más artística, y creo que será adoptada rápidamente por todas.

El color sigue en importancia a la línea. La línea tiene cualidades universales. El color, por lo contrario, es individual y tiene la condición de fundirse con la personalidad de tal manera, que parece inseparable. El reconocer la importancia del color y elegir el que

convenga al propio tipo y temperamento es señal de inteligencia. Mi mayor interés se concentra en los tonos sutiles, que se fusionan fácilmente, en

vez de los colores duros y fuertes.

Tengo en mis salones algunos cuadros de Marie Laurencin, de un colorido delicado y sutil, azules misteriosos y grises esfumados. Encuentro en ellos inspiraciones felices, y muchos de mis modelos reflejan sus tonos.

En mi colección de sport predominan dos combinaciones de color, o lo que sería más justo, dos tonos del mismo color. En un traje de diario uso dos azules. Para un vestido de comida combino georgette rojo con azul marino y chaqueta en georgette azul marino.

Nunca insistiría bastante en que se conceda gran cuidado, y casi diría un prolijo estudio, al problema del color. Se debe probar hasta dar con el tono o combinación de tonos que ponga de relieve la coloración de la piel, el tono del cabello y de los ojos, sin olvidar la psicología, pues ciertos colores sugieren una personalidad vivaz, mientras que otros subrayan la apatía o la languidez.

Aun en los tonos distintos de un mismo color hay una diferencia enorme, que debe tenerse en cuenta. Creo que en el conjunto debe haber unidad de colorido, para conseguir un efecto de belleza perfecta; por eso los accesorios se elegirán con todo cuidado. Al componer un modelo de noche tengo en cuenta todo lo que puede acompañarlo. Hago preparar hasta los zapatos del mismo tono del traje, de manera de conseguir un conjunto realmente artístico.

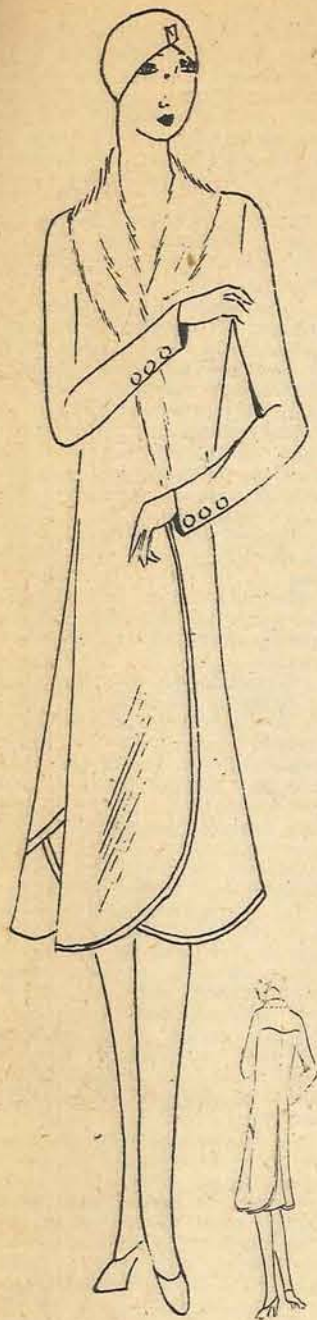
Toda persona que aspire a ser elegante, sean cuales fueren los elementos con que cuenta, puede combinar un plan armónico de color. Ciertamente que algunos tienen un sentido más fino que otros; lo vemos en los pintores, pero es rara la mujer que no sepa por instinto los colores que le sientan. El saber usarlos, teniendo en vista el fondo y combinándolos pensando en la unidad del conjunto, hará posible conseguir una nota de belleza artística.



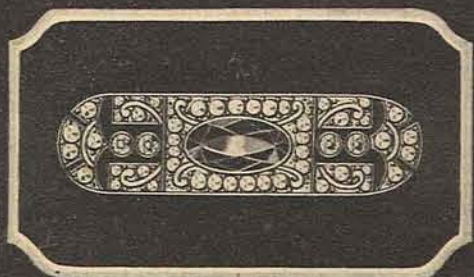
Modelo de noche en georgette "imprimé", de la colección N. Groult



Traje de comida de Nicole Groult, en georgette rojo y azul marino con chaqueta en georgette azul marino



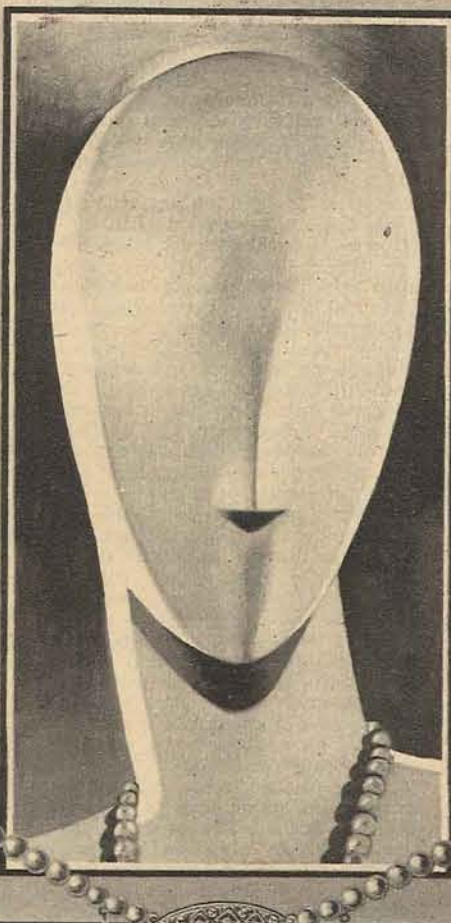
Tapado con vuelo en lana gris adornado con piel en el tono



E. 571, a \$ 20.—. Un zafiro y brillantitos EVAX dan realce a este distinguido prendedor.



A. 271, a \$ 16.—. Anillo de oro con perla EVAX y zafiros calibre "a jour".



B. 1996, a \$ 25.—. PERLAS EVAX en hermoso collar, con broche de brillantitos EVAX y zafiros calibre; lleva su cadenita de seguridad en plata "sterling".



O. 98, a \$ 18.—. Cadenitas con perlas intercaladas, sostienen los colgantes de PERLAS EVAX de este elegante par de aros con ganchos de oro.

Si usted reside en el interior
SOLICITE CATALOGO,
se lo enviaremos gratis.

PERLAS EVAX



ENTRE LOS SALVAJES DE NUEVA GUINEA

POR

SIR HUBERT MURRAY



APUA no tiene un código criminal como los que tienen los pueblos civilizados. Allí no existen el fraude, ni la estafa, ni la malversación de fondos, delitos tan comunes en este país y en los Estados Unidos. Una de las razones por las cuales los papuas no cometen esos delitos tal vez sea porque no tienen oportunidad para ello.

Como es una raza primitiva, sus crímenes son también primitivos. Homicidio, violación, robo y otros atentados semejantes, son sus delitos más comunes, pero debe recordarse que el homicidio allí no es como nosotros lo entendemos. El papua homicida no es necesariamente un hombre de instintos criminales. Su crimen es generalmente considerado un deber sagrado para con la familia de la persona cuyo asesinato venga.

Es generalmente una cuestión de etiqueta social, casi siempre una cuestión de mera cortesía. Otras veces se comete para amenizar la vida monótona de la aldea. Un caballero primitivo que quiere ganar el corazón de su dama es de seguro el papua, que comete un crimen para ganarse los favores de su amada. A menudo sucede que un jovencito comete un homicidio únicamente con la intención de que las chicas de la aldea no lo tomen por un tonto.

En el curso de mi administración allí he observado que la mayoría de los motivos de los crímenes cometidos ha obedecido al deseo de vengar la muerte de algún pariente o amigo.

Esta costumbre de la venganza es perfectamente explicable en un país donde no hay procedimiento ni administración legal a los cuales someter al delincuente. Entre comunidades tales si no existiera algún sistema de "vendetta", el crimen quedaría impune.

Recuerdo que una vez le pedí a uno de los nativos que acompañara una expedición a una parte casi inaccesible del país, donde vivía una tribu feroz y guerrera. Parece que recién llegaba de una expedición por su propia cuenta a esas regiones.

La tribu en cuestión había muerto a su padre y él había emprendido viaje por su propia cuenta, y había asesinado al primer hombre que encontró de la tribu. Estaba dispuesto a venir con nosotros, pues, según me dijo, "una vida no era suficiente para vengar la muerte de su padre, y aprovecharía la oportunidad para matar a unos cuantos más". Llamar asesino a este papua sería absurdo.

El punto débil de este sistema es que, generalmente, el hombre que es muerto en venganza, casi nunca tiene nada que ver con el que cometió el crimen que se venga en él; por ejemplo, cuando alguien ha muerto de muerte natural y la muerte es atribuida a hechicería. Por lo tanto, la cadena de venganzas no tiene fin.

Cada muerte debe ser pagada con otra, y es muy raro que alguna vez lleguen a estar iguales en esa materia.

A veces se acepta indemnizaciones en casos muy excepcionales, pero generalmente cuando la "vendetta" está en su apogeo, llamémoslo así, es muy difícil llegar a detenerla.

En ocasiones he podido convencer a una parte de que aceptara indemnización en la escala vigente, pero ha sido suficiente una insignificancia, un insulto

imaginario, para que la "vendetta" recuperase todo su furor.

La hechicería es un delito castigado por la ley, pero los papuas creen que la ley es demasiado benigna. Por ejemplo, he conocido casas en que un nativo mató a un hechicero y luego se entregó a un policía alegando que él lo había muerto, pues la muerte de su padre se la atribuía a él, y si se hizo justicia por su propia mano era porque consideraba que el castigo de la justicia no era suficiente.

En un país como Papua, en que el homicidio goza de universal estima, no es raro encontrar doquiera tatuajes y ornamentos especiales que pueden ostentar como privilegio y con honor únicamente aquellos que los han cometido.

Por ejemplo, el signo del pie del hornero es el distintivo del homicida en cierto distrito, mientras que en otras partes significan lo mismo la pluma del cacatúa blanco y la del ave del paraíso.

Como una demostración de esto voy a contar un caso de homicidio en que el criminal fué un jovencito, y en el que yo actué.

Parece, según propias declaraciones, que el motivo fué que la dama de sus sueños, en la aldea, no quería aceptar sus atenciones por no haber cometido ningún homicidio.

De modo que una noche oscura salió furtivamente de la aldea, sorprendió a una vieja de una tribu vecina sacando agua de un pozo y la mató, aprovechando de que era presa fácil; luego, al regreso, le contó a su novia lo que había hecho y fué en seguida aceptado.

Pero la novia era ya la mujer de otro hombre, como se lo hice notar, y cuando se lo dije me respondió con la mayor inocencia que "no tenía importancia, pues las muchachas solteras de la aldea habían sido todas asesinadas unas semanas antes por una tribu enemiga que había hecho una incursión por la aldea".

Las incursiones en las aldeas vecinas era cosa muy común en Papua hasta hace pocos años. La costumbre se está perdiendo y ya es muy rara en los lugares que están bajo el régimen europeo. Muy posible es que sean frecuentes en otras regiones, pero no tenemos noticia de ello. Esas incursiones no les hacen honor en modo alguno.

Una banda de guerreros cae sobre una tranquila aldea que no sospecha su triste suerte y mata y arrasa con todo, y hace prisioneros a aquellos a quienes no matan. Rara vez hacen alarde de coraje o de misericordia; es sólo el instinto primitivo de matar y robar.

Sin embargo, puedo contar de muchos casos de bravura de los papuas y creo que son de naturaleza más bien bondadosa que cruel; pero en cuanto a esos "raids", no he encontrado ninguna disculpa a los miles de papuas que han participado en ellos.

A veces los "raids" han sido llevados a cabo únicamente por divertirse o también para animar un poco la monotonía de la vida de la aldea, y en otras oportunidades para satisfacer la sed de sangre de esas tribus salvajes.

Tuve la fortuna de conocer a un viejo que en sus buenos tiempos había participado en sinnúmero de incursiones, y naturalmente, como ahora era viejo, se había llamado a sosiego. ¿Cuán-

cación artística tal vez, pero de mayor intensidad sentimental. Vera Vergani, no sé si lo sabéis todos los que la admirasteis en Buenos Aires, se casa y se retira del teatro. Se casa, según me lo han asegurado personas que pueden saberlo, dentro de muy poco tiempo con un alto funcionario de la marina mercante italiana. Mientras tanto, Andreina Pagnani, que ya ha cumplido el ciclo—ya se ha casado y vuelto al teatro—, toma, con la fuerza optimista de su juventud, el puesto vacante. A la fina comediante de la cara sombreada, que tiene en su haber artístico la variedad de cien heroínas, va a substituir esta muchacha de veinte y tantos años, cuya grande empresa se aguarda con la expectativa de una voz nueva.

Debo decir que no existe ninguna disposición en el Código Penal que castigue el canibalismo; únicamente figura como "intervención impropia con un cadáver humano". Actualmente el canibalismo no se practica más que en el interior.

Por cierto que se cometen muchos homicidios inspirados por motivos que también se encuentran entre la gente civilizada, asuntos pasionales, peleas, accesos de cólera, etc. Otros motivos son más incomprensibles para la gente civilizada. He conocido casos en que se ha muerto a personas únicamente porque querían demasiado; otros porque las víctimas no eran consideradas "buenas". Las jovencitas son asesinadas frecuentemente porque "hay muchas más". El primer proceso en que yo actué me pareció que presen-

ta cantidad de gente habrá muerto?

Me contaba con toda franqueza los hechos horribles en que había actuado.

Los jóvenes guerreros se organizaban en bandas, armados hasta los dientes, y salían en uno de esos "raids".

Me contaba cómo llegaban por caminos escondidos a las aldeas, a muchas millas de distancia, y cómo caían de improviso sobre los desarmados habitantes y



luego retornaban a su aldea con el botín, tras de haberlos muerto a todos, donde eran recibidos en triunfo por toda la aldea.

No tenían predilección por ninguna aldea especial; lo único que se requería era que estuviera desarmada y sus habitantes desprevenidos.

II

Los homicidios en Papua se cometen frecuentemente sólo por el gusto de matar.

Recuerdo un caso en que dos indígenas fueron asesinados mientras iban de una aldea a otra.

La razón por la cual los mataron, según declaración de los mismos criminales, era porque parecían tener hambre y frío, y aparentaban no estar contentos de la vida.

Especialmente las mujeres son objeto de ataques reiterados, y según declaración de un asesino que me tocó juzgar, es porque no oponen mayor resistencia y es más fácil matarlas. Es muy raro que maten a un blanco y me sorprendió mucho cuando un indígena me dijo una vez que habiendo encontrado un blanco dormido, había estado tentado de matarlo. "Si hubiera tenido la seguridad de que no iba a despertar, lo hubiera matado yo solo, pero traje a mi hermano para que me ayudara".

Entretanto, parece que el hombre blanco se despertó y continuó su camino, inconsciente del peligro a que había escapado.

En muchos casos las víctimas de estas incursiones son comidos, pero no sé de ninguna hecha con el único propósito de comerse a las seguras víctimas.

Pero parece que esta costumbre se está perdiendo.

Hace algunos años fuimos llamados en socorro de una tribu que se decía había sido devorada casi toda la población, pero felizmente resultó no ser cierto.

Debo decir que no existe ninguna disposición en el Código Penal que castigue el canibalismo; únicamente figura como "intervención impropia con un cadáver humano". Actualmente el canibalismo no se practica más que en el interior.

Por cierto que se cometen muchos homicidios inspirados por motivos que también se encuentran entre la gente civilizada, asuntos pasionales, peleas, accesos de cólera, etc. Otros motivos son más incomprensibles para la gente civilizada. He conocido casos en que se ha muerto a personas únicamente porque querían demasiado; otros porque las víctimas no eran consideradas "buenas". Las jovencitas son asesinadas frecuentemente porque "hay muchas más". El primer proceso en que yo actué me pareció que presen-

taba circunstancias que salían de lo común, pero bien pronto me desilusioné. El marido de una mujer había sido asesinado por el amante de ésta. El motivo era bien claro, pero había otro hombre de por medio en el asunto que, al parecer, no tenía nada que ver en él. No podía comprender qué tenía que hacer allí. Pero en el mismo proceso se llegó a esclarecer que el hombre era amigo del asesino y que había sido invitado por éste para ayudarlo en el asesinato.

El intérprete me explicó que aquél había tomado parte en el crimen únicamente a invitación de su amigo.

Muy sorprendido le pregunté, con un poco de ironía, si se aceptaban esa clase de invitaciones sin objeción. "Naturalmente, me contestó, y con seguridad que ayudaría a cualquiera que me lo pidiera en las mismas circunstancias".

Hay una historia muy conocida, de un coronel hindú que habiendo tenido una discusión acalorada en Londres con las autoridades, al salir a la calle se quitó la cólera dándole un feroz puntapié a un pacífico transeúnte que estaba atándose los botines. El mismo caso ocurre en Papua, con la diferencia de que el salvaje lleva su acción hasta el crimen en la primera persona que encuentra. Juzgué una vez a un nativo que sintiéndose molesto por el llanto de una criatura, mató a la madre que se encontraba con el niño en ese momento.

Otro caso parecido fué el de un salvaje que como no encontraba su cuchillo, rápidamente se volvió hacia un amigo que estaba sentado a su lado y le dió muerte.

Los crímenes rituales tienen lugar aparte, pero están desapareciendo a influjo de la civilización; con todo, no se puede llegar a la supresión absoluta de tales horrores y atrocidades del pasado en todo el territorio.

En el oeste de Papua era costumbre cada vez que se edificaba una casa, matar un hombre, lo mismo que cada vez que se botaba al agua por vez primera una canoa. Hace relativamente poco tiempo, un blanco fué muerto con el único objeto de que un jefe nativo adornara su casa con determinadas partes del cuerpo del blanco.

Ha decrecido considerablemente el asesinato de los blancos, como que este crimen era el primero desde hace diez años. En los últimos veinticinco años sólo seis blancos han sido asesinados. También han disminuido los asesinatos de nativos, pero han aumentado los robos. El grado de honestidad era bastante elevado antes de la llegada de los europeos, probablemente porque no había mucho que robar y también porque el ladrón era severamente castigado si lo prendían.

Actualmente los nativos roban dinero y tabaco, y se ha dado el caso de que el gobernador indígena de una aldea haya atacado y robado al de otra aldea. Casos de violación no son raros.

El bailar y el tocar el tambor constituye delito punible después de las nueve de la noche. Se les permite conservar dentro de lo posible sus costumbres, especialmente las de matrimonio. Hemos elaborado para los papuanos una legislación mucho más liberal que la que podríamos soñar para nosotros mismos. Nos hemos visto obligados a aceptar los brujos y sus brujerías, en vista de que son ellos tan sinceros como aquellos que van en busca de sus prácticas. Con todo, tenemos que castigar la brujería para evitar las venganzas que suscita.

La mayoría de los nativos tiene al brujo un terror pánico y

no hay nada que me haya movido más a compasión que el horror que se leía en el rostro de un papuano a quien se le pidió que contase cómo había hecho para matar a un brujo que, según él, era el responsable de la muerte de su padre y de su madre.

Estoy convencido de que el indígena esperaba que el muerto resucitara y lo matara a él en el acto.

Y también he conocido casos en que se jactaba un nativo de haber dado muerte a un brujo y se proclamaba poco menos que bienhechor público, y por cierto que, en cierto modo, lo es.

Castigamos el adulterio con poco tiempo de prisión. También la propalación de noticias infundadas es castigada, debido a la costumbre de los nativos de propagar noticias de los blancos en peligro en los distritos lejanos.

En más de una oportunidad y sin poder saber a qué alenarnos, hemos salido en expediciones de auxilio.

Recuerdo de un caso en que se dijo que las piernas de un soldado que estaba en patrulla se habían encontrado entre unos matorrales y que el resto de su cuerpo había sido devorado por los nativos. Después de mucho trabajo conseguimos averiguar que eran infundados tales rumores; en conexión con este asunto ocurrió un incidente curioso. Un policía nativo me vino a decir que había oído que el pastor, en una de las iglesias, había dicho a los oyentes que si no atendían más regularmente sus obligaciones para con la iglesia, serían todos quemados en una gran fogata. El policía quería saber si tenía que arrestar al pastor por propalar cosas infundadas.

La pena de muerte no se aplica a los nativos por ningún crimen, únicamente en el caso de que sea lo suficientemente civilizado para darse cuenta de lo que hace, y si es así, es decir, civilizado, casi con seguridad que no comete crimen.

El castigo varía entre siete años de prisión y una simple amonestación, pues lo que entre nosotros es un crimen, entre ellos es sólo una costumbre.

Mi experiencia en esos casos es que el culpable debe ser capturado de todas maneras y cueste lo que cueste, pues así se les inculca la idea de que el brazo de la ley es suficientemente poderoso para encontrarlos, se hallen donde se hallen.

Los papuanos son de naturaleza gentes dóciles y tranquilas, y se adaptan fácilmente a las condiciones de vida que les hemos impuesto. Muchos de sus crímenes deben disculparse, en vista de que es la única forma de conservar el orden entre ellos y de hacerse justicia. Sin embargo, algunas veces demuestran una sed de sangre y de crimen verdaderamente incomprensible e imposible de impedir.

Para los papuanos, a pesar de ser sumamente ignorantes, tendré siempre un recuerdo cariñoso. Como digo, anteriormente, muchos de sus crímenes son disculpables. Hace poco tiempo tuve que intervenir en un caso en que había varios muchachos, quienes habían hecho una incursión a una aldea vecina para vengarse de un ataque que les habían llevado hacia algún tiempo, y en que ellos habían perdido algunas vidas. Sabían muy bien que debían de haber esperado a que el gobierno interviniera.

Cuando les pregunté qué tenían que decir en su defensa, uno de ellos, dando un paso al frente, me dijo: "Esos hombres mataron a mi hermano, ¿debia de haberme quedado sentado en mi casa y esperar a que el gobierno vengara la muerte de mi hermano?".

Espero que el castigo que les di no haya sido demasiado indulgente.

LA PRIMERA ACTRIZ MAS JOVEN

(Continuación de la pág. 15)

ña con Ruggero Lupi. Con Lupi y Cimara, que, terminados sus compromisos actuales, ya han decidido trabajar conmigo.

Y como son figuras tan familiares para nuestro público, bien vale la pena decirlo. Tal vez, casi seguramente, dentro de un par de años volveremos a ver a Andreina Pagnani junto a la gran figura escénica que es Lupi, acompañada por el galán, grato y para ella apropiado, que es Cimara. Andreina Pagnani ocupará el lugar de Vera Vergani, mientras Vera Vergani pasará a ocupar otro lugar, de menos signifi-



EL ADVENIMIENTO DE ROSAS

(Continuación de la página 4)

El largo proceso de su encumbramiento llegaba así a su fin. Había obrado hasta ese momento con singular astucia y disimulo. Desde los términos de sus conversaciones personales y epistolares con Lavalle hasta las argucias y dobleces que usó con él, muestran la última fase de aquel proceso que tan eficientemente habría de facilitar su advenimiento. Además, a Rosas no le halagaba llegar precisamente al poder en circunstancias tranquilas y significando su elección una simple solución normal. Por eso su actividad política en los años anteriores había sido tan escasa, desde que no pudo surgir entre las agitaciones del caos del año 20 o en medio de la caída de Rivadavia. En cambio, en 1829 era gobernador como "Restaurador de las leyes", título de que ya no se apartaría, y tenía el derecho de usar en razón de lo excepcional de las circunstancias y de las facultades extraordinarias. Antes de que se le eligiera exigió la garantía de que su gobierno dispondría de ese privilegio propio de los despotas o de los momentos de crisis revolucionaria. Se perfiló así el hombre que a la terminación de su gobierno, renunció a su reelección "sin facultades extraordinarias", pero aceptó poco después la nueva elección cuando se le otorgaron esas facultades, a condición de que también se depositara en sus manos la "Suma del Poder Público". Esa fue en él una característica. Antes de llegar al poder, todos los disimulos para obtener todos los beneficios. Después de sentarse en el Gobierno, el abandono de todo escrupulo.

Así en 1829. Una vez electo y en posesión del mando, no sintió necesidad alguna de mantener el disimulo con que había obrado hasta entonces. Recogió el fruto de su obra, y seguramente para dejar constancia expresa de que era su obra la que se consumaba con su elección, dejó constituido de inmediato su Ministerio con las mismas personas que exigió que designara Lavalle al precipitar la renuncia de del Carril y Díaz Vélez en las vísperas del pacto de Barracas: los señores Guido, García y Escalada. Contribuye a considerarlo así, el hecho de que Escalada renunció en el acto y fue reemplazado por el general Balcarce. Imposible que Rosas no le hubiera consultado su parecer o ignorara su inclinación. Lo nombró para "documentar" hasta qué punto había primado su opinión hasta ese momento, como había de primar después.

El comienzo del gobierno de Rosas es el comienzo de la tiranía. Se ha pretendido que en este primer periodo fue un gobernante manso o por lo menos inferior en ferocidad y arbitrariedades al de los días sombríos de 1840. Pero desde entonces se manchó con sangre, y desde entonces comenzaron las célebres "clasificaciones" de amigos y enemigos y el uso obligatorio de la divisa roja, que Viamonte en su interinato intentó prohibir por un decreto. Aunque el decreto se dictó, Rosas era más fuerte que el gobernador, y no sólo lo desató como comandante de campaña, sino que impuso la divisa como gobernador, bajo penas severas. Meses después de su exaltación al mando hizo ejecutar bárbaramente al mayor Montero, entregándole un sobre cerrado cuyo contenido ignoraba la víctima, dirigido a su hermano D. Prudencio Rosas, y que contenía la orden del destinatario de que lo ultimara en el mismo momento de recibir dicha orden. Y poco después perecían

en San Nicolás por orden del mismo Rosas los prisioneros tomados a las fuerzas del general Paz, y con ellos el niño Montenegro, de catorce años de edad, por el delito de haber querido acompañar a su padre en su infortunio. No puede negarse que el hombre que cedió la banda de gobernador era ya el despota de cuerpo entero.

Existe un valioso documento de un testigo calificado que hace la relación de las ideas de gobierno expuestas por Rosas en el momento de asumir el mando. Es el señor Santiago Vázquez, agente del Estado Oriental desde que éste fue erigido en nación independiente por el tratado de paz con el Brasil. Fue reconocido en tal carácter por el gobierno provisional del general Viamonte. El día 8 de diciembre, en que Rosas tomó posesión del mando, se apersonó a su despacho para presentarle sus saludos. Ha relatado el señor Vázquez lo ocurrido en una nota oficial a su gobierno, del más vivo interés, y que publicó D. Andrés Lamas en la "Revista del Río de la Plata" (tomo V, pág. 599). Por lo pronto, Rosas no lo recibió. Le dejó sus saludos al señor Vázquez con el oficial mayor de Relaciones Exteriores, señor Moreno (D. Esteban José), y pidió a éste que le manifestara que era su deseo darle noticia oficial de que tenía comunicaciones de su gobierno con relación a las especies que se habían propagado sobre reunión armada en el territorio oriental por jefes argentinos; que tales especies, igualmente bochornosas para ambos gobiernos, carecían de fundamento, y que conociendo que aquellos momentos eran importunos y deseando también acelerar este conocimiento a S. E., le encargaba se lo transmitiera y evitaba distraerle de sus atenciones. Con esto se retiró el señor Vázquez a su alojamiento. Pero a poco recibió allí un billete del señor Moreno manifestándole que S. E. había lamentado que se retirara en momentos en que iba a recibirlo; que deseaba hablarle en privado y le rogaba que si no le era molesto, lo visitase en la noche.

Fue el señor Vázquez a la Casa de Gobierno, y en la nota mencionada ha protocolizado la interesante conferencia. Aparte de lo que se refiere al punto concreto de las reuniones de gente armada en el Estado Oriental, ella consistió en un soliloquio de Rosas sobre su política y su sistema de gobierno. El señor Vázquez asegura que lo ha redactado "con absoluta exactitud en la substancia y en el modo". A continuación dice: "el señor gobernador habla", y pone en boca de Rosas textualmente estas palabras: "Aquí me tiene usted, señor Vázquez, en el puesto de que me he creído siempre más distante. Las circunstancias me han conducido. Trataremos de hacer lo mejor que se pueda; de evitar nuevos males. Yo nunca creí que llegase este caso ni lo deseaba porque no soy para ello; pero así lo han querido y han acercado una época que yo temía hace ya mucho tiempo, porque yo, señor Vázquez, he tenido siempre mi sistema particular y voy a manifestarle a usted francamente cómo lo he seguido desde que empecé a figurar". Obsérvese la forma ladina de expresarse. A continuación de decir que nunca pensó llegara el caso de que él fuera al gobierno, dice que hace tiempo lo temía, y confiesa que siempre ha tenido su sistema particular. Es el gaucha taimado queriendo ser hombre fino: la falsa modestia apenas cubriendo la jactancia reventona.

Y he aquí ahora expresado por él mismo el sistema particular de Rosas: "Conozco y respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivada-

via, Agüero y otros de su tiempo; pero a mi parecer, todos cometían un grande error, porque yo considero en los hombres de este país dos cosas, lo físico y lo moral; los gobiernos cuidaban mucho de esto, pero descuidaban aquello, quiero decir, que se conducían muy bien para la gente ilustrada que es lo que yo llamo moral, pero despreciaban lo físico, pues, los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio y me pareció que en los lances de la revolución los mismos partidos habían de dar lugar a que esta clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores: me pareció, pues, desde entonces, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa clase para contenerla o para dirigirla, y me propuse adquirir esa influencia a toda costa. Para esto me fué preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios de comodidades y de dinero, hacerme gaucha como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacen; protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin, no ahorrar trabajo ni medios para adquirir más su concepto". No puede pedirse una confesión más amplia de la ambición desmedida que gobernó su vida. No hay en él un ideal, un concepto levantado, una fuerza espiritual cualquiera. No hay más que la ambición de mando. Para ello usó el medio tan viejo como el mundo de halagar las bajas pasiones y los instintos primitivos de la plebe. Para eso dividió la sociedad en odios irreconciliables. Su chusma odió a las clases ilustradas, y más que eso, odió la cultura, el progreso, el espíritu de civilización. Sus adversarios odiaron su sistema y la base en que se asentaba, que era la misma plebe servil, tropa de espiones que habían de delatar al amo cualquier manifestación de libertad, ebrios de sangre y de venganza contra quienes jamás los habían perseguido ni maltratado, y por el contrario, quisieron elevarlos a la condición de hombres libres. Allí está el sistema de Rosas descrito por él mismo.

Y continúa sus incoherencias y contradicciones: "Esta conducta me atrajo los celos y las persecuciones de los gobiernos, en lo que no sabían lo que se hacían, porque mis principios han sido siempre, obediencia a las autoridades y a las leyes. Así es que para seguir este sistema he sufrido muchos riesgos y conocía que hasta mi vida peligraba muchas veces, pero no era fácil que Juan Manuel Rosas retrogradase de lo que se había propuesto". Esta forma de hablar en tercera persona es bien característica. La jactancia del taimado tiene en ella su expresión más neta. Es, a pesar de todo, una manera indirecta de hablar; esa a que son inclinados, porque los extremos se tocan, o los grandes espíritus o los que simplemente buscan más la curva que la línea recta.

Y sigue hablando Rosas, a raíz de decir que no esperaba llegar al gobierno: "Yo he observado en medio de estos riesgos la exactitud de mis ideas, porque he visto asomar por tres veces esa época que calculaba; una, el año 15, otra el año 20 y otra ahora. En el año 20 nada se hubiera hecho sin mis esfuerzos; después aumenté mi influencia hasta donde puede aumentarse, porque usted no tendrá idea de que los indios se nos hayan unido nunca para hacer la guerra a los mismos indios, ¡pues yo hice que acompañasen a Rauch seiscientos indios de pelea! ¿Quién hizo eso sino Rosas? Sin embargo, fui perseguido el año 20; lo fui por la Presidencia de

todos modos; lo fui en tiempo de Dorrego, que tenía la misma desconfianza que nosotros: en tiempo de éste renuncié a la comandancia de campaña, pero no se me admitió la renuncia; mi conducta siempre ha sido la misma; muchos creen que soy federal pero se equivocan; yo no soy federal, no señor, no soy de partido ninguno, sino de la patria, ni tampoco he deseado estas cosas, muy al contrario".

El hombre que pocos días después mandaría desenterrar el cadáver de Dorrego para rendirle honores excepcionales como mártir de la causa federal de que se dijo él sostenedor; el hombre que como acaba de recordarse impuso el uso obligatorio de la divisa roja como emblema de la causa santa de la Federación, terminó así de hablar al señor Vázquez, después de referirse a los sucesos de la guerra civil: "Por fin llegaron las cosas al estado que usted ve, y aquí me tiene usted empeñado en este lugar en circunstancias tan difíciles. Todos dicen que soy federal y yo me río. Ya dije a

usted que yo no soy federal: nunca he pertenecido a semejante partido; si hubiera pertenecido le hubiera dado dirección porque, como usted sabe, nunca la ha tenido. ¡Ese Dorrego!... ¡Mire usted qué cabeza! Nadie lo conocía mejor que yo. En fin, todo lo que yo quiero es evitar males y restablecer las instituciones, pero siento que me hayan traído a este puesto porque no soy para gobernar". Todos dicen que soy federal, y yo me río, dijo Rosas. Así debió reírse también de su grito de guerra: "¡Viva la Confederación Argentina. Mueran los inmundos, asquerosos unitarios!" Y también: "¡Abajo el loco traidor, salvaje unitario Urquiza!" Debía reír, como habría reído entre sus apretados labios, tan finos y sutiles como la crueldad, si hubiera sospechado que con el correr de los años habría todavía quien creyera que fue realmente un federal, y que no fue en cambio el espíritu más absorbente y el gobernante más centralista, sin hacer caudal de su primitivismo, que el país haya conocido jamás.

Emprenda usted confiado sus empresas



pero asegúrese previamente en la Sud América.

El entusiasmo y la audacia, propios de la juventud, son los factores del éxito en la vida, pero también los más frecuentes orígenes de desengaños.

¿Qué importa sin embargo, si la suerte no lo favorece en sus empresas, estando Vd. asegurado en la Sud América?

Ella le garantiza un CAPITAL O UNA RENTA en un plazo cuyo término fijará usted a voluntad.

Le proporcionará UNA RENTA en caso de quedar incapacitado para el trabajo. Le permitirá adquirir fondos si fuera necesario, con la única garantía de la póliza, evitando que caiga usted en las garras de la usura.

Protegerá su vejez y la de sus ancianos padres y Asegurará el porvenir de su esposa e hijos si la fatalidad los privara para siempre de su apoyo.

Cualquiera sea su estado y condición, en la Sud América hay siempre un Seguro de Vida ventajoso para Vd. Remítanos llenado el cupón adjunto y le informaremos.



SUD AMERICA

Diagonal Roque Sáenz Peña 530 — Buenos Aires
U. T. Av. 5531 con 4 líneas y 20 aparatos internos.

A10 Sirvanse enviarme sin compromiso, datos acerca del Seguro de Vida que me convendría.

Nombre.....
Dirección.....
Profesión.....
Edad.....
Suma que podría ahorrar por año.....

GUILLERMO II Y HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN



A sido publicada recientemente la correspondencia de un escritor muy leído, Houston Stewart Chamberlain. En ella figuran las cartas de Guillermo II al apóstol del germanismo beligerante.

Conocéis seguramente a Chamberlain, que murió en 1927. Nacido en Inglaterra, en Portsmouth, en 1855, amó sobre todos los pueblos a Alemania Imperial, fué educado en Versalles entre monumentos y tradiciones franceses y residió en Viena por espacio de veinte años. Hijo de un marino inglés de alta graduación, parecía destinado a prosperar fuera del reino británico. Habla tres lenguas europeas, se movía entre tres naciones, como hombre sin patria y sin hogar seguro, dominado por opuestas influencias. Inglés, apenas conoce su pueblo y permanece fiel a él, sin embargo; ama la literatura francesa de tal manera, que no puede pasar día de su vida sin leer textos de escritores galos; germano de espíritu, le embelesa y conquista definitivamente lo alemán. Se instala en Viena y no en Berlín, como si quisiera buscar una ciudad que no fuera ni prusiana ni latina y aquietar allí su espíritu sin unidad.

En 1899 entregó al entusiasmo de los germanos su libro capital, paradójico, difuso, erudito, de título ambicioso, "Fundamentos del Siglo XIX". Antes y después consagró a Kant y a Wagner estudios parciales y densos volúmenes.

Chamberlain fué discípulo de Gobineau, que exaltara en su célebre "Ensayo" a los teutones, vigorosos como Alcides, temerarios como Teseo. Los alemanes puros no se hallan, según Gobineau, dentro de los límites del Reich, sino en Dinamarca, en Hanóver, en Alsacia y, sobre todo, entre los ingleses, allí donde el individuo es todo y la nación poca cosa. Chamberlain cree en la existencia de una humanidad privilegiada, en cuyo seno dominan los arios y sus descendientes, la primera de las estirpes. Ellos llevan a todas las regiones impetu, nobleza y cultura. Al lado del germano figuran el celta y el eslavo, unidos a él, pero en condición inferior. El germano, moderno ario de ojos claros y estatura imperiosa, se siente capacitado para el señorío. Pertenece a una raza pura y ello da a sus actos regularidad y firmeza. En un pueblo sin bastarda cada ciudadano se muestra seguro de sí, animado de sobrehumano vigor. En cambio, el mestizo y el híbrido (1) nos inquietan porque oscilan, agitados por herencias contrarias. Todo es, en su vida, mórbida incertidumbre y degeneración, el "chaos gentium" en que se abismó el Imperio romano.

Hallamos, en las cartas reunidas, confirmaciones a las tesis del libro fundamental o restricciones puestas por Chamberlain después de nuevos estudios. Abandona en general a celtas y eslavos y sólo confía en los germanos.

Guillermo II es lector y admirador de las "Grundlagen", los Fundamentos. Ha estudiado el tratado imponente y le granjea lectores entre sus amigos. No sólo elogia la doctrina, sino los dones de exposición del autor, la admirable facultad con que le ha dotado la Providencia para que sepa dar siempre definitiva forma a los pensamientos que preocupan al emperador. Chamberlain escribe al Kaiser que la salud del género humano está ligada al desarrollo y al porvenir del gran tesoro, a la acción del imperio santo sobre el mundo. El es inglés, no remiata de su patria terrestre

pero se asocia a su correspondencia coronada en la libre ciudad de los grandes espíritus, en la sede del germanismo puro. Vaticina que mientras gobiernen Alemania los Hohenzollern, dinastía incomparable, la nación en creciente extenderá sus dominios espirituales y temporales. En verdad, antes de que transcurran dos siglos, ninguna zona del globo escapará a su influencia incitadora y renovadora. "Dios sólo construye en nuestra época sobre un basamento inmovible, el hombre germano".

La correspondencia entre el emperador y el escritor empieza en enero de 1901. En octubre del mismo año, Chamberlain es recibido en Potsdam como huésped. El héroe y el comentarista se conciertan, celebran profunda alianza y, desde entonces, a manera de conmitones entre los cuales no cabe disputa, se preparan a dilatar el imperio de la tudesca. A veces el Kaiser contesta en breves líneas, porque no sabe derramarse en epístolas. No importa: las numerosas e importantes cartas del eremita que, desde un modesto departamento de Viena, avizora el futuro y dirige admoniciones a una raza, llegan al palacio berlinés, siguen al soberano en sus andanzas. Cuando a éste le hostiliza su pueblo injusto, escribe, desmarrado y sin esperanza, a Chamberlain, que es hijo desgraciado de los hombres y que éstos le llevan amargura como galardón porque no le comprenden.

Wagner fué protegido por un artista que ocupaba un trono, Luis de Baviera. Chamberlain se ufana de conquistar para sí la amistad de Guillermo II. Su ideal había sido siempre el topar en su camino con un hombre de vastos horizontes. Frente al guerrero, él representa los derechos del espíritu. Recuerda que entre los arios, los príncipes se inclinaban ante el pensamiento puro, sabían que la idea predomina sobre la acción. ¿Aceptará el Señor armado de Potsdam este orden impuesto por el escritor? El Kaiser se cree instrumento de Dios, vive en relación estrecha y directa con Él. Se rodea de aliados en el arduo combate por la verdad y el bien, pero no reconoce preeminencias en los que "batallan con la pluma". Mientras él sigue inspiraciones de lo alto y esparce la cultura esencial y la buena doctrina por la tierra, enstando a amigos y turbando a enemigos, ¿cuál será la actitud de su devoto correspondiente? Agente de poderes divinos, se convertirá en aliado del emperador. Ha sido, sin duda, designado en los consejos del Cielo para servir al pontífice máximo del germanismo como "hermano de armas" y compañero constante.

Asociados, van a luchar ambos con los poderes del mal, la Roma de las Papas que lleva a todas las regiones opresión y muerte, Jerusalén y sus activos ministros de disociación, los israelitas. El alemanismo, "causa enteramente buena y divina", vencerá, después de larga cruzada, a sus enemigos coaligados. Chamberlain ha demostrado ya a los católicos de Alemania, de quienes desconfía Guillermo II, que el poder eclesiástico romano puede incitarles contra su propia nación y que desde una capital extranjera les mantiene en "vergonzosa esclavitud".

El emperador exalta siempre, en sus cartas, al gran escritor que ha puesto orden en el pasado de la raza, donde reinaba hasta ahora confusión; ha llevado luz al seno de las tinieblas, y defiende la riqueza y la excelencia de la lengua tudesca con empeño. De los "Fundamentos" escribe que

POR

FRANCISCO
GARCIA
CALDERON

(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1929.

constituyen el Corán del germanismo: donde quiera levantan legiones, aguijan a pueblos que parecían inclinados a olvidar sus propias tradiciones gloriosas, condenan a los infieles y a los bárbaros en severos versículos. A una colectividad incierta en sus rumbos, ofrece el tratado las riquezas espirituales del admirable legado indoario. No se fatiga el correspondiente al enumerar los dones del filósofo



La sonrisa satisfecha del ex Kaiser

que ha encontrado, en sus investigaciones, el perdido hontanar de aguas puras y regeneradoras. Al pie de sus cartas escribe siempre: vuestro fiel honrador y admirador. A su vez, Chamberlain le saluda como al primer alemán del mundo, defendido, nota fervorosamente, por una coraza de corazones; rodeado de amor y de respeto que forman, en torno a su persona imperatoria, círculos concéntricos. ¿Quién puede rivalizar con el Príncipe y pastor, conducido por la firme mano de la divinidad a la conquista del vasto mundo?

Observamos, a medida que se desarrolla este intercambio de ideas, pesimismo insistente en el escritor. En todas partes descubre regresión o decadencia. Los Estados Unidos van siendo envenenados por la sangre de los negros. En la misma Inglaterra, domina de tal forma el dinero que, como se ha observado con acierto, quien posee tres millones de libras esterlinas llega a ser par del reino. Así perecen el altivo patriado, los árbitros del mar, los procónsules rasurados, los personajes de Meredith, a quienes el orgullo servía de espina dorsal. Chamberlain explica que Rusia se convierte en reino tártaro, lamenta que los judíos inficionen a Alemania y a otros pueblos con un sutil veneno que los disocia y paraliza.

Al estallar la guerra de 1914 turbó al escritor, que era inglés de origen y alemán de cultura. ¿Qué dirección seguiría en el terrible choque de ambiciones y de pasiones? Se había establecido en Bayreuth como devoto del culto wagneriano. En vano dedicó a la gloria del Reich una obra in-

mortal. Le denuncian como espía, le critican, le aprietan. Multiplica entonces testimonios de su amor a los alemanes y antedice triunfos para sus ejércitos. Con folletos, con artículos, colabora en el choque de ideales y de intereses. Antes de esta lucha a muerte entre anglosajones y teutones, juntos, el emperador y el pensador admiraban el poder inglés, a pesar de que el último explicaba a sus discípulos que el reino británico se había "yanquizado". Ahora definen ambos el sentido de impías batallas. Guillermo II escribe a su correspondiente en 1917: en esta guerra se oponen dos concepciones del mundo, la germánica, que combate por la moral, el derecho, la verdad y la libertad, y el poder de Mammón, o sea el dinero, la mentira, la avaricia, para aquistar y dominar. El oro ha instalado su trono en una isla de mercaderes. Según Chamberlain, que no olvida a los israelitas, batallan por el imperio de la tierra el judaísmo y el americanismo, que es semejable a él; la civilización de técnicos, mecanizada, se contraponen a la cultura de antiguas razas santas que renacen ahora con vigor.

Chamberlain se propone en plena guerra crear la religión de los nuevos arios, fe interior sin frivolidad y sin ceremonias. Ya en los "Fundamentos" había antedicho que de Alemania surgiría la creencia para los tiempos venideros. El Cristo germánico salvará a las naciones de la muerte. Este Jesús viril habitará fuertes corazonas, no templos donde el incienso se eleva hasta ídolos dorados. Jesús no era judío, según se empeña en demostrarlo Chamberlain, sino ario. En Palestina y en Galilea florecieron poblaciones de esta última raza, como los armoritas y los filisteos. Frente a este credo puro, la religión de los pueblos mediterráneos es superstición y fetiquismo. El místico que se eleva a regiones ultraterrenas sin intermediarios y dialoga con Dios en la celda secreta de su conciencia, sólo entre alemanes abunda y esclarece todas las edades. En uno de los artículos de su credo expuesto en estas cartas con frecuencia, Chamberlain escribe que no reconoce como igual a él en derechos a criatura alguna que no honre a Dios en la persona de Jesús. Los enemigos de Cristo son sus enemigos. Se prepara así a levantar autos de fe, mientras avanzan, en la guerra, los cruzados de esta iglesia intolerante por tierras de Francia y de Rusia, de Italia y de Oriente, destruyendo y depurando. Nadie podrá detener a legiones guiadas por el Cristo rubio, enemigo de los semitas.

Termina el conflicto europeo con el vencimiento del Reich. Fenece así la esperanza del escritor, quien se cree entonces condenado a la reclusión y al silencio por orden de Dios. Europa ha sido balcanizada. Los eslavos inferiores, checos, serbios, aquellos que siempre se le antojaron inaptos para el ejercicio de la libertad, han granjeado en virtud del injusto e imprevisor tratado de Versalles, independencia completa. Llega, en estos duros tiempos, para la misión y para la fe del pensador, un eclipse temporal. Junto a él otros esperan. Su esperanza no se abisma, pero va enflaqueciéndose su esfuerzo, porque entre tantas ruinas es difícil descubrir una ruta clara. Sin la monarquía, sin la influencia de tutores incomparables, Alemania no puede conservar su poder. Tal es, después de la derrota, la convicción del "fiel aliado" del emperador. Entretanto, Spengler antedice el acabamiento de nuestra civilización. Keyserling, que ha si-

do amigo de Chamberlain, y en cierta manera su discípulo, se obstina en anunciar el renacimiento alemán, condena a los Catones alemanes, "laudatores temporis acti", que no comprenden el espíritu de su tiempo. El maestro lee los artículos y los libros del mago y en ellos sólo encuentra un caos de ideas, ambiciones que se contradicen, errores, ilusivas paradojas destinadas a divertir pero no a convencer; todo ello vaciado en lengua destestable.

Desde junio de 1918 hasta agosto de 1921, el emperador entristecido, no le escribe. ¿Habrá muerto en esta alma heroica la fe en el germanismo esencial? Chamberlain ha publicado un volumen, "Hombre y Dios". Lo lee Guillermo II, lo pone en manos de sus amigos, como hiciera en otra época con las "Grundlagen". Desde su reclusión en Holanda, saluda al nuevo Lutero enviado por Dios a Alemania doliente para que prepare una segunda Reforma. La Iglesia teutona se ha mostrado indigna de su misión, ha transigido con la revolución de 1918 porque había penetrado en ella el virus semita. Chamberlain, enfermo, amenazado de perlección, encerrado en su biblioteca, lee a los clásicos franceses y se prepara a morir. Antes afirma en frases perentorias que Dios ha creado a los alemanes con un alto fin: los destina a la redención de la humanidad entera.

Entre sus últimas epístolas, las que dirigió al célebre jefe de los racistas alemanes, a Adolf Hitler, en 1923, obedecen a la misma inspiración religiosa. El pensador espera que Hitler, místico acedo, virulento profeta, superhombre para sus compañeros, devolverá quizá al Reich su supremacía. En cierta manera, es su agente. Denuncia, como él, la invasión judaica, la democracia le parece régimen hebreo impuesto por el extranjero a Alemania venciada; el marxismo, doctrina semítica. Afirma que en la guerra de 1914 se asociaron los israelitas de todos los continentes contra el Imperio, postre baluarte del noble arianismo. Hitler predica rotunda campaña contra el César romano, contra el Papa. Sólo él defiende la libertad de la nación. Como paladín que nada teme, al frente de una gallarda minoría, consuela a Chamberlain, postrado, puebla con visiones de restauración y de victoria el severo gabinete del filósofo (2).

(1) En mi libro "El Dilema de la Gran Guerra" he citado opiniones de Chamberlain que demuestran su desdén por las repúblicas de América Española, en las cuales ha llegado el mestizaje a terribles extremos. "Entre los habitantes del centro de Australia, escribe, a quienes llamamos salvajes, encontraríamos seguramente un tipo más armonioso y más digno desde el punto de vista humano, una más sagrada individualidad que entre los desgraciados paraguayos, peruanos, etc. (p. 178). Gobineau en su ensayo "sobre la desigualdad de las razas humanas", de 1854, decía ya que un general improvisado de la Argentina o un ciudadano de la República mejicana son parientes cercanos del Botocudo antropófago.

(2) Léase mi libro "El Espíritu de la Nueva Alemania", p. 31 y sigtes.





De Marcial Lalanda



I más apurada escapatoria de la muerte no tiene un carácter tan romántico como la de Larita. Está a tan cerca de la muerte como él, pero no me atrevo a decir que mi salvación se deba a un milagro. Se debió, principalmente, a mi presencia de ánimo, a mi capacidad deportiva y a una actitud que vi practicada a menudo por los vaqueros en las dehesas. El toro corre con mucha rapidez—con mucha más rapidez, desde luego, que el hombre—no sólo en línea recta, sino también en zigzag, si es que el perseguido así lo hace. De empezarse a huir desde el centro de la plaza, es poco probable que se pueda llegar a la barrera antes que el toro y saltarla. El único medio para evitar ser herido o muerto es, en teoría, muy sencillo, aunque en la realidad ofrece muchas dificultades. Es necesario tirarse al suelo en el momento preciso en que se enfrenta a la cabeza del animal. De lo contrario, si se hace dos pasos antes del momento crítico, el toro tiene tiempo para ver cómo la persona se arroja en tierra y, en ese caso, se detiene y entierra sus cuernos dentro del cuerpo. Es necesario, repito, tirarse al suelo con precisión matemática. Eso es lo que hice en la plaza de Valencia. El toro que ha tomado velocidad y que está lleno de furia, escasamente si acierta a divisar algo que le enfrente y el hombre logra, mediante la estratagema descrita, burlarle. A todo lo que uno se expone es a la posibilidad de recibir algunos fuertes golpes con las patas de la bestia.

De Matías Lara (Larita)

Sucedió en la plaza de toros de Sevilla... Comprendo que

esto comienza como si se tratase de una novela, pero yo no tengo la culpa de que, en nuestra profesión, la realidad revista contornos románticos con harta frecuencia. El escenario, repito, era el ruedo sevillano, no muy grande, construido a la vieja manera, en que el amarillo obscuro pone una pincelada alegre y pintoresca. Me recuerdo de ello lo mismo que si hubiese ocurrido ayer. Mi enemigo era un toro negro y grande, de la ganadería de Miura. Los toros de esta clase son fuertes y salvajes y la mayoría de los toreros no se muestran partidarios de lidiarlos. No puedo precisar la razón, pero aquel día, en particular, me sentía nervioso. Y mi nerviosidad creció al comprobar que el toro ya había matado cuatro caballos. Tras los picadores, cumplieron su cometido los banderilleros, y, finalmente, me llegó el turno. No entraré en detalles. Sólo diré que, después de los primeros pases de "muleta", me cercioré de que el toro era uno de esos que, más inteligentes que sus hermanos, comprenden que el verdadero enemigo no es el trazo rojo con que se les excita, sino el hombre que lo mueve. En nuestro lenguaje técnico llamamos a esos toros "traidores" o decimos que "tienen malas intenciones".

"Este toro era un "traidor" de la peor especie. Vez que yo ponía la "muleta" ante sus ojos, vez que él dirigía sus cuernos en dirección contraria, con la intención evidente de alcanzar mi cuerpo. Presenta muchas dificultades protegerse contra estos "bichos". Aumentaba mi nerviosidad y yo ya me anticipaba la peor suerte imaginable. Estaba obligado, sin embargo, a proseguir la lidia, porque un torero que posee el sentido del honor no puede abandonar la tarea: su mayor ignominia consiste en dejar con vida a la bestia, mientras él no esté gravemen-

EMOCIONANTES
RELATOS
DE LA
TAUROMAQUIA

Un soberbio
pase natural
de Marcial
Lalanda

Un ceñido
pase de pe-
cho de Mar-
cial Lalanda

te herido. Puse, pues, la "muleta" frente al testuz del toro; de pronto, con un rápido movimiento de sus astas, el animal apartó la "muleta" y a continuación experimenté un violento encontronazo con uno de los cuernos.

"Me creí perdido. La Santísima Virgen, a la que yo había implorado, me protegió, no obstante. Se operó un verdadero milagro: en lugar de penetrar en mi cuerpo, el cuerno del toro se aposentó entre mi falda y mi camisa. La bestia, furiosa, me zarandó en el aire. Todavía me acuerdo de las caras de espanto de los espectadores, que estaban seguros de que el toro me había herido seriamente, quizá mortalmente. Con el propósito de convencerlos de que nada de gravedad me había sucedido y que estaba ileso, tuve—a pesar de hallarme en el aire—la presencia de ánimo suficiente para hacer una señal con la mano. Un momento más tarde, el toro me arrojaba violentamente contra el suelo. Me sentí lastimado, pero ello no tenía importancia, si se le comparaba con el peligro que acababa de correr.

"El toro echó a correr como un poseído y tuve el tiempo necesario para recoger mi espada. La ovación que el público me tributó por haber salido con felicidad de aquella pesadilla es indescriptible y puedo asegurar que esa tarde, que pudo serme fatal, fué una de las de mis grandes triunfos. Maté al toro con un arte y una rapidez apenas conocidos en los anales de la tauromaquia. Y no necesito decir que, terminada la corrida, fui a la Catedral y me postré de hinojos ante la Virgen, para darle las gracias por el milagro que realizó al



protegerme contra una muerte segura".

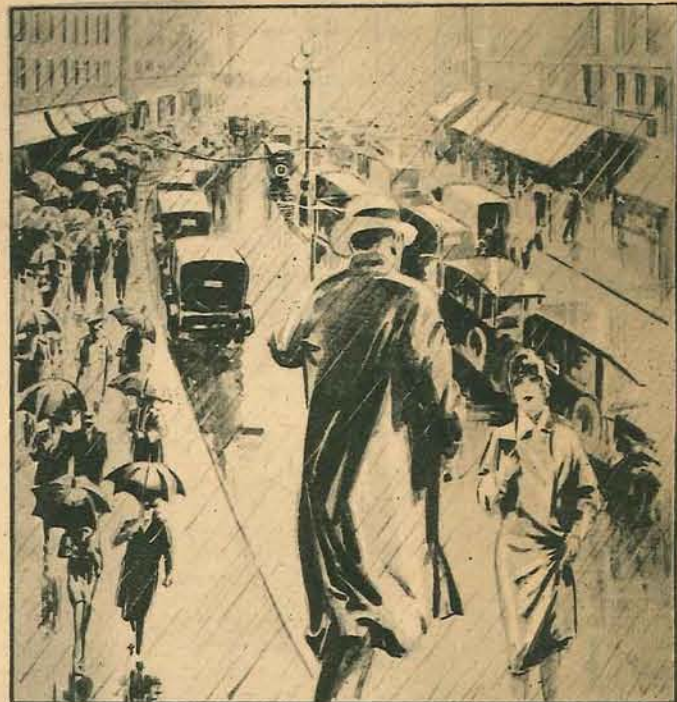
De "Gitanillo de Triana"

"No obstante la sencillez de las circunstancias, mi escapatoria de la muerte en la plaza de Badajoz puede tacharse de maravillosa. He aquí lo que sucedió, resumido en unas cuantas palabras: en el centro del ruedo, donde yo me encontraba solo—para demostrar mi valor, había ordenado a los banderilleros que se retirasen—el toro empitonó la muleta y me vi completamente desarmado ante él. Asustado, rompí a correr en dirección a la barrera. Soy joven, tengo buenas piernas, corrí velozmente y llegué a la barrera al mismo tiempo que el animal. Oí tras mí la pesada respiración del toro y me disponía a saltar la barrera, cuando sentí un golpe violento en el cuello y un ruido semejante a un trueno. En se-

guida me di cuenta de lo que ocurría. El toro había adentrado sus cuernos en la madera de la barrera, a ambos lados de mi cuerpo, y los había adentrado con tanta fuerza, que no conseguía sacarlos. Un centímetro más, bien a la izquierda, bien a la derecha, y yo habría sido clavado contra la barrera, lo mismo que las mariposas que los niños sujetan con alfileres en una tabquilla.

"Estaba en salvo, había evitado una muerte horrible, a pesar de que había recibido un golpe violento del testuz del toro. La cabeza del animal me había empujado contra la barrera y mis compañeros se vieron obligados a sacarme a tiros de esta posición.

"Momentos después, el toro extraía sus cuernos de la madera y reanudábamos nuestra lucha, que terminó, naturalmente, con mi triunfo y la muerte de mi enemigo".

Mal tiempo, aglomeraciones y descuidos
orgánicos, son los aliados de la gripe.

Protéjase de la infección gripal—

mejorando sus condiciones orgánicas con Kola Cardinette.

Es indudable que Vd. no puede impedir que reine el mal tiempo, y a veces se halla expuesto a contagio, en las aglomeraciones de público.

Pero, en cambio, usted puede dar mayor resistencia a su cuerpo, con a los ataques microbianos — fortificándolo con Kola Cardinette.

Un organismo fuerte queda inmune en donde se abate uno débil. Kola Cardinette estimula la producción y circulación sanguíneas, vigoriza las funciones glandulares, constituye un sedante de los nervios y mejora todos los sistemas.

Empiece a tomar hoy Kola Cardinette... y no tema la gripe.

SU SABOR ES EL DE UN RICO LICOR TONIFICO, SUSTENTA



Kola Cardinette
THE PALISADE MFG. Co. - Yonkers New York, E. U. A.

Perfórese de si se encuentra adherida en cada frasco la estampilla fiscal con el nombre H. HERZFELD, garantía de legitimidad.

LAS PERSPECTIVAS
DEL DESARME

(Continuación de la 3a. pág.)

za y la rapidez del nuevo tipo de crucero alemán, se prepara a aumentar sus construcciones navales hasta el punto de encontrarse capaz de sostener la rivalidad naval alemana e italiana. En los Estados Unidos, la gran potencia y el enorme radio de acción que posee aquel tipo de crucero provoca la modificación de los planes del Departamento de la Marina. En Alemania son visibles dos tendencias. Por una parte, el Dr. Stresemann, que desea probar el valor del Tratado de Versalles desde el punto de vista del desarme general, insiste en la necesidad de que la Comisión de la Liga continúe su obra. Por otra parte, los partidarios del desarrollo militar y naval esperan que el fracaso de la Comisión ha de demostrar la inutilidad de las cláusulas sobre el desarme del mismo tratado, dejando así abierta la vía para la renovación de los armamentos de Alemania por tierra y por mar. Estas dos tendencias no

son necesariamente opuestas. Si la Liga puede conseguir el desarme general, Alemania será tan fuerte como cualquier otra nación. Si la Liga no lo consigue, Alemania reclamará su libertad de acción para elevar sus armamentos al nivel de cualquier otra nación. De tal modo se abriría una nueva era de rivalidad militar y naval, cuyo fin no sería más que otra guerra aun más terrible que la anterior.

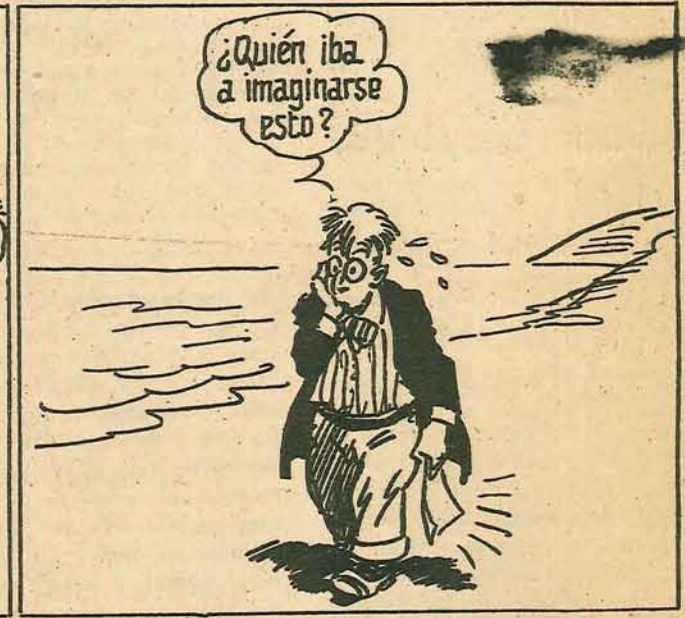
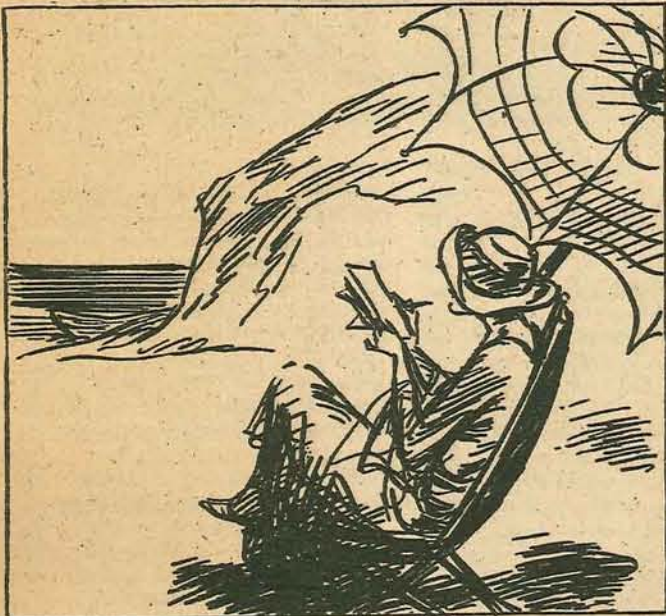
Quedan, sin embargo, esperanzas de que han de evitarse acontecimientos tan catastróficos. El arreglo de las reparaciones en la conferencia de París y la evacuación del valle del Rin podrían ofrecer mejores perspectivas y atenuar las inquietudes. La caída del gobierno conservador, a fines de mayo, puede cambiar la atmósfera de Europa y de fuera de Europa. Pero si hasta ahora la cuestión de las relaciones internacionales no ha tenido sino una influencia muy pequeña en las campañas electorales británicas, sería imprudente suponer que ha de continuar ignorada en lo sucesivo. Una detención en la Comisión Preparatoria del Desarme de Ginebra podría hacer la cuestión

de conjunto el problema dominante de las elecciones de fin de mayo, porque la opinión pública británica está firmemente decidida a que no haya más guerras. No aceptará la seguridad de que durante los últimos cuatro años y medio los ministros conservadores han hecho todo lo que pudieron para promover la paz internacional. Por el momento el asunto de la desocupación es lo que domina. Los conservadores, los laboristas y los liberales le han dedicado mayor atención que a toda otra consideración de las que afectan el bienestar nacional. Mi impresión personal es que todos equivocan los sentimientos del pueblo y estiman mal el idealismo popular. Si cualquier incidente provocara el despertamiento de la voluntad de la nación acerca del desarme y de la guerra, una ola de cólera por la insuficiencia del gobierno conservador habría de arrojarlo del Poder tan rápidamente como lo arrojó a principios de 1906. Hasta desde el punto de vista electoral para Gran Bretaña, son, pues, dignos de atención los trabajos de la Comisión Preparatoria del Desarme de Ginebra.

BETTY

por C.A.Voight

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



EL EPISODIO MAS COMICO DE MI VIDA



AS nueve decimas partes de las situaciones cómicas de mis cintas están fundadas en episodios reales de mi carrera. Habiendo nacido en una iglesia y crecido en un circo, no resulta sorprendente que la luz y la sombra, la alegría y la pena se encuentren en ella en cantidades bastante iguales. Curioso de carácter, me encontraba frecuentemente en apuros apenas instalaba el circo sus carpas. Mis investigaciones realizadas frecuentemente en condiciones peligrosas han servido de base para muchos episodios divertidos en mis subsiguientes comedias.

En realidad, mi vida ha sido tan llena de emocionantes y gloriosas incertidumbres que habría que preguntarse "qué se deja de poner" más bien que "qué se pone". En los días anteriores a las películas uno de mis trabajos resultó ser como director de escena en una compañía en viaje. Como seguramente Vds. lo sabrán, las obligaciones de un director de escena son muchas y una de las más era la de dirigir los "ruidos y golpes".

Estos ruidos están por lo general anotados con lápiz azul al margen de la partitura. En un momento dado un pastor debía descender de la cima de unas rocas apoyándose pesadamente en su bastón. Frente a la indicación de su entrada estaba anotado: "Se sienten golpes fuera del escenario".

Para un director de escena, golpes quiere decir las cáscaras de cocos con las que se imita cualquier cosa, desde un solitario jinete hasta una carga de caballería, y en este caso creí que era para indicar el choque del garrote del pastor contra las rocas. En el ensayo golpeé

fuertemente en el escenario con mi propio bastón al acercarse el viejo pastor. El director, sentado en el fondo del teatro, gritó con fuerza:

—¿Dónde están esos golpes?
—Ya los he dado, señor—respondí.

—No los oigo—gritó nuevamente.

Agarrando un grueso pedazo de decoración levanté el polvo de los años del piso del escenario, pero el director preguntó aún más enfadado:

—¿Qué pasa con los golpes?

Exasperado a más no poder, me precipité fuera de la sala y di contra el suelo un golpe tan terrible que hubiera podido servir para las pisadas de Wotan el mismo día del trueno.

—¿Oye usted eso?—pregunté sarcásticamente.

El director me miró con una compasión mezclada de disgusto.

—¡Despierte al guion al de la corneta!—dijo abrumado—¡y dígame que golpee!

El no reía, pero el resto de la compañía sí lo hacía, y durante el tiempo que duró mi contrato se me llamó exclusivamente "Taps".

La vida teatral es, en el mejor de los casos, precaria, y la de un miembro de una compañía en viaje es demasiado varia-

POR

BUSTER KEATON

da para mis gustos. Una de las cosas que me indujo a ensayar mi suerte en las películas, fué el hecho de poder



BUSTER KEATON

permanecer más de dos semanas en la misma ciudad. Pero "el hombre propone y Dios dispone", pues después de unos pocos meses estalló la guerra, y como soldado de infantería de

las fuerzas expedicionarias norteamericanas, me vi sujeto a un cambio de escena que hizo que mi circo y mis peregrinaciones callejeras me parecieran un deleite de domingo escolar.

Una de las hilaridades mayores que he obtenido fué en "The Cameraman", donde como aprendiz de repórter gráfico caía al agua mientras trataba de fotografiar un bote de carrera. Accidentalmente fué una gracia muy cara, pues costó más de 9000 pesos, pero debido a la importancia que tuvo en la cinta, me parece que el dinero estuvo bien gastado en alquilar los botes y la gente necesaria para ponerlo en escena.

La gracia más barata que he impresionado costó exactamente 37.50 pesos. Mi compañero y yo aplastamos dos vidrios de ventana (hechos de gelatina) con los tripodes de nuestras cámaras. En la misma cinta tenía que aparecer complicado en una guerra en Chinatown. Alguien insinuó la idea de que sería gracioso romper un dragón chino en la parada de Chinatown, pero cuando supe que el tal dragón costaba \$ 700, resolví que los graciosos juegos malabares de mis amigos resultarían demasiado costosos.

Los episodios cómicos son, después de todo, de interés comercial en la fabricación de la película, y cada chiste tiene que ser considerado cuidadosamente, trabajado, y calculado su precio antes de que se haga la película. Me parece que un chis-

te que cueste \$ 600 es un negocio dudoso. Puede hacernos reír a nosotros al revés, con el balance del libro mayor. Cuando trabajaba en esta película tenía "dos enfermeras diplomadas" que me seguían en todas las decoraciones. Estas "enfermeras diplomadas" eran en realidad expertos mecánicos en fotografía, porque el instrumento que empleaba en mis alarmantes aventuras estaba tan decrepito, que cada vez que daba vuelta al manubrio era necesario arreglarlo para restablecerlo en su quebrantada salud. Cuando caí con él desde una casa de doce pisos, los mecánicos tuvieron que trabajar durante dos horas para poder juntarlo nuevamente. Resultó casi tan difícil como unir nuevamente al frágil Humpty Dumpty cuando cayó desde su sitio en lo alto de la pared.

El éxito de una película sigue siendo el mismo misterio y aventura como lo era cuando el primer Keystone Kop corrió a sus compañeros a través de la sábana plateada. Algunos episodios de las películas que en el estudio parecen los más graciosos, no dan resultado, y a menudo cosas que nos parecen no valer ni una sonrisa consiguen una enorme carcajada. Dependiendo únicamente del auditorio y de la manera en que se pasa y detiene un pedazo de la comedia. Para impresionar una película, es necesario emplear precisamente la justa fracción de segundo de tiempo que necesita la generalidad del auditorio para tomar en consecuencia cada punto. Si detienen la situación un instante más, queda arruinado el efecto.

En mi opinión, la mejor manera de obtener que un auditorio ría no es ser chistoso, sino serio.

Cuando el pomposo señor anciano de galera de felpa, todo salpicado, resbala en una cáscara de banana, los que lo ven ríen invariablemente, y cuando yo con el disfraz de un esclavo solemne me encuentro mezclado en una serie de situaciones ridículas, mi misma seriedad ayuda a hacer cosquillas al espectador.



LOS BALCONES DE ESTILO ESPAÑOL

LOS conquistadores españoles trajeron los edificios moriscos semiestucados de Andalucía. Sus constructores entendían la buena proporción, y sus construcciones eran sencillas a causa de la pobreza de sus regiones nativas. Con buenas líneas de techo y buena proporción como base, todo el trabajo más primoroso se prodigaba en las rejas de hierro forjado, que se colocaban en las ventanas del primer piso, formando los balcones del segundo. Estos balcones eran el encanto de los frentes, casi siempre repletos de tiestos de flores en tonos alegres. Algunos tenían soportes o puntales superiores, lo que hermoseaba el conjunto, pues los barrotes de hierro negro, al volcar sus sombras sobre la pared blanca, ponían una nota decorativa interesante y original.

En el Nuevo Mundo esa decoración de hierro forjado era difícil de ejecutar, reemplazando las rejas de hierro por rejas de madera, que también se veían en la madre patria, en la región de Asturias y en los patios chicos de Toledo. En California y en la América española se construyeron galerías con estas sencillas barandas con aleros, todo alrededor de la casa, y se construían sólidamente para contener la cantidad de gente

Balcón de la casa de Hunter Robbins en California, cuyas rejas proyectan sus sombras sobre las paredes blancas estucadas.



Ejemplar de galería sobre el patio con reja de madera, netamente español antiguo.



que miraba la fiesta desde esa sombra protectora. Quitaban también el calor a los interiores de las casas.

Como en los antiguos tiempos de Andalucía, casi el único adorno del estilo de las casas actuales de California, y de algunas partes de la América del Sur, está en sus balcones admirablemente colocados y trabajados. En algunas casas las persianas y las rejas son verdes. El patio nos ha llegado tal cual existía en España, y encontramos las galerías con arcadas del segundo piso o las sencillas construcciones de los dinteles de pesadas vigas tal cual eran en las galerías del mudéjar, como también el uso del hierro forjado. Estos patios galerías, con surtidores y plantas tropicales, forman un retiro delicioso, y aun en el mismo corazón de las ciudades están alejadas del "mundanal ruido" como las galerías que penden de los muros de la Alhambra, en Granada, o los patios de Sevilla.

En las construcciones nuevas, que se adaptan tanto a las casas de campo en los lugares cálidos, y muy especialmente a las sierras de nuestra Córdoba, se nota todo el encanto y la elegancia depurada, que no es ya la primitiva, la rudimentaria del rancho o de la casa con escasas comodidades, sino adaptadas a los refinamientos del vivir moderno, y con sus balcones bordados de arabescos, como centro y como decoración.

EL MADERNO con asiento CHURCH



EL propietario que "SABE" no instala más los inodoros comunes ni en sus casas de precio módico, por los malos olores que despiden y las muchas molestias que ocasionan.

NO busca la economía en los Cuartos de Baño, pues está seguro de que, a la vuelta de unos años, la oferta de casas será tan fuerte que, si no tiene instalados Artefactos Confortables en sus departamentos, tendrá dificultad en alquilarlos aun a precios regalados.

UN inodoro MADDOCK, por su construcción científicamente estudiada, impide los malos olores y el ruido. Hay un inodoro MADDOCK adecuado para cada tipo de construcción; su precio varía de \$ 95.— a \$ 250.—

MADDOCK

"Elimina los malos olores"

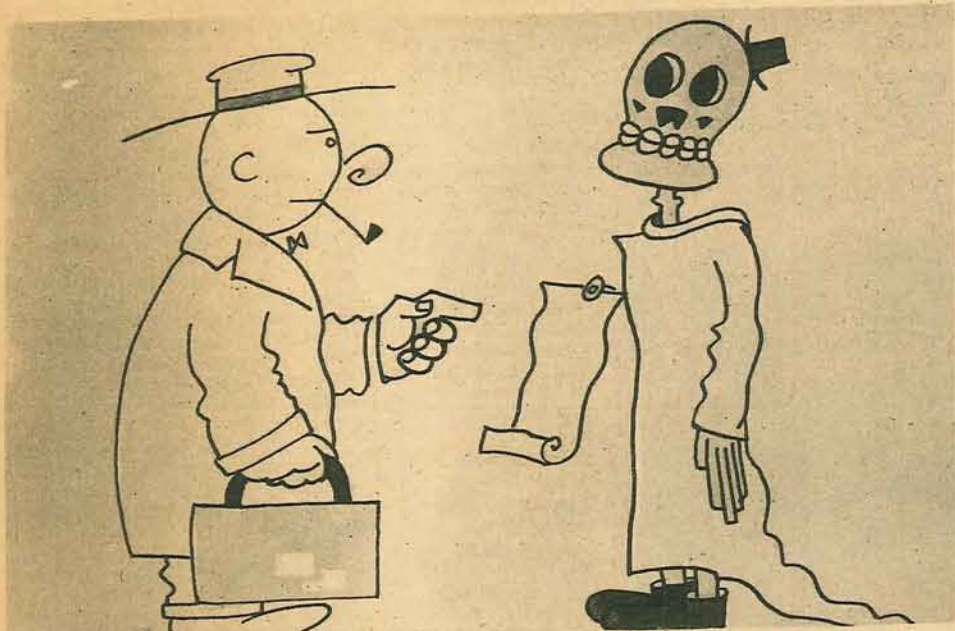
En venta en las principales casas del ramo
Th. MADDOCK'S SONS Co.
Edificio del Banco Boston (4º piso)

B. GUICHARNAUD

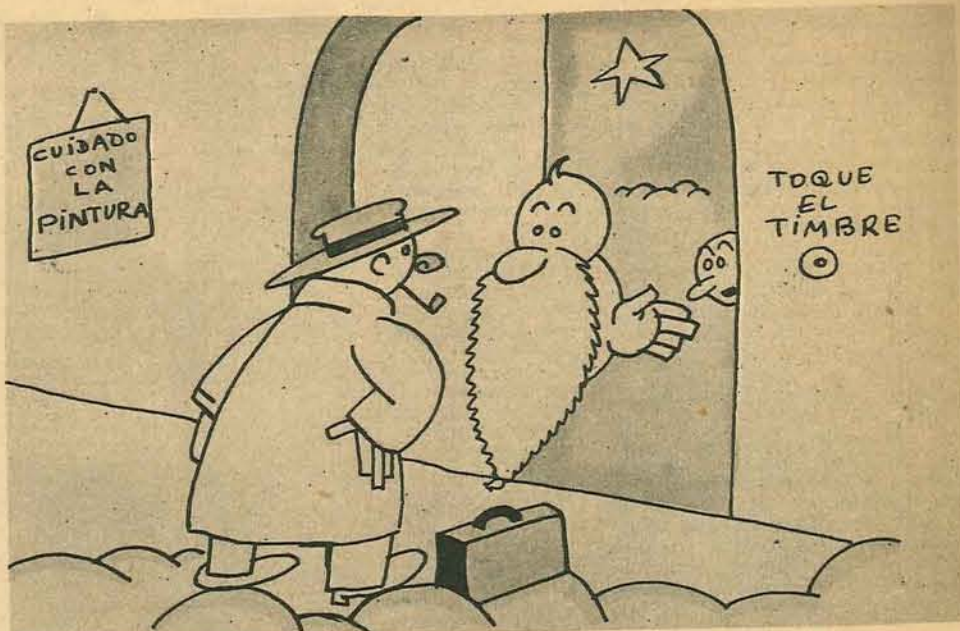
Representante

EL PODER DEL CUARTO PODER

HISTORIETA COMICA POR BILLIKEN



Leyendo un libro de Maeterlinck, el periodista Armando Barullo trabó conocimiento con la Muerte, la cual, al despedirse, le entregó cartas de presentación para lo desconocido.



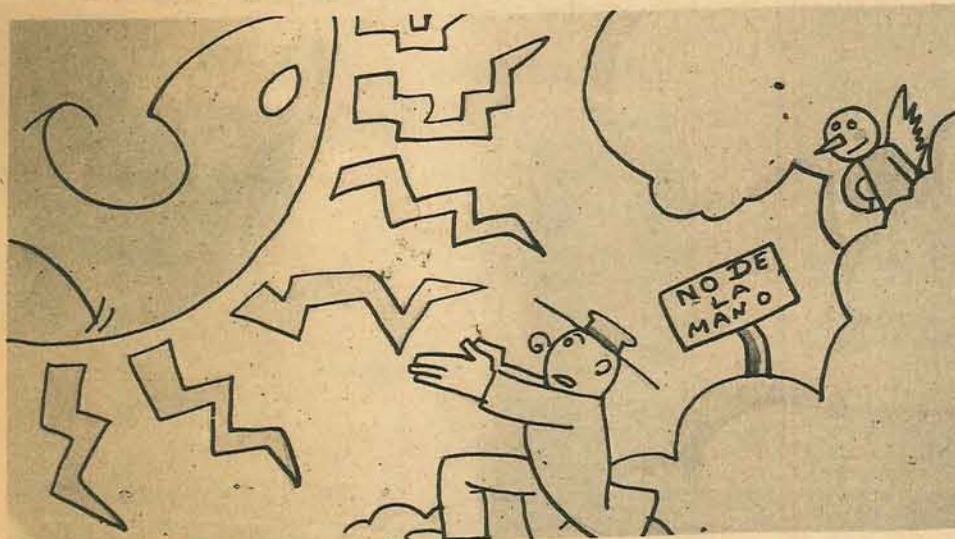
Armando Barullo llegó hasta el cielo, donde San Pedro se opuso enérgicamente a admitir su entrada.



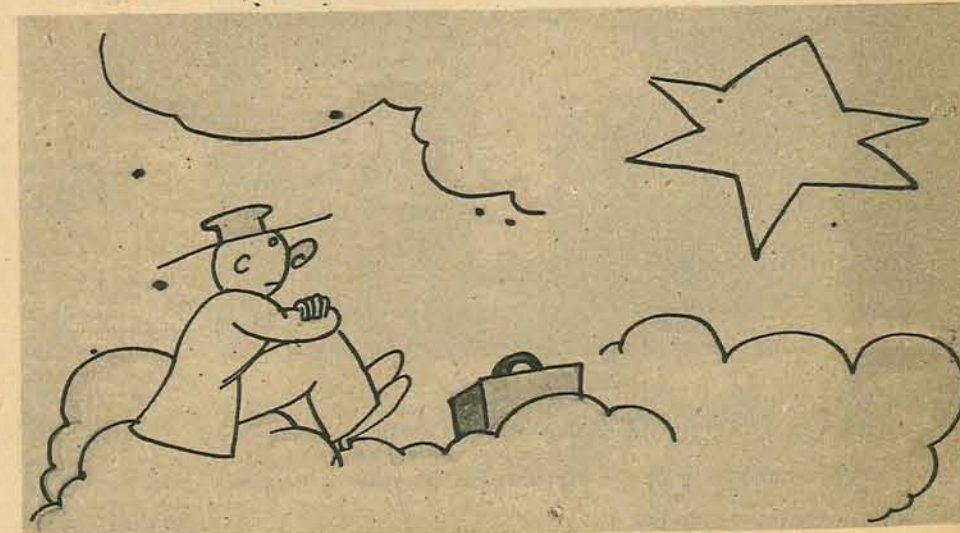
Resolvió entonces presentarse en el infierno, encontrándose con la novedad de que el diablo no admitía periodistas en sus dominios, por temor a las indiscreciones.



Viajando siempre en el taxímetro de una nube, topó con la Luna, la cual, extasiada en la endecha pasatista que desde la Tierra le cantaba 'Pierrot', ni siquiera se dignó atenderlo.



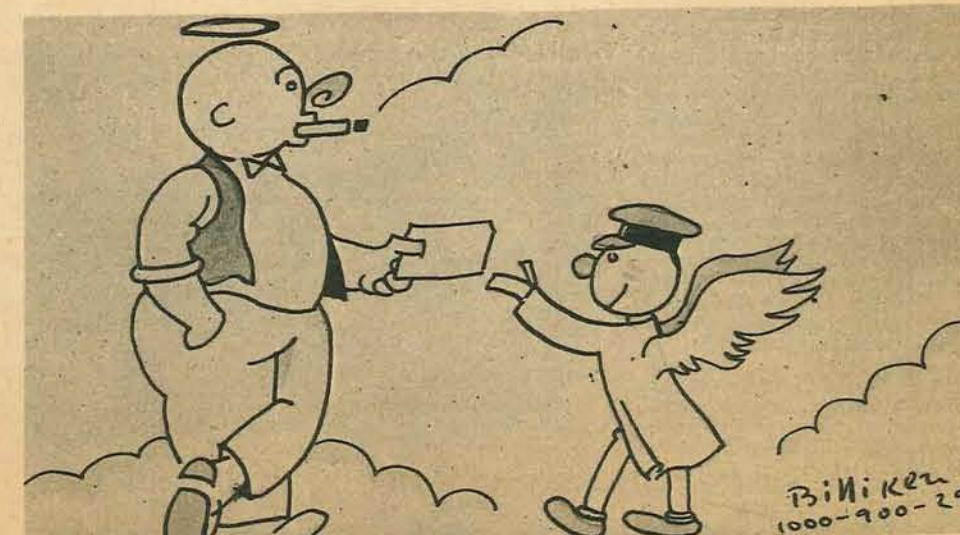
La policía celestial advirtió a maese Sol la presencia de aquel personaje indeseable en los dominios estelares, y al presentarse Armando Barullo, halló un no más grande que una casa.



Marchando a la deriva, su nube lo llevó al encuentro de una estrella abandonada en uno de los rincones del firmamento, y allí ancló su misera humanidad el ilustre periodista Armando Barullo.



Los pocos pesos que de la tierra traía se los gastó en el taxi-nube, por lo cual, para mantener su existencia, decidió fundar un diario...



Y las transmisiones radiotelefónicas que desde las regiones estelares llegaron al poco tiempo, trajeron una noticia altamente satisfactoria: Armando Barullo tenía entrada para todas partes...

DIARIO DE NAVEGACION DE UN LOBO DE MAR

constituye una triste narración, especialmente triste por el magnífico personal que nos acompañaba. Además de Stefansson iban con nosotros algunos de los más descolantes hombres de ciencia del mundo. Figuraba allí el Dr. Anderson, famoso zoólogo. La Investigación Geológica Canadiense envió cuatro representantes, todos peritos. Como oceanógrafo iba James Murray, de Glasgow, que acompañara a Sir Ernest Shackleton al Antártico. Nos acompañaba asimismo un entendido en pesca, Fritz Johansen, que había invertido algún tiempo en la Groenlandia oriental. Completaban la expedición el noruego Bjarne Mamen, cuya actuación en Spitzberg era conocida, y el cirujano Dr. Forbes Mackay. En total, nuestro estado mayor científico lo constituían doce personas.

Debo indicar que algunas de ellas no habían visto antes los hielos, y destaco esta circunstancia sin el menor propósito de censura; lo hago sólo para mostrar cómo esa completa falta de experiencia condujo finalmente a la trágica muerte de varios miembros de nuestra expedición, dándome, a la vez, una gran lección, como se verá en seguida.

El 17 de junio zarpamos de Esquimault con rumbo a Nome. Fue una hermosa despedida, con multitud de regocijadas fiestas, tanto en tierra como a bordo. En el espectáculo de la partida de un barco hay algo que despierta el entusiasmo de la muchedumbre, y cuando una nave zarpa a un viaje aventurado, todo el mundo se emociona.

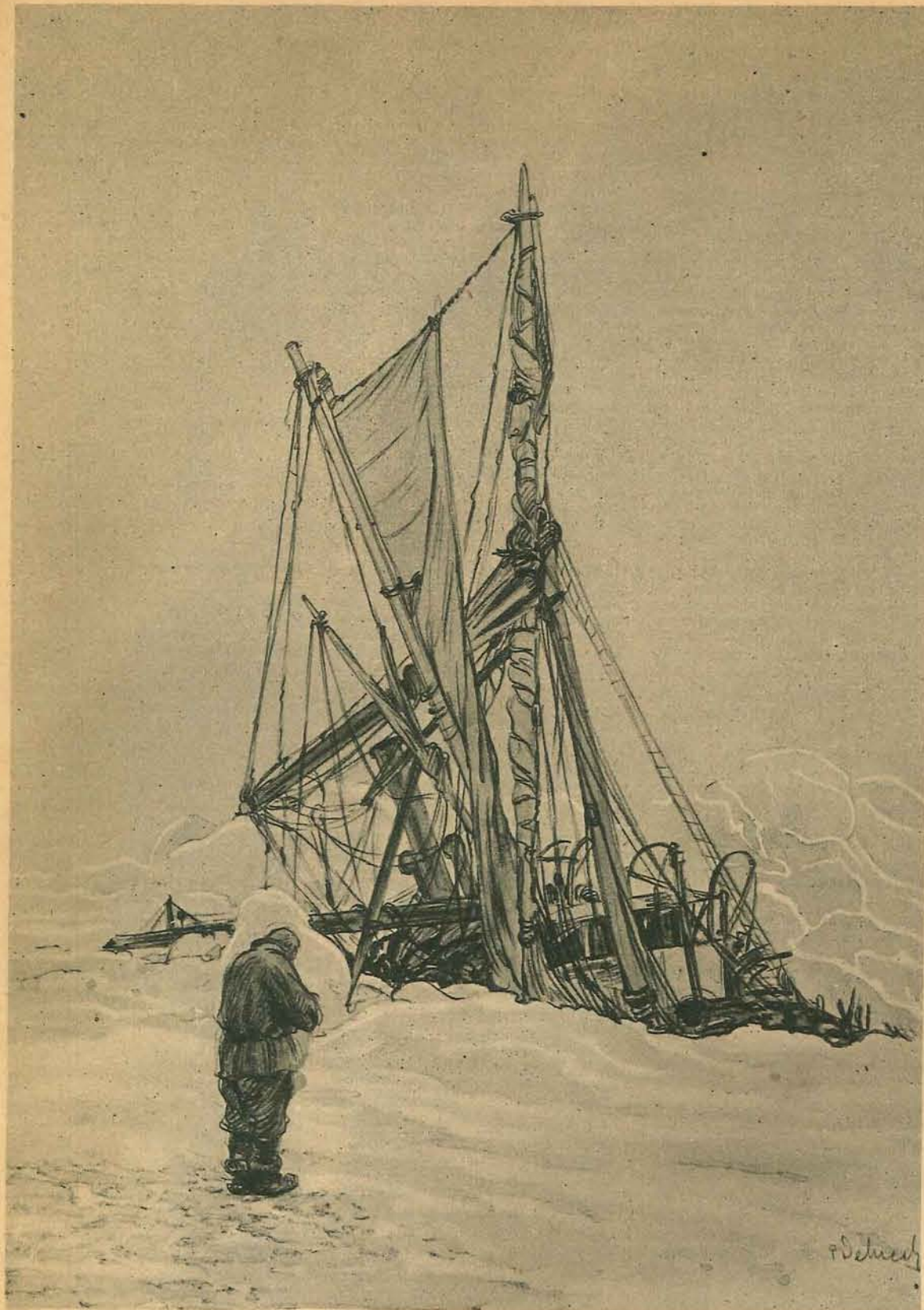
Diré de paso que he zarpado hacia el Polo Norte y me he embarcado para ir a la guerra y para otros muchos destinos extraños; pero, curioso es observar, no he visto entusiasmo comparable a la partida de un barco foguero, de San Juan de Terranova. El explorador o el

soldado parte para realizar alguna hazaña, pero el cazador de focas se embarca para que su mujer y sus nenes puedan comer tortas de melaza con su bacalao cocido, durante los once meses siguientes. No hay momento de la exploración o de la guerra comparable en importancia a las referidas tortas para los chicos de Terranova.

A unas 75 millas al sudoeste de Point Barrow, tropezamos con hielos flotantes. En aquel instante yo me hallaba encaramado en el puesto de vigía, y lo primero que vi fue un oso polar a unas tres millas de distancia, en una enorme depresión. Para un hombre corriente esto habría sido un buen agüero, pero para un terranovense supersticioso el oso era señal de un futuro desastre. Por haberse cumplido el agüero, como paso a referirlo, creo hoy más que nunca en tales cosas. No vaya a pensarse que soy un pagano; pero hay ciertos signos que de un modo u otro se manifiestan, por lo cual no puedo dejar de creer que significan algo.

Lo que probablemente remató nuestra fatalidad, fue que salimos al encuentro del oso y lo matamos.

Al cabo de dos meses empezó la suerte a castigarnos. Comenzó, en realidad, al salir Stefansson del barco el 18 de septiembre. Estábamos amarrados a la orilla del hielo, no lejos de Point Barrow. Tanto los esquimales de a bordo como yo comprendimos a lo que iba Stefansson. Todos nos dimos cuenta que tendríamos alguna carne fresca para los meses de otoño e invierno. Me ofrecí para acompañar al jefe en su expedición de caza. Yo había muerto multitud de renos en la Tierra de Grant, en la de Ellesmere y en Terranova; pero Stefansson alegó que él era el único hombre a bordo que sabía el modo de cazar animales en esa región, de modo que en



NAUFRAGIO Y MUERTE

POR EL CAPITAN

ROBERT A. BARTLETT

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI



ASE la primavera de 1913 en el Labrador con la flota cazadora de focas, y volví en junio a Brigus, apesadumbrado. Las cosas no habían ido bien. Fueron demasiados barcos y parece que las focas se inquietaron. Yo necesitaba dedicarme de nuevo a la exploración polar: estaba inutilizado para la rutina de cazar focas y pescar.

Mientras yo subía a mi vieja casa, mi padre bajaba a mi encuentro con un sobre amarillo en la mano, que me mostró:

—Bob—dijo—, aquí hay algo para tí.

No me gustan telegramas; parece que trajeran más noticias malas que buenas. Cuando la gente quiere comunicarle a uno estas últimas, se sienta a escribir una carta larga, como para dárselas detalladamente; en cambio, cuando tienen que transmitir malas, parece como que quisieran consumirlas como un ascua, y cuanto más pronto, mejor: entonces telegrafían.

Antes de abrirlo, di vueltas dos o tres veces en mis manos

al sobre, procurando adivinar qué malas nuevas podría traerme; pero, en verdad, nada de malo esperaba. No tenía mujer, ni hijos, ni mucho dinero en el Banco. Estaba en paz con las leyes y sólo a un hombre debía dinero. Tal vez éste se hallaba en apuros y precisaba que le devolviese los pocos centenares de dólares que le adeudaba.

Como un buzo en un trampolín, aspiré largamente aire y me sumí en el sobre amarillo. El papel que encerraba decía así:

“... ¿Querrá acompañarme en el Karluk como capitán?”

(Firmado): Stefansson.

El corazón me dio uno y otro vuelco al leer y releer el mensaje. Yo había oído que Stefansson navegaba hacia el Norte, por las costas de Alaska, al frente de una expedición ártica canadiense, en demanda de la enorme región inexplorada que está en la cima de América y que aun hoy es desconocida. Había logrado que el Canadá lo apoyase y disponía de dinero en abundancia y de muchos científicos auxiliares. Para mí era altamente honroso que me hubiera escogido, para comandar su barco; pero, en realidad, era más: era precisamente el remedio que yo precisaba: una oportunidad de regresar al Norte.

—¡Buenas noticias, muchacho?—me dijo mi padre.

En mi alegría, me había olvidado de él.

—Las mejores del mundo—

exclamé—. ¡Vuelvo al Norte de nuevo!

El rostro del anciano se nubló. Creo que abrigaba la esperanza de que me quedase en casa por un tiempo. Oí pasos. Era mi madre que salía del vestíbulo. Vacilé. Los viejos me necesitaban. Verdad que mi padre era aún vigoroso y firme, pero ya no era joven: frisaba en los setenta. Comprendí que esperaba que en adelante contribuyese al sostén de la familia.

Pero el Norte estaba en mi sangre y yo era nieto del Bartlett “sigue adelante”. No había nada que hacer: tenía que “seguir adelante”.

—Creo que tengo que ir, padre—dije.

El anciano me tendió la mano y me apretó la mía; luego se volvió y echó a andar cuesta arriba sin decir palabra: mi decisión lo afectaba hondamente, pero sabía que era irrevocable.

Así empezaron mis relaciones con el viaje postrero del Karluk, el crucero más trágico y fatal de toda mi carrera.

Zarpamos de Victoria (Columbia Británica) en junio y llegamos a los hielos por septiembre. Quince meses después el guardacostas Bear, barco auxiliar de Greely, trajo de regreso a Esquimault a sólo nueve de nosotros, nueve hombres blancos, andrajosos sobrevivientes de la tripulación de veinte que se hallaba a bordo del Karluk al ser éste aplastado por los hielos polares en enero anterior. El desastre



BUENA LUZ ES UNA NECESIDAD!

COMPAÑÍA HISPANO-AMERICANA DE ELECTRICIDAD

DESDE EL MUNDO DE LA FANTASIA

INVASION DE HOLLYWOOD



El registro social de Hollywood incorpora día a día nuevos nombres en su larga lista de conocidas celebridades. No hay persona en esta ciudad que pueda decir hasta cuándo durará la invasión de los actores y actrices procedentes de los teatros hablados neoyorquinos y extranjeros, pero mientras los talentos de teatro se encuentran aquí, créanlo ustedes que es verdaderamente difícil ponerse al día con las nuevas caras que actuarán en diversos "studios". Por ejemplo, recién ha llegado a Hollywood Mr. Hugo Sinclair, actor inglés que viene precedido de gran reputación por su actuación frente a las candilejas de los teatros del Imperio británico, como así también de los principales de otras ciudades europeas. Aquí, su nombre no significa absolutamente nada, y a pesar de esto, la compañía que lo ha traído contratado, con gran placer, anuncia su debut frente a las cámaras como el actor-estre-

lla de la futura película "Shy Hawk". Yo supongo—por la clase del argumento—que si esta película llega a ser un éxito, como lo fuera su antecesora, "Alas", el nombre del distinguido caballero inglés dejará entonces de ser desconocido y tendremos a las damas que componen el registro social hollywoodense disputándose el privilegio de tener en sus mesas y en sus fiestas al nuevo huésped de la colonia.

COMO ESCRIBEN SUS OBRAS LOS CINEMATURGOS

Tema siempre de interés ha sido y será el que se refiere a la forma de cómo trabajan todos aquellos que de su pluma viven. Motivo de encuestas periodísticas o jugosos artículos es siempre el sistema individual que siguen todos los escritores, autores teatrales, novelistas y cinematurgos. Cada uno de ellos tiene su "modo" peculiar de inspirarse antes de ponerse a emborrillar cuartillas o a escribir en la máquina.

¡La inspiración! He aquí la pesadilla de muchos; la que provoca noches completas de insomnio y días grises de fasti-

ROBERTO D. SOCAS

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, junio de 1929.

diosa amnesia. Claro que el periodista o reportero no puede depender de la diosa inspiración; su trabajo es febril, rápido. Su cerebro debe ser una dinamo incansable. El diarismo, el Dios que mata embrujando, no permite a sus discípulos la dádiva de la espera, de la concentración mental que ha de traer la inspiración abundante y prodigiosa. Pero si le preguntásemos a cualquier escritor de fama cómo escribe, nos contestaría que no es sentándose ante la virginidad de las cuartillas y diciéndose: "Voy a escribir una bella obra", como procede.

Mas si se coloca delante de la máquina de escribir o de su mesa de trabajo y se reconcentra por minutos o por horas y al cabo le viene la inspiración

debida, entonces, con un solo pensamiento o incidente, como base, puede, con relativa facilidad, producir un poema, un artículo, un drama o una novela.

La mayor parte de los historiadores obtienen su inspiración del inagotable manantial de la historia; de él toman cualquier acontecimiento y en rededor de éste, ayudados de su imaginación, tején la trama de una novela histórica.

Otros escritores espigan su inspiración del texto de una simple gaceta de periódico o de algún incidente del que han sido testigos. En su cuaderno de referencias consignan aquella partícula inspiradora y, cuando el momento es propicio, el detalle recogido tan celosamente lo asocian con otros incidentes y luego, con los ropajes de su fantasía, adornan sus creaciones.

COMO SE INSPIRAN LOS CINEMATURGOS

Digna de relatarse es la forma de cómo los cinematurgos logran producir la chispa que ha de encender sus cerebros fecundos para después urdir sus argumentos cinematográficos.

de aquel blanco desierto un ratito para darse cuenta de lo espantoso del frío. Los antiguos mineros del Klondike solían decir que hacía tanto frío que el aire crujía cuarteándose cuando escupían. Nuestra temperatura era casi igual a aquella. Casi todos los días teníamos alrededor de sesenta grados bajo cero.

El día de Año Nuevo nos halló a todos apiñados alrededor de una pequeña estufa. De pronto oyóse un zumbido vibrante semejante al que producen los alambres del telégrafo en noche ventosa en el campo. Esto significaba que el hielo nos apretaba de nuevo. Con la presión sobrevino una galerna oriental, que duró diez días. A las cinco de la mañana del 10 de enero me arrancó de un profundo sueño un fuerte estruendo como de un tiro de rifle, al que siguió un estremecimiento de todo el barco. Me arrojé de mi litera y salté a la cubierta. Comprendí que el fin se acercaba.

Todo aquel día el pobre y viejo Karluk se debatía entre las garras de la muerte sobre el desierto de hielo. A las siete y media de aquella noche bajé al salón de máquinas a echar un vistazo a nuestros fondos. Mientras bajaba por la escalera oí a mis pies como un astillamiento y un despedazamiento. El ingeniero y yo corrimos a una escotilla y asomamos una linterna por el hueco. Pudimos ver que el agua se precipitaba en el vientre del viejo casco. Era un cuadro terrible.

Regresé precipitadamente a cubierta y ordené a todos los tripulantes que abandonasen el buque, lo cual se hizo sin atropellos. Nuestros viveres y pro-

cos. A. P. Younger, escenarista de los estudios Metro Goldwyn Mayer, atrapa su inspiración cuando se encierra en un cuarto y se sienta, sin permitir que ni el más leve ruido le distraiga en su concentración mental. Sus mejores trabajos los ejecuta en su casa. Cuando el reloj marca las doce de la noche, Younger se pone a trabajar hasta que le sorprende el alba. En los estudios de la Metro dispone de una elegante oficina, pero no la usa porque allí no puede producir. En la quietud de su cuarto de trabajo ha escrito los argumentos de las cintas "Slide, Kelly, Slide", "Brown, el idolo de Harvard", "Doce millas fuera", "La mecanografía que no trabaja" y "El viejo Kentucky".

Frances Marion presta sus servicios como "escenarista" en los mismos estudios de la Metro. Al igual que Younger, no puede ella concentrarse y trabajar en su despacho que se le tiene destinado en los estudios. Sus argumentos, "El molino rojo", "La letra infamante" y otros muchos, los ha escrito en su hogar, donde va de habitación en habitación, mientras la idea básica brota en su cerebro.

visiones estaban ya depositadas en el hielo. Despaché una esquimal a nuestra cabaña de almacén a prender fuego en la estufa que allí colocáramos por si acaso.

En seguida sentí que yo precisaba quedarme solo con el viejo barco en sus últimas horas, así es que despaché a toda mi gente a la casa, lo que hicieron gustosos, sitiados como estaban por la tormenta y el barco que se hundía.

Bajé a mi cabina. Bajé solo y me senté a pensar en lo que fuera el Karluk. Teníamos a bordo un fonógrafo y unos ciento cincuenta discos. Mientras en torno mío crujían las tablas y se precipitaba el agua, toqué disco tras disco. A medida que los iba tocando los echaba a la estufa. Cuando me sentí hambriento, comí y bebí en abundancia té y café. Al dar con la "Marcha Fúnebre", de Chopin, la separé, sabedor de que en breve precipitaríamos de ella. Una hora o más después el barco empezó verdaderamente a zozobrar. Muy pronto nuestra cubierta inferior se hallaba a flor de agua. Entonces puse la "Marcha Fúnebre" en la victrola y abrí la cuerda. Cuando el agua empezó a invadir la cubierta superior y a vaciarse en las escotillas, corrí a la batayola y me encaramé en ella. Lentamente el Karluk empezó a hundirse de proa. Cuando su batayola estuvo al nivel del hielo salté a éste. Me volví a verlo sumergirse de proa en treinta y ocho brazas de agua, y pude oír a la victrola enviándonos los acordes de la "Marcha Fúnebre". Entonces me eché atrás la capucha y dije:

—¡Adiós, viejo!...

la mañana del 20 lo ayudé a alistarse. Partió por la tarde.

A los tres días el viento se agitó y en pocas horas sopló una galerna de cuarenta millas por hora. Observé que los indígenas estaban intranquilos. Entretanto, estábamos apesados entre el hielo no muy duro, pero asaz resistente. La primera noche de tormenta uno de los indígenas vino a decirme que la extensión de hielo se movía. Parecía muy azorado. Inmediatamente hice abrir en el hielo un agujero y eché la sondaleja hasta el fondo. La recogí y vi que el esquimal tenía razón. El oso muerto empezaba a vengarse.

Comenzó a nevar. Durante la guardia de la mañana un viento huracanado y agudamente frío, con abundante nevada, verdaderamente ártico, nos sorprendió. Imposible era respirar en cubierta sin ponerse la mano sobre la boca. Al amanecer un tanto la galerna a mediodía, nuestros novicios se reanimaron durante algunas horas; pero el tiempo estaba, por decirlo así, ensayándose para un ataque más fuerte. Aquella noche el viento aumentó a setenta millas por hora. El hielo empezó a crujir, a rugir y a aullar. El Karluk estuvo a punto de acabar sus días varias veces. Podía llegar a varar en un bajío cercano por la presión del hielo, bien partirse por la mitad ante el choque de enormes témpanos, o también aplastado por bloques altos como casas que la presión amontonaba a plomo sobre él. Fué un verdadero aprieto: no es nada grato ver sufrir de tal modo a un barco.

Naturalmente, teníamos que estar listos para escapar en un momento dado. Ocupé todos los hombres en transportar los viveres a cubierta y en cargar los botes con provisiones. En caso de ser echados a tierra podríamos abandonar el barco y alejarnos a remo, después de cesar la tormenta. En circunstancias anteriores, semejantes a esa, casi siempre había podido ver millas y millas de mar libre entre la sábana de hielos y la costa de Alaska.

Afortunadamente, teníamos perros a bordo, los cuales nos pondrían fuera de peligro en caso de tener que regresar. No había sino los precisos para constituir un buen equipo; pero un solo trineo podría acarrear provisiones suficientes para alimentar, por lo menos, a una veintena de hombres durante varias semanas, siempre que las raciones fueran reducidas.

La tormenta siguió por más de una semana. El mes estaba finalizando antes de que se hubiese despejado nuestra situación, es decir, antes de que supiésemos lo que ocurría. A juzgar por lo que nos espera-

ba, nuestra situación no podía ser más turbia. La situación era ésta: el Karluk se había internado en el Mar Polar, sembrado de témpanos, y había más posibilidades de pelear con bolas de nieve en el infierno que de acercarlo de nuevo a tierra. ¡Lindo embrollo, pensaba para mis adentros: Stefansson, el jefe, en tierra, y su floreciente expedición fluctuando entre los hielos, muy lejos de la orilla. Verdaderamente, habría sido un compromiso para Stefansson encontrarse a la sazón en la playa con el jefe de Gobierno de Canadá y oírle preguntar:

—Señor, ¿dónde está su expedición?

A lo cual sólo habría podido responder, dejando vagar su brazo sobre toda la extensión de los hielos y diciendo, desmayadamente:

—Está por allá esperándome, señor.

En realidad, lo estábamos esperando. Nos hallábamos tan dura y sólidamente enclavados en el hielo, de un espesor de diez metros, que todos los camiones del Canadá no habrían podido moverlos.

Para empeorar las cosas, el pequeño claro de cielo azul que tuvimos a fines de septiembre fué seguido por una nueva borrasca. El viento aullaba en nuestro aparejo, día y noche; pero el rugido del hielo apagaba sus aullidos. Me parece que jamás vi presión igual. Nos tomaba por todos lados, nos hacía crujir, volvía a la carga y nos hacía sufrir toda suerte de contorsiones. Jack Hedley nos comparaba a un sujeto que tuviese un pulgón en el cuerpo y no lograse atraparlo. En realidad, se escabullía.

El pobre y viejo Karluk empezó a padecer más que nunca. Crujía, suspiraba y gemía, efectivamente, cuando el agua penetraba por sus grietas. Nada hay de más humano que un barco apretado por el hielo. A ratos solía alejarme a caminar por el hielo, hasta perderlo de vista, porque no podía soportar sus sufrimientos.

Constantemente iba creciendo mi preocupación por mis compañeros de expedición, tan inexpertos en las cosas del Ártico. Hice construir una cabaña en el hielo y depositar allí la mayor parte de nuestras provisiones sobre un grueso témpano, para el caso de que el barco fuera aplastado, y organicé un grupo de bomberos para que apagasen aquélla en caso de incendio. Enseñé a mi gente, lo mejor que pude, a cuidar sus trajes y ocupé bastante a nuestra costurera esquimal en la fabricación de botas y camisas.

El 28 de octubre perdí la esperanza de salir aquel otoño del atoladero en que nos encontrábamos. El sol estaba a pun-

to de dejarnos, el mal tiempo seguía, y comprendí que tendríamos que invernar allí.

Sometí a toda la gente a un régimen de dos comidas por día: desayuno a las nueve de la mañana y comida a las cuatro y media. Por ser terranovenses, les permití té a la una de la tarde y a media noche. Asimismo, ordené a todos, excepto al hombre de guardia, que apagasen las luces a media noche. No sufrimos de hambre porque teníamos a bordo mucha cantidad de buenos alimentos, y esto era porque se trataba de una expedición ricamente equipada y respaldada por protectores generosos y no pobres, como lo habían sido casi todas las de Peary. Para el desayuno teníamos sopa de avena cocida y leche condensada y jamón, huevos, tocino y salchichas para hacerles compañía, a elección. Café en abundancia. Para la comida, el cocinero solía elegir en su amplia despensa de legumbres secas o en conserva y servírnos un banquete. Teníamos zanahorias, chirivías, espinacas, encurtidos, espárragos, porotos, trigo y tomates. Nuestros postres solían ser helados, pasteles, budines, tortas y frutas en conserva. Había días en que casi me alegraba hallarme en esa situación para comer esa comida dos veces por día.

No desperdiciábamos nada, y teníamos una infinidad de cosas que comer. Este era otro mal agüero que, sumado al del oso muerto, me convencía de que una fatalidad nos amenazaba. Hasta disponíamos en abundancia de jabones y navajas de afeitar, y ropa blanca en cantidad, como para llenar un almacén. Eramos unos señoritos, comparados con el común de los marinos.

Procuré dar ocupación a todos y debo convenir en que aceptaron mi disciplina de buena voluntad. Desde el momento en que nos instalamos el 28 de octubre, dispuestos a invernar, la mayoría de los expedicionarios se dio cuenta del incómodo atoladero en que nos encontrábamos, así es que aceptó gustosa mi programa.

Desde esa fecha hasta el año nuevo no ocurrió accidente alguno de importancia.

Empezó a parecerme, al cabo, como que se nos hubiera enviado a ser actores de un circo gigantesco que acabaría en libros y conferencias y una serie de maneras de ganar plata, lo cual habría de ocurrir siempre que el Karluk lograra zafarse de los hielos en la primavera.

Verdad que estábamos en un circo, pero las masas de hielo quebraron el redondel y, desde luego, el viejo barco. Recuérdese que el sol nos había dejado y que hacía verdadero frío. Había que piruetear alrededor

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídalo ahora mismo a S. MORASSUT (ESPECIALISTA) ROSARIO (Argentina) SARMIENTO 1584



Una de las famosas tablillas de barro que tanto han dado que hacer a los miembros de la Academia de Inscripciones



Objetos de sílex, huesos de reno pulimentados, vasijas perforadas y llenas de inscripciones descubiertas en las tumbas de Glozel



Otra de las tablas que Emile Fradin exhumó en el supuesto enterratorio de Glozel

GLOZEL

EL FIN COMICO DE UNA QUERRELLA GRAVE

contra la vieja guardia glozeliana. El sabio está sentado ante su mesa, volviendo la espalda a un minúsculo laboratorio que haría un práctico bar de salón. Delante de él, en línea de tiradores, la prensa espera ansiosa y muda las declaraciones del maestro.

—Ahora que están ustedes reunidos les comunico que el informe en el que trabajo desde hace un año, se hallará en manos de M. Python a las 15. No tengo más que agregar.

Estas palabras, pronunciadas en tono ligeramente irónico, provocaron tal decepción, que el funcionario continuó:

—Pueden saber también que dos de las tres tabletas estudiadas han sido publicadas en el fascículo dedicado por M. Morlet a la comprobación de la antigüedad del yacimiento.

En verdad, M. Bayle "acaba de sentarse", como se dice en los medios judiciales. Los periodistas estrechan el círculo alrededor del funcionario y le "fusilan" con preguntas precisas.

—¿Su "religión" ha sido determinada desde el principio de sus indagaciones?

—Inmediatamente. Yo no conocía nada del asunto y comencé mi investigación con absoluta imparcialidad. La prueba surgió en seguida, clara, visible, innegable.

M. Bayle se calla bruscamente. Sobre el escritorio se halla la copia de su informe, simbó-

licamente colocada en medio de las tres célebres tabletas grabadas con signos extraños, caprichosos y "rigurosamente falsos". No insistimos. El magistrado, respetuoso de la consigna del silencio, que se impone en semejantes casos—su informe es una pieza de justicia—jamás desmintió las indiscreciones que nosotros anticipáramos a propósito de la prueba de "modernidad" de todas las piezas halladas en Glozel.

Podemos hoy confirmar esta opinión del modo más categórico, seguros de interpretar el pensamiento de M. Bayle, quien al rehusar comunicarnos el tenor de su documento, largo tiempo esperado, ha reconocido al mismo tiempo que las "anticipaciones" hechas del mismo por toda la prensa eran exactas.

Sin entrar en los detalles técnicos que condenan definitivamente a Glozel, podemos resumir el juicio de M. Bayle comunicando esta simple y elocuente conclusión de su peritaje:

"De las observaciones y análisis hechos, resulta que los ladrillos examinados han sido fabricados hace menos de cinco años y ninguno de ellos ha permanecido largo tiempo enterrado. Varios únicamente lo han estado por espacio de unas horas o ni siquiera han sido cubiertos de tierra".

Otros reconocimientos técnicos han probado de igual mo-

do la superchería. En sus pacientes y concienzudas investigaciones, este sabio funcionario, que es doctor en ciencias, ha sido secundado por dos colaboradores, M. Mahen, jefe de los trabajos micrográficos de la Facultad de Farmacia, y M. Randoin, profesor de geología en el Colegio de Francia.

¡Pueda este juicio altamente autorizado poner fin a la enojosa controversia!

M. Bayle, filósofo apacible y sincero, hostil a las discusiones de este género, no lo cree.

—Con los eruditos, las querellas no se acaban nunca—nos dice al despedirnos.

Es un sabio modesto en el triunfo.



M. René Dussaud, miembro del Instituto, impugnador de la autenticidad del hallazgo de Glozel



Emile Fradin, descubridor de los restos

A propósito del desenlace inesperado que ha tenido el debatidísimo asunto de Glozel, el cual conmovió a todos los sabios de Europa, un importante diario de París publica el siguiente comentario:

El cuartel general antiglozeliano se ha trasladado del Museo del Louvre, donde reina el victorioso Sr. Dussaud, al domicilio del más amable de los sabios, M. Bayle, director de la Identificación judicial.

Un golpe de teléfono nos informa del movimiento estratégico.

Glozel... Identificación judicial... El nombre de la pequeña estación "neolítica" corrige felizmente la severidad administrativa del título que lleva sonriente el buen señor Bayle. Esta aproximación ¿no es la conclusión lógica de la mayor sofisticación científica de todos los tiempos? Después de haber regocijado al mundo entero, esta linda historia ha concluido en la policía.

Así, pues, ha aparecido el informe de M. Bayle, más exactamente, la primera parte del peritaje, la que trata de la inconveniente juventud de las tabletas. Este juicio policial y definitivo sobre el famoso yacimiento tiene dos actos, como una comedia de M. Duvernois. El "segundo" tratará especialmente de vasos y "bibelets" algo especiales que el púdico señor Salomón Reinach llama "las partes bisexuales de las figuritas". Leeremos con placer este capítulo dentro de unos meses.

Llegamos al elegante despacho desde el que M. Bayle ha lanzado su primera ofensiva

FUNDACION DEL PREMIO "REVISTA COSMOPOLIS" PARA LA MEJOR NOVELA DEL AÑO

La revista literaria "Cosmópolis", que se publica en Madrid, ha acordado establecer un premio anual, que llevará el nombre de la mencionada publicación, y que se otorgará a la mejor novela inédita y original, escrita en español, por literatos peninsulares e hispano-americanos. La extensión de la obra no deberá exceder de las proporciones usuales en una novela de tipo corriente y no podrá ser menor de la que corresponde a 260 páginas en 8o.

El importe del premio, según especifican las bases de dicho concurso, será de 5000 pesetas, cuya cantidad no podrá ser dividida ni el certamen declarado desierto, otorgándose al ori-

ginal de mérito relativo, si no lo hubiera de un mérito absoluto, de acuerdo con el fallo de un jurado, provisto de plena solvencia literaria, y que será nombrado oportunamente. Este jurado dictará su fallo dentro de los tres meses siguientes a aquel en que se cierre el concurso.

Los originales de las novelas—escritos a máquina—deberán ser remitidos a la redacción de la revista "Cosmópolis", Alcalá 44 y 46, Madrid, hasta el día 31 de diciembre de 1929 para los autores españoles, y hasta el 31 de enero de 1930 para los autores que envíen sus obras desde los países americanos.

UN JUICIO DE "ANDRENIO" SOBRE "HUMAITA"

El señor Gómez de Baquero ("Andrenio"), uno de los más autorizados críticos españoles, acaba de consagrar un importante artículo a Humaitá, la reciente novela de nuestro colaborador D. Manuel Gálvez. Después de afirmar que comienzan a leerse en España las novelas del escritor argentino, y ampliando una idea que ya esbozara al estudiar "Los caminos de la muerte", el año pasado, de considerar a ambos libros, lo mismo que a los episodios galdosianos y a otras obras análogas—las "Memorias de un hombre de acción", de Baroja; "La guerra carlista", de Valle Inclán—como formas modernas de la epopeya española, termina di-

ciendo: "En 'Humaitá' desarrolla afortunadamente el Sr. Gálvez sus dotes indudables de novelista. Una acción bien trabada en que se cruzan y entretienen los sucesos públicos y los lances particulares de los personajes; caracteres pintados con rasgos expresivos; escenas intensamente dramáticas; un estilo brillante en las descripciones de la selva tropical, fluido y fácil en la parte narrativa, animado con los toques de color de los dialectalismos y las expresiones pintorescas del habla popular de los beligerantes, contribuyen al agrado e interés con que se lee esta novela, que lleva el sello del genio literario español en una de sus más típicas manifestaciones".

"Estos Ultimos Años"

Obra Enciclopédica nueva y rica de sucesos recientes

Propósitos y razones por los cuales fué editada esta Obra:

El objeto principal que ha guiado la edición de esta obra, ha sido el de ofrecer al público, los detalles más importantes de los más recientes acontecimientos sucedidos en los últimos años, inclusive el relato minucioso de la Guerra Europea e infinidad de nuevas explicaciones e inventos modernos, sobre ciencias, artes, industrias, comercio, sports, etc.

Estos datos no figuran en ninguna enciclopedia y por consiguiente a "Estos Ultimos Años" puede llamarse el complemento insustituible y el suplemento indispensable de toda enciclopedia ya existente.

"Estos Ultimos Años"

consta de 2 grandes volúmenes de 31x23 cms. cju., conteniendo 1760 páginas, más de 3.000.000 de palabras y muchos grabados. Figuran cerca de 5000 artículos.

Vd. puede conocer la obra sin compromiso, en nuestra Exposición: Bm. Mitre 1092, Buenos Aires, o en la de cualquiera de nuestras sucursales, cuyas direcciones figuran en este aviso.

Solicite folletos explicativos. Se remiten GRATIS

Editores y Unicos vendedores de esta Obra:

W. M. Jackson, Inc.

Bartolomé Mitre 1092

BUENOS AIRES

En ROSARIO: Entre Ríos 1107

En MONTEVIDEO: San José 907

En ASUNCION, PARAGUAY: Estrella 408

No damos curso a cupones enviados por menores.

Escriba claro en el cupón

Sres. W. M. Jackson, Inc.

N. 4

Casilla Correo 1542 — Buenos Aires

Sírvanse enviarme GRATIS, folletos explicativos de "ESTOS ULTIMOS AÑOS".

Nombre

Profesión

Calle No.

Ciudad F. C.

LIBROS

PALACIO DEL LIBRO

LA LIBRERIA MAS GRANDE DE SUD AMERICA

MAIPU 49 U.T. 38-MAYO-0034

SUCURSAL CORDOBA

CORDOBA 2015 U.T. 44 JUNCAL 2238

LOS AUTORES Y LAS OBRAS

JULIO CAMBA

El periódico, el periodista—



ofrecerlo a la voracidad del día venidero.

Porque las horas ya muertas se enfilan a lo largo de una terrible mesa de disección, frente a un hombre, a un equipo de hombres—como en cualquier "lección de anatomía"—diestros en el arte de remover entrañas. Cada hora es contemplada separadamente, analizada sus jugos, avizorada al microscopio su más recatada intimidad. Hay horas henchidas de profundo sentido; hay otras vulgares; otras—por vacías—son arrojadas definitivamente a las alcantarillas del tiempo.

El doctor en artes de embalsamar cadáveres de días, va di-



Julio Camba

vidiendo la jornada—al parecer tan uniforme, tan isoterma—en zonas de muy diversa temperatura y densidad. Hay zanjitas superfleas que brincan, grumos bullentes que subrayan. A este organismo limitado por dos noches es preciso inyectarle finas esencias mentales para preservarlo de la total disgregación. Es preciso pulir la estructura del día para lanzarlo a la voracidad del siguiente. Sacudirlo con gracia para destacar sus duros perfiles. Prensarlo con esmero para hacer de él esas delgadas láminas de papel que han de filtrarse por las rendijas de la mañana inminente.

Porque el nuevo día, mientras se despereza, mientras ensaya su primer ademán, todavía en la cuna, gusta de zandear el día inerte, de manosearlo y curiosearlo para extraer de aquella momia la quinta esencia de sus horas felices. Y es un triunfo de estos manipuladores, ver cómo el día ido resucita jovialmente, salta flexible, impetuoso—sobre la misma cuna del día recién nacido. El día prensado, estrujado, recobra su peregrina elasticidad, rompe sus fajas y sus vendas, se yergue en su feroz de papel, toma posesión del día nuevo, le impone sus caprichos, le sorbe durante unas horas lo más fértil del hombre, la atención.

Ficción de vida, conseguida por hábiles inyecciones del buen periodista, doctor en lo que el maestro Ortega y Gasset llamaría "dinámica del tiempo".

El buen periodista embalsama el día muerto. El artista del periódico—además—lo resucita.

Porque éste es el deber de todo especialista del tiempo: so-
pesar anécdotas, fijarles su je-

rarquía, hallar sus quillates de eternidad, el alcance de sus ondas. Un maestro del periódico es algo así como un especialista en fragmentos de la apresurada actualidad.

"El arte de comer", libro austero—

Estos fragmentos de apresurada actualidad de que se componen los libros de Julio Camba, se truecan, al repartirse por cada volumen, en pequeños organismos vivos, de rostro independiente, de peculiares ademanes, de circuito bien cerrado. Un suceso es para Camba cierta célula cargada de electricidad, que evoluciona siempre en sentido racional.

Aun esta muchedumbre de menudas anécdotas que acontecen en un restorán, en una cocina, en las casas de los amigos, Julio Camba las ordena y vivifica en el mismo sentido. Son anécdotas del paladar, del aparato digestivo y de la despesa, las que se juntan en "La casa de Lúculo o el arte de comer"; son las menos "razonables"—si queréis—, y, con todo, deben resignarse a recorrer los mismos puros derroteros de la inexorable inteligencia. Pasan del vientre al cerebro, donde reciben el gentil espaldarazo del artista perennemente alojado allí.

Sólo así puede explicarse esto: "El arte de comer" de Julio Camba es un libro escrito, no para glotonas, sino para hombres austeros. En él se exalta la templanza—alejamiento cauto de la materia comestible—, no la gula—que es hundirse en ella bestialmente—. Sólo así se comprende la invención de una teoría para explicar que "en la falta de recursos es, precisamente, donde comienza el apetito, base de la gastronomía". Comer, para Julio Camba, es algo más sabroso que cumplir un deber social, un protocolo; y más alto que una indigestión.

"Las obras maestras culinarias hay que ir espaciándolas—dice—cada vez más, y ¿cómo podría espaciarse el verdadero aficionado si la necesidad no le obligase a ello?" Sólo Julio Camba podía defender la austeridad, a propósito de un "arte de comer". ¿No son también una prueba de su oculta—muy oculta—vocación de cartujo, estas admirables páginas que dedica a los peces? La semblanza más bella del libro es la de la sardina. Los entes de cocina cuya silueta se perfila más clara, son el besugo, los moluscos...

Cada libro de Julio Camba es una preciosa colección de teorías semejantes a las del "Arte de comer". "Sobre casi todo" y "Sobre casi nada"—sus otros dos libros recientes—son dos magníficos ejemplos. De los momentos vitales al parecer más borrosos, sabe extraer su médula, la célula más vibrante. Y más jovial, más rica en irradiaciones. Se ve que Julio Camba supo zandear el día, hallarle su sentido, encerrarlo graciosamente en la cápsula de una crónica, ofrecerlo a la voracidad de los días venideros: fragmento acotado de vida, un poco falto de sentido común, condición precisa—y preciosa—en todo aquel que sabe, que es capaz de saber de cada cosa su sentido singular.

Un cronista de—"orden frío"—

Julio Camba es un escritor que pertenece al "orden frío". Por eso sus crónicas, conservadas en hielo, en el hielo de una inatacable serenidad, persistirán—ejemplares—como gráficos de un perfecto mecanismo intelectual. Eliminadas sagazmente las partes blandas de tan seductoras estructuras, su fibra enjuta, su elástico nervio, permanecerán sobre todas las ruinas de lo mal llamado "entraineable", de lo mal llamado "cordial". Huye Camba de lo patético, como toda mente clara ha huido siempre de la nube. Hace pasar el eje de su estilo por un punto que no es el corazón. Beyliano puro, calcula, en vez de derretirse al contacto de las cosas. El hecho le endurece, en lugar de ablandarlo. Su crónica es dura, resistente, aun-

CARTA DE MADRID

POR BENJAMIN JARNES

(Para LA NACION)

MADRID, julio de 1929

que, en apariencia, frágil. Siempre lo muy sutil fué tomado como signo de fragilidad y yo no conozco inventor de crónicas de tan fina coquetería mental como Julio Camba.

DOS LIBROS SOBRE MUSICA

"Música y músicos de hoy"—

La intención de este libro de Adolfo Salazar consiste—afirma el propio autor—"en mostrar el estado de las cosas musicales (obras e ideas) y sus conatos de transformación desde el momento del armisticio hasta la fecha actual".

Muere Debussy en 1918. ¿Cómo se resolvieron en estos diez u once años los problemas que él dejó planteados? Los problemas se han resuelto, pero en un sentido—a juicio del autor—que en nada atropella el sentido tradicional. Puede decirse, como afirma el biólogo, que "toda transformación se verifica en el sentido de la herencia". Nacen y maduran las nuevas ideas, pero, en lugar de oponerse a la tradición, la fortifican. Claro indicio de que la innovación era auténtica, pues bien puede ser acogida como retoño de un árbol que evoluciona normalmente. Principalmente en aquellos países en que el arte musical es algo entrañable. En los otros, en aquellos donde el arte es un órgano de cultura, tiende a adquirir la categoría de función natural. Mal augurio, si no logra su propósito: Tendrá siempre un arte de prestado, un arte superpuesto, capaz de desprenderse, de desaparecer. Podrá esa nación gozar de alguno o algunos genios musicales, pero no por eso llegará a poder ser llamada "nación musical". (Lo mismo puede afirmarse de la pintura y de las demás artes). Detrás de estos genios—dice Salazar—"hace falta la conciencia normal de la masa".



Adolfo Salazar

En España hay una "conciencia musical", la precisa para que pueda producirse una "nación musical". Pedrell abonó el terreno. Falla lo cultivó. Con Halffter y los otros recién venidos, hemos gozado de la definitiva floración. La lección fué transmitiéndose. Y el espíritu. Halffter, discípulo excelentísimo, consagra a Falla como genial maestro. Uno y otro afirman a Pedrell. Y todos afirman

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEO"

LA CASA MAS GRANDE Y MEJOR SURTIDA DE SUD AMERICA

CASA CENTRAL:

371-FLORIDA-371

BUENOS AIRES

SUCURSAL: CORDOBA 2099 BUENOS AIRES SUCURSAL: 9 DE JULIO 72 CORDOBA

Pida el catálogo que le interese

a España como Nación de legítima substancia musical.

Completan el libro seis estudios acerca de Debussy, Strauss, Bruckner, Busoni, Bela Bartok y Erik Satie.

"Sinfonía y ballet. Idea y gesto"—

En el primordial ensayo de este último libro de Adolfo Salazar, se estudian las relaciones entre la forma y la expresión, se apuntan las leyes por las cuales la forma ciñe y perfila los contenidos musicales; las peripecias artísticas en las cuales la expresión se desborda, se enriquece, y obliga a adoptar formas nuevas, a romper las muy angostas.

Es decir: Se subrayan las etapas en que domina la forma—periodo clásico—; en que domina la expresión—periodo romántico—. Constructivo, el primero. Disolvente, el segundo. Desde éste, pasando por el impresionismo musical—de leyes propias, de formas basadas en principios muy alejados de la retórica musical—, se va a lo meramente personal, al último escalón romántico, a lo individual, caprichoso, desenfrenado. A la extrema rebeldía.

¿Vivimos en un periodo de reacción clasicista? ¿Vivimos—en música, en poesía—en una etapa de constructivismo, de ordenación? ¿De objetividad? Adolfo Salazar ha visto serenamente la cuestión. Se decide en un sentido afirmativo. Dentro de las normas—dice—puede el artista revelar libremente su personalidad. Vuelve la sonata escarlantina, como vuelve la décima... El arte no se resigna a olvidar.

Son muy sabrosas las páginas que Salazar dedica al "ballet". Género teatral, nacido del teatro ruso; no de la música, como el "ballet" clásico. Aunque el actual ímpetu clasicista vuelve a crear "ballets", que ya no proceden de Rusia sino de un sentido clásico de la danza. Se advierte claramente esto, escuchando la admirable "Sinfonietta", de Halffter. Y su "Sonatina". Concepto clásico del "ballet", al menos por lo que atañe a España. Debe ser subrayada—nos dice Salazar—"esta posición de los músicos españoles, ya que en ellos se logró mejor que en ninguna otra ese deseo de objetivación en formas puras. El concurso internacional de Viena demostró cómo los sinfonistas del Norte reaccionaban contra el impresionismo, pero con modos viejos, porque se limitaban a reproducir modelos últimamente desechados, mientras los españoles volvían a un tipo estilístico tan lejano del actual idioma, que tiene trazas de "folklore". Todo permite creer que en la biología musical de Europa, España va a ocupar un lugar predominante.

"Sinfonía y ballet", como el libro anterior de Adolfo Salazar "Música y músicos de hoy" constituyen dos nutridos volúmenes de más de cuatrocientas páginas cada uno. En ambos ha preferido el autor una posición equilibrada, nacida de la profunda atención que hace tiempo viene prestando a todos los problemas suscitados por la evolución del arte musical dentro y fuera de España.

ESQUEMAS DEL ARTE NUEVO

"Hércules jugando a los dados".

El nuevo libro de Ernesto Jiménez Caballero, "Hércules jugando a los dados", contiene todos los eficaces reconstituyentes que las nuevas tendencias literarias recomiendan para curar al arte de su visible anemia. Es un libro-botiquín, donde cada enfermedad tiene asignada su pildora. "Atletismo" contra la laxitud romántica. "Jovialidad" contra negro escepticismo. "Cinema" contra comedia de tesis. Salud, en fin, contra el filtro envenenado. Dureza y asepsia contra languidez y mugre. El arte nuevo prefiere la fría mesa de clínica al diván.

Sobre los restos de literaturas rezagadas, levanta Jiménez Caballero un gallardo pedestal al dios del músculo: Hércules. Al pie del moderno Rey de Bastos traza el esquema de esta

nueva religión estética: un triángulo. (Ni más ni menos que en los zócalos de otros dioses. El triángulo no agota sus posibilidades simbólicas).

"Atletismo", escribe en un lado del triángulo. "Cinema", en otro. "Cubilete de dados", en la base.

Vigor. Dinamismo. Juego.

Salud. Velocidad. Geometría.

Señalemos ante todo, en el libro, dos cosas: exaltación, agresividad. Las necesarias, las oportunas en todo libro de auténtica juventud. En cada página se rompe el equilibrio... Pero nada más leal en un positivo joven que aun no se prepara—por fortuna para él—a ser maduro. Exalta los verdaderos valores dinámicos, zahiere los mohosos, los inertes. Voltea los conceptos con la honda tensa de su jocundo estilo—tan personal, tan acre y desnudo y restañado de liga, de anzuelos retóricos—. Vuelca sobre lo vetusto y lo cursi el corrosivo de



Ernesto Jiménez Caballero

una frase, de una alusión, unas veces cruel, otras infantil.

"Hércules jugando a los dados" es un libro representativo de un escritor y, al mismo tiempo, de una época. Creo que, acaso sin proponérselo el autor—es todo el libro una invitación a amar las "cosas", las "cosas" perfiladas, concretas, vivas, de que está rebosando el mundo: lección bien diferente a tantas lecciones antiguas que empujaban a amar los conceptos, las ideas, las sombras de las cosas. Un tablero de ajedrez despliega, en las páginas de Jiménez Caballero, toda la enjuta maravilla de sus formas. Extiende una baraja ante nosotros, y las figuras recobran su plena fisonomía. Son "cosas", nuevas que, de tan familiares, las veíamos ya borradas.

El arte verdadero parte del mundo sensible para elaborar sus estructuras ideales. Se sale del recinto de la propia intimidad para recoger de cada "cosa" su porción inédita de belleza. El arte mixtificado desciende a ella abrumado bajo el peso de un fardo teórico, de un esquema preconcebido donde ir incrustando el mundo, como en un fichero.

El mundo entero tiene las miradas en la Argentina

Su literatura empieza a difundirse. Especialmente las sanas y vigorosas novelas de Hugo Wast se traducen a todas las lenguas, considerándose uno de los más intensos novelistas modernos.

Su novela "Desierto de Piedra" (gran premio nacional de letras) ha tenido en el mundo un éxito sin igual.

En 1928 han aparecido hermosas ediciones en inglés, alemán, ruso e italiano. Hay en prensa cinco traducciones más, al francés, portugués, sueco, danés y checoslovaco. Y se prepara una edición japonesa.

Este libro tan limpio, castizo y emocionante, es un verdadero embajador que conquista simpatías para su patria y lleva a los países más lejanos un admirable reflejo del espíritu criollo.

Edición Biblioteca, hermosamente encuad. \$ 3.60 Edición Popular, muy esmerada, rústica. \$ 1.25

EN TODAS LAS LIBRERIAS

DICCIONARIO CASTELLANO

Conforme al de la "Real Academia Española" (última edición) y conteniendo todas las palabras del mismo; formato cómodo, manuable, de 629 páginas encuadernadas en tela, muy útil para todos.

Renta \$ 1.— en estampillas y se lo enviará a vuelta de correo la

Librería "La Humanidad"

SANTA FE 2059 - Bs. Aires

CIGARRILLOS



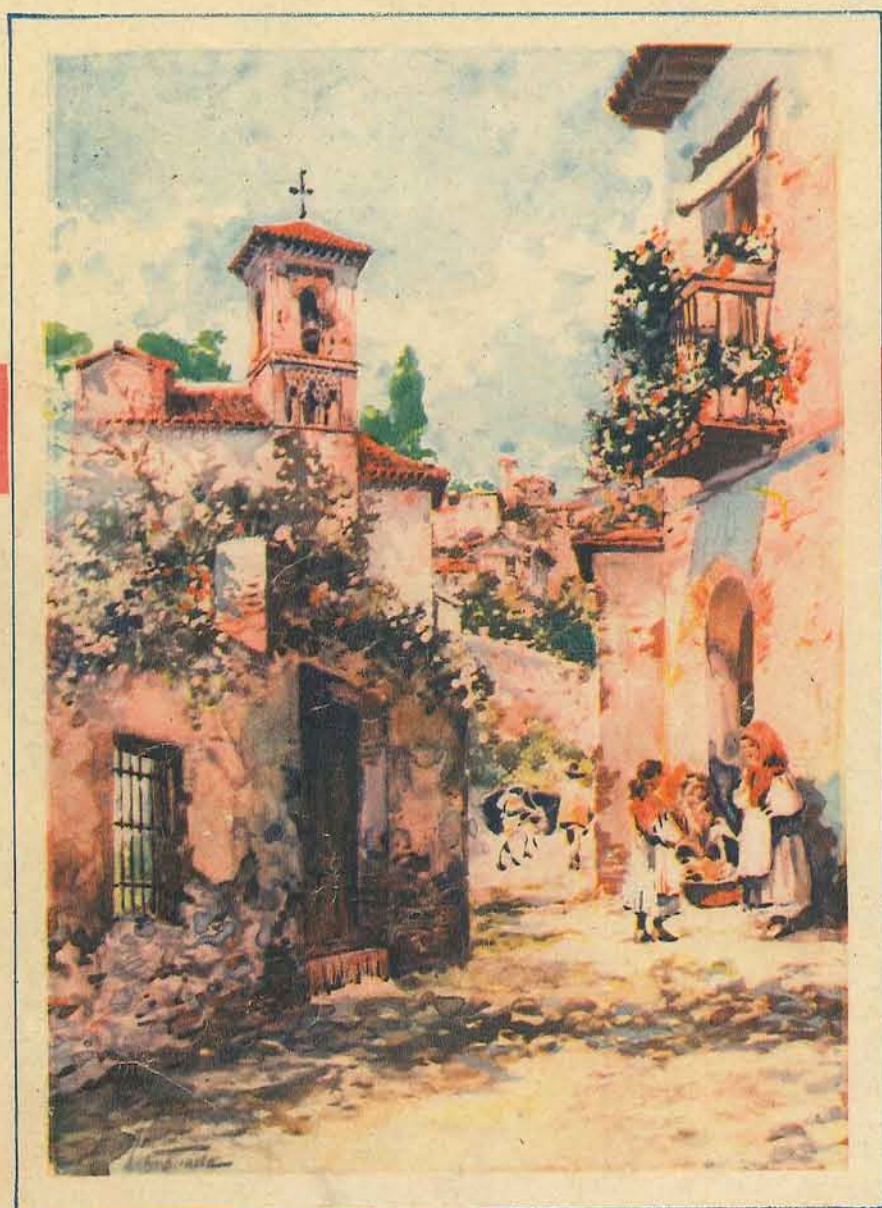
DE 20,30 Y 40 CTS.



**El final de un buen espectáculo re-
quiere un buen cigarrillo. En esos
momentos, como siempre, los "43"
darán satisfacción plena.**

PICCARDO & Cía. Ltda.
Libros de Trust

Un Cuadro Gratis



Granada, por Marín

Toda la rica gama de colores de la paleta del artista ha sido reproducida a todo color en el cuadro que remitimos, a quien lo solicite remitiendo o entregando el cupón. - Mide 70 x 50 cms



Cupon de Propaganda

Perfumería Dubarry, Medrano 476 - Bs. Aires
Adjunto 3 etiquetas rojas del Jabón DUC. Remitan el cuadro

Nombre

Dirección

NOTA: Si desea recibirlo por certificado agregue 0.20 ctvs. en estampillas
Por cada lámina que pida, agregue tres etiquetas rojas del Jabón DUC.

Remitiremos a todas las señoras que nos envíen el cupón que va al pie de este aviso.

Un artístico cuadro de 70x50 centímetros, ejecutado a todo color.

Se trata de una verdadera obra de arte digna de figurar en cualquier sala.

Remita el cupón con tres etiquetas rojas de Jabón DUC, y recibirá el cuadro a vuelta de correo.

Medrano 476 **Perfumería Dubarry** Buenos Aires



3 veces Fino :

Por su pasta purísima.

Por su delicado perfume natural de flores frescas.

Por su espuma suave y deliciosa como caricia de mujer bonita.

Perfumería
Dubarry